Juan Federico Arriola

La libertad la autoridad y el poder en el pensamiento filosófico de José Ortega y Gasset



Universidad Nacional Autónoma de México

LA LIBERTAD, LA AUTORIDAD Y EL PODER EN EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS

Serie ESTUDIOS JURÍDICOS, Núm. 41

Coordinador editorial: Raúl Márquez Romero
Cuidado de la edición: Ana Laura Muñoz Calvo y Karla Beatriz Templos Nuñez
Formación en computadora y elaboración de PDF: D. Javier Mendoza Villegas

JUAN FEDERICO ARRIOLA

LA LIBERTAD, LA AUTORIDAD Y EL PODER EN EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO, 2003

ganz1912

Primera edición: 2003

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS

Circuito Maestro Mario de la Cueva s/n.
Ciudad de la Investigación en Humanidades
Ciudad Universitaria, 04510 México, D. F.

Impreso y hecho en México

ISBN 970-32-0361-2

De palabras y silencios,
de gozos y angustias,
de luces y sombras
está hecha la existencia humana.

La filosofía es un afán
profundo de irrumpir en los laberintos que hacemos
con nuestras contradicciones, para romper los círculos cuadrados.

Circunstancias complejas, almas en conflicto.
Letras inmersas en eclipses y una búsqueda de Verdad
de tantos siglos,
como hombres en la Tierra.

Sin solemnidad ni concierto, el conocimiento aparece poco a poco,
entonces logro entender el esfuerzo grandioso de otros,
que abrieron caminos para que intentáramos atravesar océanos
turbulentos.

He aquí que nos encontramos para tratar de discernir
entre lo terrible y lo maravilloso del ser humano.

Juan Federico Arriola

Ciudad de México, a 15 de enero de 2001



Para mis queridísimas hijas
María José y María Fernanda

CONTENIDO

Capítulo tercero
LA AUTORIDAD Y EL PODER EN CONJUNTO COMO EL *OTRO* TEMA DE NUESTRO TIEMPO

La libertad, la autoridad y el poder en el pensamiento filosófico de José Ortega y Gasset, editado por el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, se terminó de imprimir el 28 de febrero de 2003 en los talleres de Ediciones del Lirio, S. A. de C. V. En esta edición se empleó papel cultural 57 x 87 de 37 kg. para las páginas interiores y cartulina couché de 162 kg. para los forros; consta de 1000 ejemplares.

PRÓLOGO

Juan Federico Arriola muestra en sus obras, *La pena de muerte en México* y *Teoría general de la dictadura*, un estilo definido marcado por su vocación de jurista y filósofo. Ahora nos ofrece, sin salirse de su trayectoria, un ensayo acerca de *La libertad, la autoridad y el poder en el pensamiento filosófico de José Ortega y Gasset.*

El autor escribe consciente del momento histórico en que vive, con una prudencia análoga a la del autor de *La rebelión de las masas,* que siempre se destacó por su perspicacia para distinguir y matizar las circunstancias del mundo en que vivía. Virtud que incluso su más destacado detractor y crítico, el dominico Santiago Ramírez le reconoce: "pocos hombres se han percatado y han sentido como él tan hondamente el problema filosófico *del momento actual*... vibra y hace vibrar al lector, ni Dilthey ni Heidegger han logrado darle tanto dramatismo... Ortega tiene el arte de poner sus entrañas al descubierto y mostrar sus raíces al aire", pero todo ello con el cálculo del momento en que vive, con el sentido de oportunidad que siempre lo caracterizó.

Juan Federico Arriola, consciente de la necesidad de una política arquitectónica con fundamentos, con sentido histórico humanista, en un mundo intensamente comunicado, en el que se enfrentan las diversas culturas de la tierra, en el que los intereses imperiales chocan contra nacionalismos irreductibles, nos recuerda —con toda la serenidad que hace falta— el sentido pacífico y prudente de la política de Ortega, que quiso, cuando España se dividió en dos, pertenecer a la otra España, la silenciosa, la tercera e incomprendida.

Arriola no se limita a mostrarnos a Ortega y sus ideas, sino que lo interpreta, lo recrea, lo hace suyo, apoderándose de él vitalmente. Aunque Juan Federico Arriola se aparta de Ortega en cuanto que reconoce que el hombre es substancia, retoma el aspecto referencial de la antropología orteguiana, entendiéndola como un accidente que individualiza plenamente al yo. Por otro lado sabe que Ortega, al referirse a que el hombre no tiene naturaleza, lo hace con la clara idea de evitar que éste sea cosificado. De ahí que insista Ortega en que el hombre es libertad, historia, vida, porque vida para Ortega es trascendencia.

Juan Federico Arriola se apoya en Julián Marías, discípulo de Ortega, para establecer con claridad el sentido profundo de la frase orteguiana de que el hombre no tiene naturaleza, ya que la naturaleza a la que se refiere Ortega es la naturaleza de las cosas. Julián Marías lo hace para evitar escandalizar a quienes ven solamente los términos y no las ideas.

Esto último es la tónica de la obra más importante de Ortega, *La rebelión de las masas*, ya que el filósofo está preocupado por la pérdida del yo, de la vida, por la cosificación del hombre por el hombre, cuando éste se resigna y es manipulado y dominado por las masas, por lo que nos recomiendan él y Arriola el ensimismamiento en la soledad para que el hombre recupere el sentido de su vida.

Manuel Pliego y Rincón Gallardo
Profesor de Antropología Filosófica en la Universidad Panamericana.
Profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad Iberoamericana.

AGRADECIMIENTOS

Para mis profesores de filosofía, Virginia Aspe Armella (Filosofía Griega), Hortensia Cuéllar (Historia de la Filosofía contemporánea), Rafael Martínez Cervantes (Filosofía del Derecho), Fernando Martínez Luna (Ética e Historia de las Doctrinas Filosóficas), Raúl Núñez Juncal (Antropología Filosófica) y Manuel Pliego (Ética e Historia de la Filosofía Medieval), por sus valiosas enseñanzas y por la significativa influencia que ejercieron sus lecciones en mi labor académica.

Al doctor Diego Valadés, director del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, por su interés en promover la filosofía social y política de José Ortega y Gasset.

ADVERTENCIA AL LECTOR

La importancia de las citas textuales y de los análisis filosóficos de José Ortega y Gasset tienen un inconveniente si uno se atiene sólo a la edición de las *Obras completas* que publicaron en su versión definitiva, en doce tomos, Alianza Editorial y Revista de Occidente, pues el lector puede perderse entre tantos discursos, artículos, ensayos, conferencias, prólogos y reflexiones que conforman la herencia filosófica del doctor José Ortega y Gasset.

Es por esta razón que en este trabajo he procurado hacer citas directas de las *Obras completas* con el cuidado de subrayar de qué texto se trata en particular, y también he optado libremente por acudir a diversos libros sueltos —que en muchos casos son artículos y conferencias compilados en obras breves— del propio autor publicados en distintas casas editoriales, en parte por cierta comodidad y también en ocasiones como una precisión necesaria que se ajusta a diversos temas tratados por el fundador de la *Revista de Occidente*.

No es menos cierto que las *Obras completas* de Ortega y Gasset no están completas ya que, por dar un ejemplo, en forma póstuma en 1974 —nueve años antes de la publicación definitiva en doce tomos— la Revista de Occidente dio a conocer *Epistolario*, breve intercambio que tuvo el insigne maestro español con otros connotados hombres de cultura. En este pequeño libro no falta la pimienta filosófica que explica el entorno del autor de *Estudios sobre el amor* y de sus interlocutores epistolares. Aquellas cartas también han sido fundamentales en esta tesis que título *La Libertad, la autoridad y el poder en el pensamiento filosófico de José Ortega y Gasset*.

INTRODUCCIÓN

El que no ve el nudo, no lo sabe deshacer.
Aristóteles

El filósofo es el único hombre que no tiene derecho a hacerse ilusiones; ésta es la porción trágica de su felicísima vocación.
José Ortega y Gasset

El pensamiento de José Ortega y Gasset es amplio, profundo, controvertido y ameno. Fundamentalmente la influencia de la filosofía neokantiana —que aprendió en Alemania a través, entre otros, de Hermann Cohen y Paul Natorp— y su circunstancia —que comprende desde la decadencia de España con la pérdida definitiva de sus últimos dominios en 1898, hasta la mal llamada guerra fría y pasando por la terrible Guerra Civil española— son decisivas para entender las raíces de sus preocupaciones, hipótesis y juicios. De ahí que el semanario humorístico *La Codorniz* dijera con fina ironía: "Don José Ortega y Gasset, filósofo primero de España y quinto de Alemania".[1] Varias generaciones españolas y latinoamericanas han crecido filosóficamente bajo las brillantes letras del intelectual aludido cuya cortesía filosófica y literaria ha sido la claridad.

Ortega y Gasset hizo filosofía en los periódicos, en la cátedra, en sus viajes al extranjero como conferencista notable y desde luego en su *Revista de Occidente* y en sus ensayos. También es importante valorar el silencio profundo de reflexiones y preocupaciones del autor de *España invertebrada*, precisamente por

1 Inciarte, Esteban, *Ortega y Gasset: una educación para la vida*, México, El Caballito y Secretaría de Educación Pública, 1986, p. 15.

tantas cosas que no dijo durante varios años en una época donde la violencia hablaba más que la razón y la serenidad en la tierra de Miguel de Cervantes. Su presencia plenamente se recuperaría diez años después de iniciada la Guerra Civil española, cuando reaparecería en su patria, en el reinaugurado Ateneo de Madrid, en mayo de 1946 con una conferencia llamada *Idea del teatro*, en palabras de uno de los biógrafos del filósofo: "Ortega va a retomar la palabra que dejó en 1936".[2]

Si bien la política se permite márgenes amplios de opinión, los comentarios del filósofo español son útiles para nuestro tiempo y para nuestra circunstancia por su lucidez y oportunidad. En otras palabras, sus escritos políticos son piezas maestras de la literatura y de la filosofía, y como tales dan luz a muchos acontecimientos históricos.

El análisis que pretendo abordar es sólo una parte del pensamiento de Ortega y Gasset, a mi juicio la más interesante como probaré a lo largo del presente texto y la más polémica en su calidad de atento y comprometido espectador: el entorno social y político de su vida y su obra, mismas que trascendieron las fronteras españolas y desde luego su tiempo. Su circunstancia no se disipó sin que tuviese serias repercusiones, porque está contenida en la historia y al contrario de lo que pudiese suponerse, aquélla formó parte del carácter de Ortega y Gasset como escritor y pensador. La circunstancia orteguiana está implícita en sus ensayos y explícita en la historia, por tanto, al estudiar el entorno existencial del filósofo asimilo su doctrina con un ánimo crítico. Sin embargo, mi admiración por su vida y su obra no me convierte en su incondicional apologista o en abogado defensor de todas sus tesis. Trato de mantener una distancia para ejercer lo que Kant llamó *criticismo*, actitud que debe afrontar todo aquel que intente hacer filosofía.

Como él mismo estableciera en tono de imperativo categórico orteguiano, la reabsorción de su circunstancia fue su propio

2 Morán, Gregorio, *El maestro en el Erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Barcelona, Tusquets, 1998, p. 146.

destino. Por tanto, para entender la obra de Ortega y Gasset cultivada de ironías socráticas hay que llegar al conocimiento de su circunstancia, que envolvió sin determinar su existencia. Como bien dice el propio filósofo, las circunstancias no deciden, sino que se presentan ante la persona humana como un dilema nuevo y yo me permito agregar, que las circunstancias son continuas.

Desde mi punto de vista, José Ortega y Gasset junto con Jorge Luis Borges y Octavio Paz forman una trilogía de escritores en lengua castellana que ha enriquecido no sólo el idioma de Cervantes, sino también el pensamiento filosófico contemporáneo.

Para ser justo, es importante mencionar que la España del siglo XX no se entendería sin José Ortega y Gasset, oriundo de Madrid, y sin otro gran escritor y pensador, Miguel de Unamuno, nacido en Bilbao. Ellos fueron —como dijo alguna vez Eduardo Ortega y Gasset— binóculos de la España actual.

Octavio Paz escribió en 1980 sobre el antiguo articulista castellano estas palabras de augurio "Estoy seguro de que el pensamiento de Ortega será descubierto, y muy pronto, por las nuevas generaciones españolas. No concibo una cultura hispánica sana sin su presencia... regresar a Ortega y Gasset no será repetirlo, sino al continuarlo, rectificarlo".[3]

Por otra parte, en esta tesis —concretamente en el capítulo primero— he pensado refutar la idea que tuvo el propio Ortega y Gasset en el sentido de que sólo escribió para sus connacionales y para su época, como lo confiesa tanto en su *Prólogo para franceses* como en su *Prólogo para alemanes*. El filósofo madrileño es universal y así queda demostrado por los homenajes que ha recibido, los numerosos ensayos sobre su pensamiento, las biografías publicadas sobre su persona y su historia, y desde luego la influencia que aún ejerce en el vasto campo cultural español, hispanoamericano y germánico. Dos temas tan interesantes y a la vez tan aparentemente opuestos como la libertad por una parte y la autoridad y el poder en conjunto por otra, están presentes en la

3 Paz, Octavio, "José Ortega y Gasset: el cómo y el para qué", *Vuelta*, México, núm. 49, diciembre de 1980, p. 33.

vida y en la obra de José Ortega y Gasset. Sus consideraciones al respecto, por discutibles que sean, no dejan de ser interesantes para cualquier estudioso de los fenómenos sociales y políticos y también para los amantes de la sabiduría.

Por lo anterior, hay insoslayables realidades abordadas por el fundador de la *Revista de Occidente* relacionadas con la libertad, la autoridad y el poder, tales como hombre, sociedad, cultura, educación, masa, democracia, dictadura y Estado, y desde luego los fines de la política son temas imprescindibles para el objetivo de esta investigación de carácter filosófico.

Ortega y Gasset, con sus inquietudes intelectuales y ejemplos, refutó la tesis que aún muchos tratan de sostener respecto a que la Filosofía es inútil. ¿Qué hace un filósofo en medio de un torbellino de pasiones políticas que rompieron a España en muchos pedazos? Los que han dicho que la teoría y la práctica son realidades completamente separadas se han equivocado. ¿Cómo puede un hombre práctico triunfar como lo es naturalmente un gobernante si no tiene las ideas claras y ordenadas?

Don José fue un protagonista muy singular de la España del siglo XX. Antes, durante y después de la Guerra Civil española, Ortega y Gasset fue un hombre libre en su difícil circunstancia. Esto no quiere decir que su vivencia ética de la libertad le haya conducido a la felicidad. Como la mayoría de hombres y mujeres de su tiempo sufrió mucho, y por eso sus letras están impregnadas de una sensibilidad reservada a los artistas. Aun en su docto silencio percibo libertad de pensamiento y de creación. Don José fue una víctima como tantos otros, de la polarización política de España y a quien dejó maltrecha la llamada *tercera España*. Él predijo sin ánimo de adivino el desastre del conflicto de su patria, que sería teatro de operaciones del ensayo general para la Segunda Guerra Mundial. Ortega y Gasset, aunque participó en la República brevemente como diputado por la provincia de León, fue uno de sus más consistentes críticos y, pese a lo que sostenga uno de sus biógrafos (Gregorio Morán), no fue seguidor de Franco ni beneficiario de su dictadura, fue, al contrario, una célebre doble

víctima: por una parte de la incomprensión de muchos republicanos establecidos en América que no aceptaron su regreso a España después de su corto exilio, y por otra del autoritarismo español que terminaría hasta 1975 y que gritó alguna vez (1936) —en la Universidad de Salamanca para mortificación y rechazo de su rector Miguel de Unamuno— a través de uno de sus representantes: *Viva la muerte*.

A pesar de lo que se ha dicho, en realidad no hubo dos Españas, y al decir de Paul Preston: "...existían tres Españas más que dos bandos antagónicos. Los casos clásicos han sido personas como Salvador de Madariaga y José Ortega y Gasset, que se negaron a tomar parte en la guerra".[4]

Al miembro destacado de la llamada Escuela de Madrid le faltó quizá escribir explícitamente —además de su famosa obra *La deshumanización del arte* publicada por vez primera en 1925— un ensayo llamado *La deshumanización de la política* donde recogiese con mayor precisión filosófica las causas de los grandes males de los Estados contemporáneos. Una obra de esa envergadura en 1950 hubiese sido probablemente muy incómoda para el gobierno de Franco y de otros en Europa y el resto del mundo. La depresión que padeció Ortega y Gasset en los últimos años de su vida se debe en gran medida a su trágica circunstancia, no sólo la española o la europea, sino la mundial. El planeta vivió en esos momentos —a mitad del siglo— las peores consecuencias de las convulsiones ideológicas, sociales y económicas que desde mi punto de vista se gestaron a partir del siglo XIX.

La política influye en todos los ámbitos y el filósofo madrileño lo sabía y más aún lo padecía. El propio Ortega y Gasset lo dirá en diferentes maneras a lo largo de su obra y lo dejará como preocupación latente en su obra *El hombre y la gente* publicada dos años después de su fallecimiento, es decir en 1957.

Antonio Rodríguez Huéscar decía que a través de Ortega y Gasset sentía a España. Debo confesar que al leer al filósofo es-

4 Preston, Paul, *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999, pp. 15 y 16.

pañol desde mis mocedades tuve la misma sensación, con Ortega y Gasset podía tomar el pulso histórico de España y en otra medida también la de Hispanoamérica. Ortega y Gasset, como lo hizo Sócrates —al decir de Cicerón—, volvió a bajar la filosofía del cielo a la tierra.

María de Maeztu, la gran pedagoga hispana quien también fue alumna del autor de *Historia como sistema* —cuando el propio Ortega y Gasset sólo tenía veintiseis años de edad y aún no obtenía la cátedra de Metafísica en la Universidad de Madrid, que finalmente conseguiría en 1910 a la edad de veintisiete años— escribió sobre su célebre maestro: "Desde el primer artículo, desde la primera conferencia, desde la primera lección se reveló como el primer pensador entre sus contemporáneos, como el artista genial que, al construir una frase, la articula dentro de la arquitectura total del párrafo".[5]

Con motivo del primer centenario del nacimiento del filósofo en 1983, José Blanco Amor escribió estas palabras que no pueden ser mejor colocadas que en la introducción de esta investigación:

> José Ortega y Gasset era un pedazo del planeta que un día, a comienzos de este siglo, hizo erupción en la Península Ibérica y que no cesó de arrojar lava sobre los hombres que vivían en las márgenes de su volcán personal. Le sobraba talento y energía, iniciativa y capacidad de trabajo, y entonces su palabra aparecía y reaparecía como la última razón de la existencia de su pueblo.[6]

En 1984, otro autor, Manuel Mejía Valera, también en las páginas de *Cuadernos Americanos*, realizó la siguiente reflexión histórico-filosófica:

> En Fedro, Platón sostiene que los mayores bienes que tenemos los hombres nos vienen por mediación de un 'delirio'. Y asegura que

5 De Maeztu, María, *Antología Siglo XX. Prosistas españoles, semblanzas y comentarios*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980, p. 81.

6 Blanco Amor, José, "En torno a Ortega y Gasset", *Cuadernos Americanos*, México, septiembre-octubre de 1983, p. 66.

> hay cuatro delirios: el adivinatorio (de la profetisa de Delfos), el hierofántico (que aplaca las grandes calamidades), el delirio poético (obra de las musas) y el amoroso, que es la mayor dicha que pueden concedernos los dioses. Creemos que no es disparatado añadir un quinto delirio: el filosófico, del cual Ortega y Gasset fue intermediario y usufructuario al mismo tiempo. Espléndido delirio que le permitió estampar en sus escritos todos los matices de las intuiciones humanas, ya vigorosos, ya pintorescos, ya sutiles, que los dioses —y los hombres a través de la historia— pusieron en sus meditaciones... José Ortega y Gasset... fue sobre todo un artista.[7]

Como lo he afirmado líneas arriba, Ortega y Gasset echó raíces filosóficas en su patria, en la América de lengua castellana y en Alemania principalmente. En este país su influencia es palpable no sólo en los ámbitos intelectual y académico. Una feliz estancia en 1929 provocó que un alemán que lo conoció en ese entonces, lo convirtiese en vino blanco veinticinco años más tarde, y que al decir de María Isabel Peña Aguado, maduraba en ocho semanas, en otras palabras: "Ortega y Gasset también se bebe."[8]

La realidad de aquella cosecha de 1954 vale ahora como metáfora, pues la filosofía orteguiana se puede beber con delicadeza y gozo sin que lleve al lector, como acontece con otras "bebidas filosóficas", a una ebriedad traducida en nihilismo, violencia, absurdo, angustia, anarquía y revolución.

Mi formación intelectual y académica en parte tienen origen en las reflexiones del docente castellano, mismas que me han permitido abrir más ventanas de conocimiento. José Ortega y Gasset propició en mí la discusión de temas clásicos y actuales con la claridad que pocos pensadores han tenido, me ha hecho entender mejor el entorno en el que existo, la circunstancia que no podemos soslayar porque estamos inmersos en ella.

7 Mejía Valera, Manuel, "José Ortega y Gasset", *Cuadernos Americanos*, México, julio-agosto de 1984, pp. 188 y 189.

8 Peña Aguado, María Isabel, "Ortega y Gasset también se bebe: de cómo un filósofo se convirtió en vino", *Revista de Occidente*, Madrid, mayo de 1997, p. 133.

Hablar de libertad, autoridad y poder refieren necesariamente al tema del hombre y en consecuencia de los derechos humanos y de ahí su vigencia y su relevancia. Por esto, el autor de *La rebelión de las masas* —considerado por su notable discípulo Julián Marías y por muchos otros exponentes europeos y americanos como el máximo filósofo español— es también un fino antropólogo. Las preocupaciones del profesor de Metafísica de la Universidad de Madrid las hago mías en tanto nos afectan, en tanto son humanas, reales y duraderas.

Capítulo primero
HOMBRE, MASAS Y SOCIEDAD SEGÚN JOSÉ ORTEGA Y GASSET

CAPÍTULO PRIMERO

HOMBRE, MASAS Y SOCIEDAD SEGÚN JOSÉ ORTEGA Y GASSET

> El hombre individual aislado es incapaz de producir cambios dignos de consideración histórica.
>
> *Nemesio González Caminero*

I. ¿QUIÉN ES EL HOMBRE? ESENCIA Y CIRCUNSTANCIA

Todo hombre que se precie filósofo no debe soslayar el tema de la naturaleza humana. El oficio del hombre permite el quehacer intelectual, y la introspección que hace un observador está íntimamente relacionada con su entorno social. La pregunta correcta es ¿quién es el hombre? Si *quién* es cambiado por el término *qué*, es el comienzo de la cosificación de la persona humana. El hombre no es lo que hace.

Independientemente de esta consideración, puede tener razón el filósofo rumano Cioran cuando ha escrito: "Los hombres exigen tener un oficio. Como si el hecho de vivir no fuera ya uno, ¡y el más difícil!".[1]

José Ortega y Gasset fue un atento espectador y un comprometido actor desde diferentes trincheras: el periodismo, la cátedra, la política, la filosofía, el exilio y, como diría el escritor uruguayo Mario Benedetti, el desexilio. Fue ante todo un pensador generoso con una magistral pluma inmerso en la realidad de su tiempo y con un profundo conocimiento histórico. Su presencia

1 Cioran, E. M., *El ocaso del pensamiento,* Barcelona, Tusquets, 1996, p. 128.

filosófica en los ambientes universitario, político, cultural y académico es hoy prácticamente innegable. De ahí que despierte mucho interés en conocer sus reflexiones, muchas de ellas vigentes dentro y fuera de España.

Aunque no faltaron voces aparentemente críticas y envidiosas que negaban a Ortega y Gasset como filósofo, hoy al parecer no queda duda sobre su aportación a la Filosofía como pensador crítico, docente universitario, periodista, escritor, político-legislador y, desde luego y fundamentalmente, como filósofo. En este sentido, Alejandro Rossi dice: "Por fortuna ha pasado la época en la que nos preguntábamos si José Ortega y Gasset era o no era un filósofo".[2]

Esto es importante afirmarlo y aclararlo por la sencilla razón de que hubo hace ya varias décadas voces que se alzaron para descalificar al pensador madrileño. De esto da registro Alain Guy:

> ...conviene recordar que, a pesar de los trabajos de Julián Marías, José Ferrater Mora, José Gaos, Manuel Granell, José Luis Aranguren, Fernando Vela, Charles Cascalés, Jean Paul Borel y tantos otros (como Gonzalo Fernández de la Mora o Vicente Marrero), que ponen de relieve el gran valor metafísico y criteriológico de la obra de Ortega, el fundador del raciovitalismo aún aparece ante algunos como un prestigioso ensayista tan sólo, o como un autor literario de primera fila, de estilo incomparable pero que, hablando con propiedad, no tiene derecho a ser considerado filósofo.[3]

Una vez determinada la idea de que Ortega es considerado ante todo como un filósofo, un filósofo preocupado por el hombre y su circunstancia, queda claro que la filosofía política es en estricto sentido antropología y en este sentido aunque don José no sea considerado como un antropólogo clásico, su pensamiento

2 Rossi, Alejandro *et al., José Ortega y Gasset,* México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 13.

3 Guy, Alain, *Ortega y Gasset. Crítico de Aristóteles*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, pp. 12 y 13.

está impregnado de un humanismo que toca las raíces culturales de Occidente, sus problemas, sus ideas y sus creencias. No será difícil demostrar entonces que Ortega fue un humanista, en sus propias palabras: "Por humanidades entiendo no sólo las tradicionales que se resumen en el estudio de Grecia y Roma, sino todas las disciplinas que estudian el hecho específicamente humano, incluso —y aun muy principalmente— los problemas más actuales".[4]

Ortega y Gasset, como pienso constatarlo una vez más, no se quedó circunscrito sólo en su *circunstancia,* sino que además traspasó su tiempo al dejarnos una obra de gran valía y con vigencia. La circunstancia como tal sería para Aristóteles sólo un accidente. El filósofo español se preocupa por ahondar en problemas metafísicos que llegan incluso de manera polémica a la esencia del hombre. En otras palabras, Ortega y Gasset no es un pensador superficial o efímero, es clásico en tanto toca temas trascendentes con brillantez y en tanto su filosofía ha traspasado su época y su patria.

A lo anterior puede ligarse la idea de Nemesio González Caminero cuando ha escrito que se infieren de la historiología orteguiana las siguientes actividades:

> 1. Elaborar una *Teoría general de las realidades humanas* estudiando al hombre:
>
> a) como individuo,
> b) en su convivencia interindividual, y sobre todo
> c) en su vida social.
>
> 2. Dictar la manera de escribir la historia, o sea proponer normas y principios orientadores más concretos que los apuntados en la *Teoría general de las realidades humanas*.
>
> 3. La interpretación panorámica de la historia universal de la humanidad.[5]

4 Citado en *Programa internacional de estudios hispánicos, latinoamericanos y europeos*, Madrid, Revista de Occidente, 1982.

5 González Caminero, Nemesio, *Unamuno y Ortega*, Roma, Pontificia Universitá Gregoriana, y Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 1987, pp. 345 y 346.

Para Ortega y Gasset es muy claro que el hombre no puede ser hombre sin estar inscrito en una realidad social. En este sentido la huella de la política de Aristóteles es obvia. Sin embargo, el pensador español apoyado en Husserl y en sus propias reflexiones nos da argumentos interesantes para valorar más la realidad humana. En *El hombre y la gente* hace hablar al filósofo alemán aludido para después añadir comentarios propios:

> Dice Husserl: el sentido del término hombre implica una existen-cia recíproca del uno para el otro; por tanto, una comunidad de hombres, una sociedad y viceversa: es igualmente claro que los hombres no pueden ser aprehendidos sino hallando otros hombres (realmente o potencialmente) en torno de ellos. Por tanto añado yo, hablar del hombre fuera de y ajeno a una sociedad es decir, algo por sí contradictorio y sin sentido... el hombre no aparece en la soledad —aunque su verdad última es su soledad—: el hombre aparece en la socialidad como el otro alternando con el uno, como el reciprocante.[6]

Más adelante, en ese mismo libro, Ortega y Gasset dice sobre el hombre lo siguiente:

> El humano viviente nace, pues, entre hombres, y son éstos lo primero que encuentra, es decir, que el mundo en que va a vivir comienza por ser un *mundo compuesto de hombres,* en el sentido que la palabra *mundo* tiene cuando hablamos de *un hombre de mundo*, de que *hay que tener mundo*, de si alguien tiene *poco mundo*. El mundo humano precede en nuestra vida al mundo animal, vegetal y mineral. Vemos todo el resto del mundo, como al través de la reja de una prisión, al través del mundo de hombres en que nacemos y donde vivimos. Y como una de las cosas que más intensa y frecuentemente hacen esos hombres en nuestro inmediato contorno, en su actividad reciprocante, es hablar unos con otros y conmigo, con su hablar inyectan en mí sus ideas sobre las cosas

6 Ortega y Gasset, José, *Obras completas*, Madrid, Alianza y Revista de Occidente, 1989, t. 7, p. 148.

todas y yo veo desde luego el mundo todo al través de esas ideas recibidas.[7]

Por otra parte, José Ferrater Mora ha escrito con precisión los intereses filosóficos de Ortega, donde la persona humana tiene el lugar principal:

> La doctrina acerca de la vida humana es una cuestión central —o más bien *la* cuestión central— en la filosofía de Ortega. Esto no significa que sea una doctrina idealista, y menos todavía antropocentrista. Ortega ha reconocido varias veces que el hombre —o como diremos desde ahora con frecuencia, la 'vida humana'— no es la única realidad en el universo. No es ni siquiera la realidad más importante. ¿Qué es pues? Simplemente, la realidad básica, o como Ortega la ha llamado la 'realidad radical'. Es 'radical' en el sentido de que todas las demás realidades —mundo físico, mundo psíquico, mundo de valores— se dan dentro de ella y aun puede decirse que solamente dentro de ella *son realidad*.[8]

La preocupación de Ortega y Gasset sobre el hombre en sociedad —más adelante me referiré con más detalle a su filosofía social y también más ampliamente a su Sociología, tan importantes que complementan su visión antropológica— es una constante en sus obras, en su pensamiento, en sus vivencias, en sus observaciones como espectador. En Darmstadt, Alemania en 1953, dos años antes de su muerte, pronunció una conferencia —que lleva como título *Individuo y Organización*— que reitera la preocupación del hombre y del filósofo, propia de un ambiente sumamente difícil en varios órdenes, apenas ocho años después de haber terminado la Segunda Guerra Mundial, sin duda, la más terrible que haya experimentado la humanidad:

7 *Ibidem,* p. 149.
8 Ferrater Mora, José, *Ortega y Gasset*, Barcelona, Seix Barral, 1973, pp. 91 y 92.

> No cabe duda que para el individuo son hoy los tiempos adversos. Todo parece indicar estar contra él... Todo el que hoy se ocupa en pensar y se arriesga a escribir, se siente deprimido al advertir que la parte más decisiva del vocabulario se ha hecho inservible porque sus vocablos están demasiado cargados de sentidos anticuados, cadavéricos y no corresponden ni a nuestras ideas ni a nuestra sensibilidad. Al haber caído en desprestigio las nociones que intentan expresar, ellas mismas en cuanto palabras han perdido prestigio. Esto es ya evidentemente grave, porque el hombre, que es siempre *este* hombre *único* —esto es lo que la palabra 'individuo' debería significar hoy—, quiere decir lo que él piensa, mas para ello sería menester que los vocablos de la lengua fueran todavía plásticos, capaces de recibir la huella de nuestra inspiración como la cera recibe el sello. La lengua como tal —no el hablar— es obra de la colectividad, es un instrumento, está constituido en cada momento por un sistema de formas fijas, tanto gramaticales como semánticas, que preexisten a nuestro pensar individual, que preexisten a nuestro concreto hablar. La lengua es, pues, una organización del pensamiento que procede de nuestro contorno social y dentro de la cual tiene que moverse nuestro personal pensar.[9]

En *Meditaciones del Quijote* y en *Prólogo para alemanes*, Ortega y Gasset cita aquella tesis que se hizo célebre: "Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo." La redención sólo es posible dentro de mi circunstancia, de ahí que mi obligación sea conocerla para conocerme mejor a mí mismo, y por tanto facilitar aquella labor socrática en forma de imperativo filosófico que tomó del Oráculo de Delfos el pensador ateniense que no dejó obra escrita: *Conócete a ti mismo*.

José Ortega y Gasset tomaría del Oráculo de la historia mundial en general y de la historia de la filosofía en particular, la importancia del conocimiento de la circunstancia de la que formamos parte y en la cual estamos irremediablemente inmersos. Para él, la circunstancia es la reabsorción del destino concreto del

9 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 6, t. 9, pp. 677 y 678.

hombre. En relación con esto, el fundador de la *Revista de Occidente* escribió:

> Me encontré, pues, desde luego, con esta doble averiguación fundamental: que la vida personal es la realidad radical y que la vida es circunstancia. Cada cual existe náufrago en su circunstancia. En ella tiene, quiera o no, que bracear para sostenerse a flote.
>
> Más siendo la vida en su "sustancia" misma circunstancial, es claro que, aunque creamos lo contrario, todo lo que hacemos lo hacemos *en vista de las circunstancias*. Esto nos permite descubrir la verdadera función del intelecto y de la cultura.[10]

Ahora bien, si la palabra náufrago utilizada por Ortega y Gasset en el texto arriba aludido suena fuerte, Julián Marías cita a su admirado maestro: "Naufragar no es ahogarse".[11]

En este sentido es oportuno agregar que no hay propiamente una antropología orteguiana donde se redefina la esencia del hombre, donde se separe el cuerpo del alma y se asuma a uno de ellos como la única realidad humana. Lo anterior se constata en palabras propias de don José, quien en *Historia como sistema* —libro que escribiera en homenaje a Ernst Cassirer— dice:

> El hombre no es su cuerpo, que es una cosa; ni es su alma, psique, conciencia o espíritu, que es también una cosa. El hombre no es cosa ninguna, sino un drama... La vida es un gerundio y no un participio: un *faciendum* y no un *factum*. La vida es quehacer. La vida, en efecto, da mucho que hacer... Pero el hombre no sólo tiene que hacerse a sí mismo, sino que lo más grave que tiene que hacer es determinar *lo que* va a ser.[12]

Y poco más adelante remata con esta idea: "El hombre es novelista de sí mismo, original o plagiario".[13] Para Ortega y Gasset

10 Ortega y Gasset, *Prólogo para alemanes*, Madrid, Revista de Occidente, 1974, p. 57.

11 Marías, Julián, *Ortega. Las trayectorias*, Madrid, Alianza, 1983, p. 380.

12 Ortega y Gasset, José, *Obras completas*, Madrid, Alianza y Revista de Occidente, 1983, t. 6, pp. 32 y 33.

13 *Ibidem,* p. 34.

la vida humana es un género literario y me atrevería a agregar que efectivamente así es, pero algunos hombres son más dramáticos y trágicos que otros. La vida humana puede ser una obra de arte y por tanto el ser humano deja de ser un mero hecho biológico y se convierte en un acto estético.

Con base en las lecturas del maestro Ortega y Gasset, la joven filósofa mexicana Guillermina Alonso Dacal ha escrito: "El mundo coexiste con el hombre, el mundo es una realidad ya dada, el hombre no puede cambiar ni elegir el mundo en el cual se tiene que hacer".[14] Sin embargo, me permitiría acotar, si el hombre no puede hacer el mundo porque éste estaba antes de él, sí puede rehacerlo. Si la humanidad no fuese capaz de corregir o estropear las cosas, incluso su mundo, caeríamos en la fatalidad o quizá en el inmovilismo.

En el pensamiento orteguiano hay una visión fresca sobre el hombre y sus problemas desde una perspectiva que no rompe totalmente con las posturas clásicas, cuyo origen está en las polis griegas del siglo V antes de Jesucristo. La concreción de Ortega y Gasset no lo lleva necesariamente al nominalismo —aunque algunas veces haya tenido suspiros nominalistas— que tantas consecuencias delicadas introdujo en el derecho, en la política y desde luego en la filosofía al negar los universales. El equilibrio que guarda el filósofo español es lo que le permite tener una conexión y una crítica permanente al mismo tiempo con los griegos antiguos, los filósofos medievales, modernos y contemporáneos y destacar —sin caer en el eclecticismo— lo mejor de la filosofía, incluso la suya propia.

Para Pedro Chamizo Domínguez, José Ortega y Gasset

> Al definir al hombre como heredero, está afirmando, tácitamente, que en el hombre no hay una naturaleza inmutable, sino que, por el contrario, la naturaleza del hombre consiste precisamente en no

14 Alonso Dacal, Guillermina, *La idea de hombre en José Ortega y Gasset*, tesis profesional, México, Universidad La Salle, 1995, p. 85.

> tener naturaleza, sino en ser lo que es porque lo ha recibido de los que lo precedieron.[15]

En estricto sentido, José Ortega y Gasset negó de forma explícita, y no tácita como supone Chamizo, la naturaleza humana, pues como el propio filósofo madrileño había dicho en una de las conferencias que forman parte de *Pasado y Porvenir para el hombre actual* —y debo por tanto citar algunos pasajes de aquellas exposiciones profundas para sustentar esta hipótesis donde el pensador estagirita guarda distancia de la postura clásica—:

> Aristóteles inventó la noción de sustancia para subrayar y hacer ver claramente que los cambios de las cosas son superficiales y que tras ellos la cosa permanece inmutable, eternamente igual a sí misma. Pero al Hombre no le pasa esto... resulta que el hombre no tiene naturaleza: nada en él es invariable. En vez de naturaleza tiene historia, que es lo que no tiene ninguna otra criatura. La historia es el modo de ser propio a una realidad, cuya sustancia es, precisamente, la variación; por lo tanto, lo contrario de toda sustancia. El hombre es insustancial. ¡Qué le vamos a hacer! En ello estriba su miseria y su esplendor. Al no estar adscrito a una consistencia fija e inmutable —a una *naturaleza*—, está en franquía para ser, por lo menos para intentar ser, lo que quiera. Por eso el hombre es libre y... no por casualidad. Es libre, porque no poseyendo un ser dado y perpetuo no tiene más remedio que írselo buscando. Y esto —lo que va a ser en todo futuro inmediato o remoto— tiene que elegirlo y decidirlo él mismo. De suerte que es libre el hombre... a la fuerza. No es libre de ser libre... el Hombre no tiene una *physis*, una naturaleza, como acaso la tienen el animal, la planta y el mineral...[16]

La negación de la naturaleza del hombre que hace el filósofo español es clásica al dialogar con Heráclito, Parménides, Platón y

15 Chamizo Domínguez, Pedro José, *Ortega y la cultura española*, Madrid, Cincel, 1985, pp. 130 y 131.

16 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 6, t. 9, pp. 645-648.

Aristóteles, y al proponer una salida audaz donde el hombre no se reduce al acto o a la potencia, al movimiento o la permanencia, a ser sólo un animal racional, es una criatura compleja, es en palabras del propio Ortega y Gasset una especie de centauro ontológico que por tanto es difícil encuadrar en fórmulas. En realidad, el autor de *Goethe desde dentro* hace un juego de palabras y pensamientos, porque implícitamente admite que la naturaleza del ser humano es su historia. No hay presente sin pasado y tampoco puede entenderse aquél sin éste.

Para Julián Marías: "Cuando Ortega dice que el hombre no es cosa, que no tiene *naturaleza*, sino historia, no quiere decir que no haya nada constante y universal en el hombre, sino que no tiene naturaleza en el sentido de las cosas y que en la medida en que *tiene* naturaleza, no se identifica con ella".[17]

Para Ortega y Gasset —y así lo demuestra en las páginas de *Goethe desde dentro*— el misterio de la persona humana radica en saber quién es y no qué es y por eso corrige al gran poeta alemán líneas más adelante:

> ...*¿quién* es Goethe? No sé si entiende usted bien mi pregunta. Intentaré aclararla. Si usted se pregunta a sí mismo, con rigor y perentoriedad: ¿Quién soy yo? —no ¿qué soy yo?, sino ¿quién es *ese yo* de que hablo a todas horas en mi existencia cotidiana?—, caerá usted en la cuenta del increíble descarrío en que ha caminado siempre la filosofía al llamar 'yo' las cosas más extravagantes, pero nunca a eso que usted llama 'yo' en su existencia cotidiana... Goethe desvirtúa también —como le pasó a Kant— la pregunta: *¿quién* soy yo? en el sentido tradicional del *¿qué* soy yo?[18]

También desde la perspectiva filosófica del académico hispano Leonardo Polo, la pregunta indicada es *quién es el hombre* y no *qué es el hombre*. De ahí que un tema inevitable —y por esto lo asumiré en el próximo capítulo— al referirse al ser humano es

17 Marías, *La escuela de Madrid*, Buenos Aires, Emecé, 1959, pp. 242 y 243.
18 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 6, t. 4, pp. 399 y 405.

la libertad, porque finalmente su trascendencia radica en su capacidad de ser libre. Polo enuncia: "La libertad es lo más alto del ser humano... La libertad está en el origen de nuestro inteligir... Preguntar hasta qué punto somos libres es preguntar hasta que punto somos. Si la libertad es radicalmente inseparable del ser humano, el alcance de la libertad es el alcance de nuestra propia realidad".[19]

Algunos años antes que Leonardo Polo y algunos años después que Ortega y Gasset hicieran de manera precisa la pregunta ¿Quién es el hombre?, Erich Fromm en su libro *El amor a la vida* también se ha referido a este tema, que no fue secundario para el autor de *El Espectador*. Dice Fromm:

> La pregunta: ¿Quién es el hombre? Lleva inmediatamente al núcleo del problema. Si el hombre fuera una cosa, se podría preguntar *qué* es y definirlo como se define a un objeto de la Naturaleza o a un producto industrial. Pero el hombre no es una cosa y tampoco se lo puede definir como una cosa. No obstante, muy a menudo se ve al hombre como una cosa. Se dice de él que es un obrero, un director de fábrica, un médico, etcétera, con lo que, sin embargo, se designa únicamente su función social, es decir, se define al hombre según su posición social... El aspecto más importante para una definición del hombre es que éste, con su pensamiento, puede ir más allá de la mera satisfacción de sus necesidades.[20]

El propio Ortega y Gasset me hace inducir que la *naturaleza* del hombre es su libertad y su historia. Sin éstas no se entiende aquélla. Dicho en otras palabras, el hombre es lo que ha sido y también lo que ha querido ser.

Para Ubaldo Casanova Sánchez, más que una conexión de Ortega y Gasset con los filósofos que le precedieron hubo una confrontación:

19 Polo, Leonardo, *Quién es el hombre*, Madrid, Rialp, 1993, p. 218.
20 Fromm, Erich, *El amor a la vida*, México, Paidós, 1989, p. 222.

> Ortega decide enfrentarse con toda la tradición filosófica para afirmar enérgicamente que el pensamiento no le ha sido dado al hombre de una vez para siempre. Lejos de ser un regalo, la verdad es que lo ha ido haciendo lentamente, mediante un cultivo que duró miles de años, sin que podamos decir que ha llegado hasta el final.[21]

Cuando Ortega y Gasset dictó una conferencia en Madrid en 1931, a propósito del primer centenario de la muerte de Hegel, aborda el tema del hombre de manera muy personal, y al igual que Polo y Fromm, se cuestiona no qué es sino:

> ¿Quién soy yo? Porque yo no soy mi cuerpo ni mi alma. Cuerpo y alma son cosas mías, cosas que me pasan a mí; los más próximos y permanentes acontecimientos de mi vida, pero no son yo. Yo tengo que vivir en este cuerpo enfermo o sano que me ha tocado en suerte y con esta alma dotada de voluntad, pero acaso deficiente de inteligencia o de memoria. ¿Qué diferencia últimamente esencial existe entre la relación de mi cuerpo y mi alma conmigo y la que conmigo tienen la tierra en que nazco y vivo, la suerte social, mejor o peor, que tengo, etc., etc.? Ninguna. Y si yo no soy mi alma ni mi cuerpo, ¿quién es el mismo a quien acontece la sarta de sucesos que integran mi vida?[22]

Desde luego que la historicidad del hombre no es soslayada por el propio Ortega y Gasset cuando ha pronunciado su conferencia en las *Recontres internationales de Genéve* en 1951 que lleva como título *Pasado y Porvenir para el hombre actual*: "...nuestro pasado es función de nuestro futuro".[23]

En este sentido, el filósofo Chamizo ha comentado: "Aunque pudiera ser paradójico, es la posibilidad del hombre de tener futuro, de hacerse a sí mismo hacia el futuro, la que hace necesario que tenga que recurrir a su pasado. El recuerdo del pasado es lo

21 Casanova Sánchez, Ubaldo, *Ortega. Dos filosofías,* Madrid, Studium, 1960, p. 25.

22 Ortega y Gasset, *Obras completas*, Madrid, Alianza y Revista de Occidente, 1987, t. 5, p. 414.

23 *Ibidem*, t. 9, p. 654.

que le permite encontrar las coordenadas necesarias para orientarse hacia el futuro".[24]

Al reconocer que el hombre es un ser histórico, un ser que hereda cultura, costumbres, tradiciones, y al hacer un análisis filosófico sobre estas realidades, ineludiblemente abrimos camino a la filosofía de la historia.

El comentario de Ubaldo Casanova Sánchez sobre la importancia de la historicidad humana en Ortega y Gasset es muy oportuno: "El defecto más grave del hombre es la ingratitud. Fundo esta calificación superlativa —dice nuestro filósofo— en que, siendo la sustancia del hombre su historia, todo comportamiento anti-histórico adquiere en él un carácter de suicidio".[25]

En cambio para el filósofo mexicano Agustín Basave Fernández del Valle: "La realidad fundamental del hombre no es su historia, sino su ser, aunque su ser sea un ser histórico o temporal".[26]

Hablar de suicidio es referirse a uno de los temas más espinosos, incluso no hay que olvidar la famosa sentencia de Albert Camus con la que inaugura su obra *El mito de Sísifo*: "No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: es el suicidio".[27] Este problema filosófico es así de grave porque implica desde mi punto de vista, la posibilidad de que una persona renuncie a ser parte de la humanidad, a dejar de ser hombre terrenal, a salir de un laberinto para entrar quizá a otro más complicado. ¿Una circunstancia tan adversa puede provocar que una persona se suicide? ¿Huir de nuestra circunstancia no es tratar de huir de nosotros mismos? ¿Es posible que escapemos de nosotros mismos?

Sobre el particular, Ortega y Gasset ha dicho en relación a Goethe:

24 Chamizo Domínguez, *op. cit.,* nota 15, p. 133.
25 Casanova Sánchez, *op. cit.,* nota 21, p. 191
26 Basave Fernández del Valle, Agustín, *Filosofía del hombre,* México, Espasa-Calpe, 1981, p. 46.
27 Camus, Albert, *Ensayos*, Madrid, Aguilar, 1981.

> Este hombre se ha pasado la vida buscándose a sí mismo o evitándose que es todo lo contrario que cuidando la exacta realización de sí mismo. Esto último supone que no existen dudas sobre quién se es o que, una vez averiguado, el individuo está decidido a realizarse; entonces la atención puede vacar tranquilamente a los detalles de la ejecución. Una enorme porción de la obra de Goethe —su Werther, su Fausto, su Meister— nos presenta criaturas que van por el mundo buscando su destino íntimo o... huyendo de él.[28]

De ahí que también Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo* haya reflexionado lo siguiente:

> Han solido disputar sobre el área de la filosofía de la historia dos tendencias que, a mi juicio, y sin que yo pretenda ahora desarrollar la cuestión, son parejamente erróneas. Ha habido una interpretación colectivista y otra individualista de la realidad histórica. Para aquélla, el proceso sustantivo de la historia es obra de las muchedumbres difusas; para ésta, los agentes históricos son exclusivamente los individuos. El carácter activo creador de la personalidad es, en efecto, demasiado evidente para que pueda aceptarse la imagen colectivista de la historia. Las masas humanas son receptivas: se limitan a oponer su favor o su resistencia a los hombres de vida personal e iniciadora. Mas por otra parte, el individuo señero es una abstracción. Vida histórica es convivencia.[29]

Por otra parte, Ortega y Gasset en la misma obra hace reunir a la antropología filosófica, a la teoría del conocimiento, a la filosofía de la historia y a la psicología cuando afirma con razón: "El hombre se ha formado en la lucha con lo exterior, y sólo le es fácil discernir las cosas que están fuera. Al mirar dentro de sí se le nubla la vista y padece vértigo".[30]

28 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 22, t. 4, pp. 407 y 408.

29 Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo,* Madrid, Espasa-Calpe, 1975, pp. 13 y 14.

30 *Ibidem,* p. 25.

¿Cómo contestaría José Ortega y Gasset las cuatro célebres preguntas de Kant: ¿Qué puedo saber? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me cabe esperar? ¿Qué es el hombre?

La vida humana es en sí un gerundio, *se va haciendo*, no es un participio pasado y tampoco algo dado. Ortega y Gasset la concibe como un quehacer. El proceso de formación y culturización del ser humano no concluye, precisamente por que no hay hombres hechos, pero el hombre —y ahí está demostrada de otra manera su grandeza— se trasciende a sí mismo.

II. LA REBELIÓN DE LAS MASAS, ¿FENÓMENO CONTEMPORÁNEO?

Sin duda alguna, *La rebelión de las masas* (ópera u obra principal) —escrito precedido, aunque no en orden cronológico de elaboración, por *Prólogo para franceses* (obertura o obra inicial) dado a conocer en el exilio, concretamente en Holanda en 1937— se convirtió en la obra más famosa de José Ortega y Gasset, y según Julián Marías ha sido "el libro español más leído de nuestro tiempo".[31] Y es que en realidad el valor de este libro no sólo estriba en su profundidad filosófica, social y política, sino también por el momento histórico en el que nació, es decir, en el ascenso de las dictaduras europeas más feroces de las que se tenga noticia. Ya sea visto como una raza, o como una clase social, el hombre-persona fue degradado al hombre-masa. Stalin, Hitler, Mussolini y Franco destacaban ya en la escena política para cuando *La rebelión de las masas* circulaba con los escritos adicionales: *Prólogo para franceses* y *Epílogo para ingleses*. Es por esto que el propio Ortega y Gasset ha escrito en *Prólogo para franceses*:

> Es, en efecto, muy difícil salvar una civilización cuando le ha llegado la hora de caer bajo el poder de los demagogos. Los dema-

31 Marías, Julián, *op. cit.*, nota 11, p. 240.

> gogos han sido los grandes estranguladores de civilizaciones. La griega y la romana sucumbieron a manos de esta fauna repugnante que hacía exclamar a Macaulay: 'En todos los siglos, los ejemplos más viles de la naturaleza humana se han encontrado entre los demagogos.' Pero no es un hombre demagogo simplemente porque se ponga a gritar frente a la multitud. Esto puede ser en ocasiones una magistratura sacrosanta. La demagogia esencial del demagogo está dentro de su mente y radica en su irresponsabilidad ante las ideas mismas que maneja y que él no ha creado, sino recibido de los verdaderos creadores. La demagogia es una forma de degeneración intelectual, que como amplio fenómeno de la historia europea aparece en Francia hacia 1750. ¿Por qué entonces? ¿Por qué en Francia? Este es uno de los puntos neurálgicos del destino occidental y especialmente del destino francés.[32]

Sobre esto último ha escrito Gregorio Morán en su polémico libro *El maestro en el Erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*: "A ningún lector francés le podía pasar desapercibido que 1750 fue la fecha a partir de la cual se publica el trascendental monumento de la *Enciclopedia*".[33] Desde luego, así puede parecer Ortega y Gasset como un conservador recalcitrante y reaccionario, enemigo de la venerada Revolución francesa y de su madre intelectual la Ilustración. Pero en realidad lo que no aprecian Morán y otros tantos que piensan como él, es que Ortega y Gasset poseía un olfato para percibir más allá de los grandes acontecimientos y calcular el verdadero alcance de las filosofías impulsoras de movimientos sociales y políticos. Sin duda, para el pensador madrileño el filósofo tiene ante todo una enorme responsabilidad por el manejo de ideas, en otras palabras, los pensamientos tienen consecuencias, algunas de ellas perjudiciales para la humanidad tal y como puede efectivamente verificarse a través de la historia.

32 Ortega y Gasset, José, *La rebelión de las masas* (con un prólogo para franceses, un epílogo para ingleses y un apéndice: dinámica del tiempo) Madrid, Espasa-Calpe, 1984, p. 29.

33 Véase la introducción de este libro *op. cit.*, nota 2, p. 62.

José Ortega y Gasset ha demostrado su modestia —misma que no percibe su biógrafo Morán— al no pretender hablarle a la humanidad —y lo más destacado en este punto es que sin hablarle a la humanidad, Ortega y Gasset se convierte en un pensador universal, precisamente por la trascendencia de su pensamiento que está empapado de su circunstancia y conocimiento histórico—, sino sólo a su entorno más próximo que son sus connacionales y por esto ha dicho en su *Prólogo para franceses,* como también comentaría en *Prólogo para alemanes*:

> Cuentan, sin insistir demasiado sobre la realidad del hecho, que cuando se celebró el jubileo de Víctor Hugo fue organizada una gran fiesta en el palacio del Elíseo, a que concurrieron, aportando su homenaje, representaciones de todas las naciones. El gran poeta se hallaba en la gran sala de recepción, en solemne actitud de estatua, con el codo apoyado en el reborde de una chimenea. Los representantes de las naciones se iban adelantando ante el público, y presentaban su homenaje al vate de Francia. Un ujier, con voz de Esténtor los iba anunciando: 'Monsieur le Représentant de l'Anglaterre!' Y Víctor Hugo con voz de dramático trémolo, poniendo los ojos en blanco, decía: 'L'Anglaterre! Ah Shakespeare!' El ujier prosiguió: 'Monsieur le Représentant de l'Espagne!' Y Víctor Hugo: 'L'Espagne! Ah Cervantes!' El ujier: 'Monsieur le Représentant de l'Allemagne!' Y Víctor Hugo: 'L'Allemagne! Ah Goethe!'. Pero entonces llegó el turno a un pequeño señor, achaparrado, gordinflón y torpe de andares. El ujier exclamó: 'Monsieur le Représentant de la Mésopotamie!' Víctor Hugo, que había permanecido impertérrito y seguro de sí mismo, pareció vacilar. Sus pupilas, ansiosas, hicieron un gran giro circular como buscando en todo el cosmos algo que no encontraba. Pero pronto se advirtió que lo había hallado y que volvía a sentirse dueño de la situación. En efecto, con el mismo tono patético, con no menor convicción, contestó al homenaje del rotundo representante diciendo: 'La Mésopotamie! Ah l'humanité!' He referido esto a fin de declarar, sin la solemnidad de Víctor Hugo, que yo no he escrito ni hablado nunca para la Mesopotamia, y que no me he dirigido jamás a la humanidad. Esta costumbre de hablar a la humanidad,

> que es la forma más sublime y, por lo tanto, más despreciable de la democracia, fue adoptada hacia 1750 por intelectuales descarriados, ignorantes de sus propios límites y que siendo, por su oficio, los hombres del decir, del *logos*, han usado de él sin respeto ni precauciones, sin darse cuenta de que la palabra es un sacramento de muy delicada administración.[34]

Con estas palabras, que marcan un alerta roja de un intelectual que vislumbra peores momentos para Francia, Europa y el mundo, Ortega y Gasset termina su *Prólogo para franceses*: "No debe, pues, el lector francés esperar más de este volumen, que no es, a la postre, sino un ensayo de serenidad en medio de la tormenta".[35]

La rebelión de las masas es un acontecimiento intelectual de gran envergadura para la filosofía social, la sociología, la filosofía política, la historia y desde luego también para la antropología.

Desde el inicio de esta obra, Ortega y Gasset devela el problema que recorre Europa:

> Hay un hecho, que, para bien o para mal, es el más importante en la vida pública europea de la hora presente. Este hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social. Como las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia, y menos regentar la sociedad, quiere decirse que Europa sufre ahora la más grave crisis que a pueblos, naciones, culturas, cabe padecer. Ésta ha sobrevenido más de una vez en la historia. Su fisonomía y sus consecuencias son conocidas. También se conoce su nombre. Se llama la rebelión de las masas.[36]

Si para Marx y Engels el fantasma de Europa es el comunismo, para Ortega y Gasset el fantasma de ese continente está constituído por las masas.

34 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 32, pp. 11 y 12.
35 *Ibidem*, p. 35.
36 *Ibidem*, p. 37.

En otra obra importante como es *El tema de nuestro tiempo*, el pensador hispano ha expresado otras ideas importantes sobre el individuo y la masa:

> La humanidad, en todos los estadios de su evolución, ha sido siempre una estructura funcional en que los hombres más enérgicos —cualquiera que sea la forma de esta energía— han operado sobre las masas dándoles una determinada configuración. Esto implica cierta comunidad básica entre los individuos superiores y la muchedumbre vulgar. Un individuo absolutamente heterogéneo a la masa no produciría sobre ésta efecto alguno: su obra resbalaría sobre el cuerpo social de la época sin suscitar en él la menor reacción, por tanto, sin insertarse en el proceso general histórico. En varia medida, ha acontecido esto no pocas veces, y la historia debe anotar al margen de su texto principal la biografía de esos hombres *extravagantes*. Como todas las demás disciplinas biológicas, tiene la historia un departamento destinado a los monstruos, una teratología.[37]

¿Qué han dicho los seguidores y críticos de Ortega y Gasset de esta obra ubicada entre las dos guerras mundiales?

Desde la perspectiva de Jesús María Osés Gorraiz: "Las masas están ahí, siempre han estado presentes como hecho. Ortega nos invita a abrir los ojos y a visualizar que nuestro entorno está lleno de gente. Es un hecho en el que constatamos una gran cantidad de personas ocupando físicamente trenes, espectáculos, playas, calles, etcétera".[38]

Así como puede decirse que la genial novena sinfonía de Beethoven estuvo de un modo bellamente anunciada desde su segunda sinfonía, podemos decir también que la magistral obra *La rebelión de las masas* se empezó a revelar a partir del primer escrito del filósofo español, cuando aún no cumplía veinte años de edad. En su artículo *Glosas*, publicado en 1902 escribió:

37 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 29, p. 14.

38 Osés Gorraiz, Jesús María, *La sociología en Ortega y Gasset*, Madrid, Antropos, 1989, p. 144.

> ¿Qué acontece? En fin de cuentas, el procedimiento se reduce a sustituir las influencias personales, el determinismo individual, a las influencias de la masa. La multitud como turba, como *foule*, es impersonal por suma de abdicaciones, involuntaria, torpe como un animal primitivo... Son curiosos los resultados de la psicología de las multitudes. La observación es vieja. Los hombres de criterio delicado, al formar parte de un público, pierden sus bellas cualidades. De suerte, que una multitud de cien individuos formando un público es inferior a la suma de esas cien intelectualidades separadas.[39]

Sobre este particular, tanto para el filósofo mexicano Fernando Salmerón como para el filósofo del Derecho alemán Klaus Adomeit hay coincidencia entre Gustave Le Bon y José Ortega y Gasset. El primero es el gran estudioso del fenómeno de las multitudes, y el segundo es el filósofo que entiende el alcance de las masas y sus repercusiones en el siglo XX. De alguna manera, el repudio del docente madrileño es la continuación del repudio de Kierkegaard, quien tampoco le tiene respeto al fenómeno de las masas. Aún más, el propio Salmerón hará mención de otro importante filósofo del siglo XIX a propósito de lo tratado y retoca las palabras orteguianas brillantemente:

> Glosas, el primer ensayo del joven Ortega escrito bajo la clara influencia de Nietzsche, contiene algunas afirmaciones fundamentales sobre estos temas, puesto que se propone hacer una defensa de la crítica personal en contra de la llamada imparcial o personal, es decir, una defensa del hombre... La crítica no puede ser impersonal, porque no es posible que un hombre salga de sí mismo, se salve de los efectos de la ley de gravedad sentimental, se escape de la vida. Cada individuo es una suma de elementos comunes y de elementos diferenciadores. Estos últimos, los elementos que lo distinguen, son los que hacen de un individuo tal individuo, es decir, son la personalidad.[40]

39 Ortega y Gasset, *Obras completas*, Madrid, Alianza y Revista de Occidente, 1993, pp. 15 y 16.

40 Salmerón, Fernando, *Las mocedades de Ortega y Gasset*, México, UNAM, 1983, p. 207.

Para Francisco Gil Villegas, *La rebelión de las masas* es un libro que tiene relación con la interpretación que hace Simmel de Nietzsche. A estas alturas ¿quién puede dudar que las doctrinas filosóficas, sociales, económicas y políticas del siglo XIX no influyeron de manera decisiva y en algunos casos con gran nocividad en los comportamientos de los hombres del siglo XX? Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, Comte, Kierkegaard, Marx, Engels, Bakunin, entre los principales, irrumpieron en el siglo pasado, y se hicieron presentes o los hicieron presentes de manera forzosa —como fue el caso de Nietzsche con respecto al movimiento nacional socialista— de diferentes modos a través de otros pensadores, estadistas y criminales. El fenómeno de las masas del siglo XX fue más violento y demagógico en comparación a los siglos anteriores. Y el problema no fue que las playas y los cafés hayan sido invadidos por los hombres masificados, sino que las propias masas involucradas en revoluciones y guerras junto con hombres y mujeres que conservaron su identidad personal fueron víctimas de los peores crímenes por gobiernos inspirados en filosofías sociales y económicas del siglo XIX. Los campos de concentración nazis, los gulags soviéticos e incluso los bombardeos a las poblaciones civiles fueron productos y resultados genocidas en los que gobiernos supuestamente democráticos tuvieron por lo menos corresponsabilidad al apoyar, tolerar e incluso fomentar regímenes como el de Franco, el de Mussolini y el de Hitler. Todo esto lo estudió, lo vivió y lo padeció José Ortega y Gasset como español y en extensión próxima como europeo. Desde su visión el lector contemporáneo puede apreciar con claridad el fenómeno de las masas y sus consecuencias. Es terrible pensar que alguna o algunas doctrinas filosóficas pudiesen contribuir como marco teórico a la destrucción del mismo hombre.

El investigador de El Colegio de México cita a Simmel: "los destinados por la naturaleza a mandar... descenderán al nivel de la masa".[41] Y a continuación el propio Gil Villegas agrega:

41 Gil Villegas, Francisco, *Los profetas y el mesías*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 178.

> como consecuencia de la ética social de esta época, la cual fomenta una tendencia a la *nivelación* donde el hombre se ve obligado a 'restringirse a sí mismo a favor de los más bajos.' ...Nietzsche establece en consecuencia, según Simmel, el siguiente criterio esencial para distinguir al hombre *noble* de la masa vulgar: 'la masa quiere *pasársela bien* quiere seguridad y comodidad. Pero nadie se hace fuerte si no necesita serlo... En otras palabras mientras la masa es inerte y autoindulgente, el hombre noble se exige a sí mismo, por medio de una férrea disciplina, una constante superación... Por ello —nos dice Simmel—, para Nietzsche toda la decadencia en que ha caído el presente se manifiesta en la desaparición de la severidad consigo mismo y con los demás, la dura disciplina, el respeto y la autoridad, por obra de la manía de igualación, del impulso vulgar hacia la felicidad de todos'.[42]

Para Gil Villegas, el camino itinerante de Nietzsche interpretado por el sociólogo alemán sobre las masas y el deterioro moral europeo es muy parecido al que utiliza el autor de *La rebelión de las masas*. En realidad puede tratarse de la misma ruta que tomó la humanidad desde el viejo continente: una vida social sin moral, y esto se pagó con un precio muy alto en el siglo XX: una regresión que se concreta en muerte colectiva, depresión, suicidio y vacío existencial.

Precisamente por lo anterior, no coincido totalmente con la visión que tuvo sobre este particular el poeta mexicano Octavio Paz cuando sentenció:

> La obra de Ortega y Gasset es un apasionado pensar sobre este mundo pero en su mundo faltan los otros mundos que son el otro mundo: la muerte y la nada, reversos de la vida, la historia y la razón; el reino interior, ese territorio secreto descubierto por los estoicos y que fue explorado, primero que nadie, por los místicos cristianos.[43]

42 *Ibidem*, p. 178.
43 Véase la introducción de este libro *op. cit.*, nota 3, p. 33.

Además el propio Ortega y Gasset tiene unas palabras poéticas en *El espectador* sobre la muerte que confirman la equivocación del escritor mexicano: "La muerte química es infrahumana. La inmortalidad es sobrehumana. La humanización de la muerte sólo puede consistir en usar de ella con libertad, con generosidad y con gracia. Seamos poetas de la existencia que saben hallar a su vida la rima exacta en una muerte inspirada".[44]

El ya citado Jesús María Osés Gorraiz ahonda sobre el pensamiento sociológico de Ortega y Gasset, que es importante a la luz de la historia de las ideas como a la luz de la actualidad y no deja de asombrarse cuando afirma:

> Cuando uno se acerca por primera vez a los textos orteguianos en los que se plantean los problemas de articulación entre masas y minorías selectas, se siente la impresión de estar en terreno conocido. Al mismo tiempo el recuerdo evoca lecturas de Platón, Aristóteles, San Agustín, Hobbes, Rousseau, etc., en las que se planteaban tales problemas. Toda una pléyade de pensadores, con sus respuestas más o menos acertadas, pueden desfilar ante nosotros para darnos una solución al viejo problema de quién debe mandar, de cómo deben ser las relaciones entre los que ejercen el poder y los que obedecen. La tradición filosófica occidental ofrece abundantes testimonios de profundización en el tema y es dentro de esta perspectiva en la que hay que estudiar la contribución orteguiana. Por ello no deja de ser preocupante el que en estudios actuales sobre *La rebelión de las masas* aparezca el pensamiento sociológico de Ortega sin la más mínima referencia al entorno de ideas sociológicas de su tiempo.[45]

La muerte y la nada estuvieron presentes en la filosofía de Ortega y Gasset pero no con la obsesión que sobre estos temas tuvieron Heidegger y Sartre, respectivamente. Inclusive, podría agregar que el pensamiento orteguiano no le da la espalda a la muerte y a la nada, los asume como parte de los temas vida y ser

44 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 39, t. 2, p. 433.
45 Osés Gorraiz, *op. cit*., nota 38, p. 121.

y en este sentido tendríamos que aceptar que Ortega y Gasset fue también un existencialista, a pesar de que el término existencialismo no fue de su agrado. Las preocupaciones metafísicas de Ortega y Gasset y su discípulo Xavier Zubiri —quien fuera el más inclinado a los temas ontológicos— se constatan en diversos escritos de ambos. Quizá el ejemplo más plástico para contradecir a Octavio Paz es cuando Zubiri ha dicho: "Las cosas son un reto a la nada".[46]

La dimensión metafísica del hombre está presente en el pensamiento orteguiano: "La Metafísica es algo que el hombre hace y ese hacer metafísico consiste en que el hombre busca una orientación radical en su situación".[47] Más adelante el filósofo español agrega: "La vida es lo que hacemos y lo que nos pasa".[48] Lo que hacemos, lo que somos, lo que nos pasa está directamente vinculado con los demás, con la sociedad. Es aquí donde debemos valorar la diferencia del hombre social y el hombre masificado.

Tzvi Medin refiriéndose a *La rebelión de las masas* ha dicho: "El libro es un intento de análisis sociológico de los fenómenos que iban tomando cuerpo pero que aún no habían sido definidos con claridad... Como todo lo escrito por Ortega en estos años, este libro tuvo gran resonancia en América Latina...".[49]

Arturo Damm Arnal hace otra lectura de *La rebelión de las masas* para proponer una solución:

> La masificación consiste en una absorción cuantitativa con profundas consecuencias cualitativas que imposibilita al hombre para la conquista de su horizonte óntico... La única solución posible es la individuación, la rebelión del individuo, entendida como un florecimiento cualitativo que le regrese al hombre la dignidad, la unidad, la belleza, la verdad y la bondad de su vida.[50]

46 Zubiri, Xavier, *Cinco lecciones de filosofía*, Madrid, Alianza, 1980, p. iii.

47 Ortega y Gasset, *Obras completas*, Madrid, Alianza y Revista de Occidente, 1988, t. 12, p. 26.

48 *Ibidem*, p. 32.

49 Medin, Tzvi, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 111.

50 Damm Arnal, Arturo, *Libertad: esencia y existencia*, México, RIALP, 1988, p. 102.

Sin duda, la obra *La rebelión de las masas* es una lectura obligada para toda persona que quiera entender los bruscos cambios sociales que ha experimentado la humanidad, en particular en el siglo XX pero que se derivaron de los conflictos sociales, políticos, intelectuales y económicos del siglo XIX. Más que un intento de análisis sociológico, *La rebelión de las masas* es una obra sociológica con soporte filosófico.

Desde luego surge la pregunta ¿la rebelión de las masas es un fenómeno contemporáneo? Han existido rebeliones de esclavos desde la antigüedad, también han existido rebeliones de poblaciones colonizadas o grupos oprimidos, pero en realidad una *rebelión de las masas* tal y como lo sugiere el propio Ortega y Gasset se da de manera muy clara a partir del siglo XIX: "Corresponde, pues, al siglo pasado la gloria y la responsabilidad de haber soltado sobre la haz de la historia las grandes muchedumbres".[51]

El filósofo español es preciso al explicar claramente este interesante fenómeno sociológico y político:

> La sociedad es siempre una unidad dinámica de dos factores: minorías y masas. Las minorías son individuos o grupos de individuos especialmente cualificados. La masa es el conjunto de personas no especialmente cualificadas. No se entienda, pues, por masas sólo ni principalmente *las masas obreras*. Masa es el hombre medio.[52]

Páginas más adelante Ortega y Gasset remata con esta idea:

> Si los individuos que integran la masa se creyesen especialmente dotados, tendríamos no más que un caso de error personal, pero no una subversión sociológica. *Lo característico del momento es que el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el denuedo de afirmar el derecho de la vulgaridad y lo impone dondequiera*. Como se dice en Norteamérica: ser indiferente es ser indecente. La masa

51 Ortega y Gasset, *op. cit.*, nota 6, p. 173.
52 *Ibidem*, p. 39.

> arrolla todo lo diferente, egregio, individual, calificado y selecto. Quien no sea como todo el mundo, quien no piense como todo el mundo corre el riesgo de ser eliminado. Y claro está que ese todo el mundo no es todo el mundo. Todo el mundo era, normalmente, la unidad compleja de masa y minorías discrepantes, especiales. Ahora todo el mundo es sólo la masa.[53]

Sin duda, hay gran razón en el filósofo cuando afirma: "El hombre-masa es el hombre cuya vida carece de proyectos y va a la deriva. Por eso no construye nada, aunque sus posibilidades, sus poderes, sean enormes".[54]

El proceso de masificación en realidad destruye la individuación de la persona y por tanto, al masificarse el hombre en concreto, se atenta contra la libertad y los fenómenos de autoridad y poder se tergiversan y pierden su dimensión real. El hombre masificado no es más que una pieza de un gran mecanismo. En otras palabras, la masificación aniquila la dignidad humana al degradarla como si fuese una bestia.

Robert Michels en su obra *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna,* que terminó de escribir en Basilea en 1915, utilizó el término *la rebelión de las masas* en un contexto diferente al orteguiano. En esta obra el autor alemán nacionalizado italiano dice que la oligarquía surgida de la democracia está amenazada por la rebelión de las masas. Las masas por tanto juegan un doble papel en las dictaduras: soporte y a la vez un alto riesgo para la estabilidad política del régimen.

El análisis filosófico de Ortega y Gasset nos lleva a la conclusión de que el hombre masificado no tiene sensibilidad ante el arte, la política, la ciencia, se convierte en un número estadístico, en un ser hecho para los actos multitudinarios, donde no hay personalidad y criterios propios. El hombre masificado es una marioneta, una veleta que se mueve al ritmo del viento.

53 *Ibidem*, p. 42.
54 *Ibidem*, p. 43.

En las páginas de *El espectador* podemos encontrar también vivas reflexiones en torno al tema de la socialización del hombre, donde la preocupación orteguiana sobre la familia es evidente. Con tales pensamientos podemos adelantar una de las conclusiones de esta investigación a propósito de lo que dice el filósofo madrileño: la masificación del hombre empieza con la pulverización de la familia, y este fenómeno no se da solamente en sistemas totalitarios y específicamente socialistas, sino también en sociedades abiertas, donde la prisa diaria acaba con el ser humano y con el ciudadano, para ser en el mejor de los casos, un consumidor sin mayor capacidad de reflexión, presa del dios *Cronos* que arrasa con todo y con todos.

Dice Ortega y Gasset:

> La vida en familia, minúscula sociedad hacia adentro y erizada contra la gran sociedad civil, queda reducida a un mínimo. Cuanto más delante va un país, menos es ya en él la familia. Por cierto que es curiosa la causa inmediata de su acelerada evaporación. Siempre se había reconocido que el corazón de la familia era el hogar; pero, como suele, el hombre había comenzado por dar de ello una interpretación romántica. El hogar es altar (Hestía) y es cocina. ¡Vaya por el altar! ¡El sagrado de la familia, de la paternidad, de los lares!... por ello es que tan pronto como empezó a ser difícil encontrar servidumbre doméstica, los lares, la paternidad, el altar familiar comenzaron a volatilizarse.[55]

Este comentario refleja la realidad del tiempo del autor de *Estudios sobre el amor* y también es un preludio de cómo se comportaría en pocas décadas la sociedad occidental europea y americana. De ahí que vuelva a citar a Ortega y Gasset para continuar con esta idea:

> Se ha visto a la postre que el sostén de la familia no era el dios Lar ni el *pater familias*, sino simplemente el criado. Hasta el punto de

55 Ortega y Gasset, José, *El espectador*, Madrid, Espasa-Calpe, 1966, ts. VII-VIII, pp. 222 y 223.

> que puede formularse el hecho casi con el rigor de una ley funcional como las de la física: en cada país queda hoy de vida familiar tanto cuanto queda de servidumbre. En los Estados Unidos, donde es más difícil tener una criada que una jirafa, la vida familiar se ha contraído hasta la extrema abreviatura. Y con ella se ha reducido el tamaño de la casa. ¿Para qué, si no se puede estar en casa? Sin criados, es forzoso simplificar la existencia doméstica, y al simplificarla se ha hecho incómoda. El complicado rito semirreligioso de la condimentación —altar cocina— ha tenido que minimizarse. El hombre se ha proyectado hacia lo público, arrojado del recinto doméstico.[56]

Ortega y Gasset teje ya un hilo conductor desde *El espectador* sobre la desindivualización y por tanto despersonalización en aras de una masificación que no hace de la sociedad una entidad coherente y a la vez plural, sino rara y quizá inhumana, o por lo menos subhumana, donde el ser humano no da a conocer sus verdaderas y más nobles potencialidades. Por esto, el fundador de la *Revista de Occidente* rematará con estas palabras su condena contra la socialización del hombre a principios de los años treinta:

> Desde hace dos generaciones la vida del europeo tiende a desindividualizarse. Todo obliga al hombre a perder unicidad y a hacerse menos compacto. Como la casa se ha hecho porosa, así la persona y el aire público —las ideas, propósitos, gustos— van y vienen a nuestro través y cada cual empieza a sentir que acaso él es cualquier otro. ¿Es esto sólo una finta, un cambio transitorio, un paso atrás para dar un brinco más alto de individualización? No se sabe; pero es un hecho que a estas horas gran número de europeos sienten una lujuriosa fruición en dejar de ser individuos y disolverse en lo colectivo. Hay una delicia epidémica en sentirse masa, en no tener destino exclusivo. El hombre se socializa... La divinidad abstracta de lo colectivo vuelve a ejercer su tiranía y está ya causando estragos en toda Europa. La Prensa se cree con derecho a publicar nuestra vida privada, a juzgarla, a sentenciarla. El Poder público nos fuerza a dar cada día mayor cantidad de nuestra

56 *Ibidem*, p. 223.

> existencia a la sociedad. No se deja al hombre un rincón de retiro, de soledad consigo. Las masas protestan airadas contra cualquier reserva de nosotros que hagamos.[57]

Para el ya citado autor Osés Gorraiz está claro que el tema de las masas no está totalmente concentrado en *La rebelión de las masas*, sino incluso en una obra anterior —*España invertebrada*— el propio Ortega y Gasset apunta la desgracia de que las masas no cumplan con su función que es la de obedecer y de ser dóciles, y también de que las minorías dirigentes fuesen irresponsables al no acatar su función de orientación. Osés Gorraiz nos dice textualmente:

> La huelga general que él presencia en Córdoba (1919) le produce tal impresión que a partir de entonces dedica sus esfuerzos intelectuales a trazar un cuadro de organización social en el que se muestren contradictorios el buen funcionamiento social y la revolución; por eso al publicar *España invertebrada*... insiste tanto en que el mal de España está en la desarticulación que el país sufre debido a la indolencia de unas masas que nunca por sí mismas pueden orientarse y, a su vez, a la dejadez de las minorías que desertan de la tarea que les corresponde.[58]

Osés Gorraiz es un crítico de Ortega y Gasset, y al decir crítico quiero significar que cuestiona al filósofo, si bien es cierto que en algunos aspectos no está de acuerdo con la postura del maestro de metafísica, en otros se adhiere a éste con plena conciencia. Para Osés Gorraiz la visión de Ortega y Gasset sobre el advenimiento y rebelión de las masas es profunda desde la filosofía y la historia, y sin embargo “Ortega huye de hacer un análisis profundo de la realidad social en sus aspectos económicos y sociales, porque los considera de segunda fila”.[59]

57 *Ibidem*, pp. 224 y 225.
58 Osés Gorraiz, *op. cit*., nota 38, p. 134.
59 *Ibidem*, p. 165.

Si bien es cierto, como el mismo Osés Gorraiz sostiene, que Ortega y Gasset no comulgó con la visión marxista y no se comprometió con la tesis de que la lucha de clases es el motor de la historia, considero que el filósofo madrileño no desestimó por completo el factor económico en los conflictos sociales —en este sentido me permito aclarar que la influencia económica sobre la sociedad y más aún sobre el Estado es enorme, quizá más como lo suponía don José, y que dicha influencia no debe tener necesariamente acento marxista—, y que además su análisis sociológico fue más rico y penetrante de lo que pudiese sospechar en principio Osés Gorraiz, precisamente porque Ortega y Gasset entendió profundamente a la sociedad europea y en particular a la suya, es cierto, más con un énfasis cultural que económico. ¡Pero qué duda cabe que la cultura incide de manera tan radical en el comportamiento de las sociedades! Ortega y Gasset es un claro ejemplo de cómo se puede influir entre los coetáneos y aún en generaciones de españoles y americanos de lengua castellana que nacieron después de su fallecimiento el 18 de octubre de 1955.

Fernando Salmerón reafirma —en una obra colectiva que escribió con otros autores en la que la que hay varios ensayos sobre Ortega y Gasset— el carácter no marxista de la obra del filósofo de Madrid con base en uno de los principales filósofos del Derecho alemán:

> La vida social se compone, nos dice Ortega recordando a Stammler, de una materia y de las formas que toma esa materia: la materia de la vida social es propiamente la economía; la forma, en tanto, es el derecho... De Rudolf Stammler... toma Ortega la objeción contra el marxismo o, mejor dicho, contra el sentido general de la obra de Marx, que consiste en invertir las relaciones de economía y derecho. Según el profesor alemán, las cuestiones sociales no son meros fenómenos de la naturaleza: el punto de vista social es el que contempla la relación entre fines humanos y, vistos de esta manera todos los conceptos económicos presuponen instituciones

> jurídicas. El derecho es la forma; la economía es la materia, un pensamiento lógicamente condicionado.[60]

El análisis de Ortega y Gasset sobre la rebelión de las masas lo continuaría años más tarde también su discípulo Julián Marías quien sobre el fenómeno del hombre y la sociedad masificados ha escrito lo siguiente:

> Lo que define al hombre masa es no exigirse. Su moral es la inversa del lema *noblesse oblige*. Por esto se afirma tal como se encuentra, cree que tiene derecho a todo, que todo le es debido, que no tiene que esforzarse por nada: por ser justo, por ser inteligente, por tener razón. Cuenta con las cosas de que disfruta como si éstas existiesen automáticamente y sin más, como si no fuesen problemáticas y debidas a invención, talento, trabajo y sacrificio. No escucha, no admite que otros puedan tener razón —en rigor, ni siquiera admite que pueda propiamente haber otros irreductibles a él—, y por ello pretende imponer violentamente sus puntos de vista o sus apetencias; dicho con más exactitud, pretende que sean espontáneamente acatados, sin esforzarse siquiera en, de hecho, imponerlos.[61]

Poco más adelante el propio Marías agrega con un tono mezclado de advertencia, profecía y buen deseo, con un acento más práctico que filosófico, lo siguiente:

> Como en la vida interindividual, como en la amistad, el amor o los negocios, la consideración atenta de los rostros humanos evitaría graves errores en la política y en la marcha general del mundo. Y quizá fuera un instrumento de insospechada fuerza para acometer la gran empresa que nos espera: la salvación de las masas —individuos y sociedades— de su rebelión contra sí mismas.[62]

60 Rossi, Alejandro *et al., op. cit.*, nota 2, pp. 161, 164 y 165.

61 Marías, Julián, *El tiempo que ni vuelve ni tropieza*, Barcelona, EDHASA, 1964, p. 99.

62 *Ibidem,* p. 102.

Por otra parte, el psicólogo francés Ignace Lepp, otro importante espectador comprometido del siglo XX y quien también abordó el tema de las masas pero desde otra perspectiva que la de Ortega y Gasset —en realidad no fue ni seguidor ni crítico del filósofo español, sino que tomó otro rumbo y por tanto su visión es complementaria y diferente— ha escrito:

> La historia nos enseña que las masas son capaces de lo mejor y de lo peor. Todo depende de las élites que las conduzcan. Antiguamente, las élites existían fuera de las masas, actuaban sobre ellas desde el exterior, constituían una casta. Una de las más positivas características de nuestro tiempo es la presencia de las élites en el seno mismo de la masa. La democracia ha sucedido a la aristocracia. Con todo derecho hablamos hoy de las élites obreras, campesinas, etc. Y hay también masas burguesas, hasta hay una masa intelectual, de personas cultas, tan inerte y tan poco personal como las demás masas.[63]

Llama la atención que Guillermo Fraile en su *Historia de la Filosofía española desde la ilustración* no haya hecho ni siquiera mención de *La rebelión de las masas* y sí en cambio una crítica muy amplia y general de la obra del pensador madrileño. Si bien es cierto que el pensamiento orteguiano no se concentra en una disciplina filosófica o en un exclusivo tema social o político, sin *La rebelión de las masas* no se entiende la aportación no sólo sociológica sino desde luego filosófica de Ortega y Gasset como crítico de los grandes acontecimientos, en particular europeos, de la primera mitad del siglo XX.

Finalmente hay que agregar que en palabras de Ortega y Gasset se reafirma la despersonalización del ser humano: "Vivimos bajo el imperio brutal de las masas".[64]

63 Lepp, Ignace, *Escándalo y consuelo*, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1973, pp. 10 y 11.
64 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 32, p. 43.

III. La aportación sociológica de José Ortega y Gasset

José Ortega y Gasset dedica páginas enteras al fenómeno social y en algunas de ellas se vuelve un duro crítico de la sociología y de los sociólogos. No se erige propiamente en sociólogo, y sin embargo sus reflexiones sobre la sociedad han influido para conocer más al ser humano y su entorno social. Sin duda, la sociología del siglo XX tendría otro rostro sin el filósofo español, porque Ortega y Gasset dio una importante aportación a la sociología, aunque desafortunadamente no ha sido totalmente reconocida.

La dinámica social conlleva necesariamente al tema de las instituciones, tan necesarias cuando son eficaces como inútiles si tenemos que arrastrarlas no obstante que han perdido todo prestigio. Sin ningún acento anarquista Ortega y Gasset ha propuesto en su brevísimo ensayo "Un poco de sociología", recogido en el libro *Vieja y nueva política,* no la destrucción sino la renovación de instituciones en beneficio claro de la comunidad. En palabras del filósofo:

> Uno de los fenómenos más extraños que la historia presenta es la tolerancia de los hombres para la perduración de instituciones públicas reconocidamente ineficaces. Todos estamos de acuerdo en que este o el otro organismo nacional no sirve ya para cumplir su misión; o modificarse; cuando menos, que meditásemos con toda urgencia su relevo. Sin embargo, no solemos hacer esto. Al contrario, sentimos vagamente la impresión de que aquel organismo es, como el rocío o la marea, un hecho cósmico irremediable.
>
> Este fenómeno sociológico no es peculiar de España ni de nuestro tiempo: se ha dado en toda sociedad y en todo tiempo, hasta el punto de representar en la mecánica social un papel análogo al que en física representa la inercia, y en biología el anquilosamiento.[65]

65 Ortega y Gasset, *Vieja y nueva política*, Madrid, Revista de Occidente, 1973, p. 295.

En su libro *El hombre y la gente,* José Ortega y Gasset hace una elegante exposición de ideas que permite vertebrar su pensamiento social.

Ortega y Gasset es un filósofo comprometido con su patria, involucrado y a la vez distanciado con las diferentes corrientes del pensamiento contemporáneo. El no negó las raíces griegas de la filosofía, pero mantuvo un diálogo crítico con los principales personajes clásicos y no renegó del tiempo histórico que le tocó vivir, porque hacerlo hubiera significado rechazarse a sí mismo. Por lo mismo, el pensador hispano es un conocedor de la condición social humana.

Si bien Ortega y Gasset no es considerado generalmente como sociólogo sí es un formidable crítico de la teoría sociológica. Fue un observador de los acontecimientos sociales sin ponerse la etiqueta de *sociólogo*. Pudo desde la filosofía hacer sociología y esta sociología no quedó atrapada como una ciencia de hechos, sino también de fundamentos metafísicos, a partir del conocimiento de la persona y su circunstancia concreta.

En *El hombre y la gente* el autor ha dicho:

> ...buena parte de las angustias históricas actuales procede de la falta de claridad sobre problemas que sólo la sociología puede aclarar, y que esta falta de claridad en la conciencia del hombre medio se origina, a su vez, en el estado deplorable de la teoría sociológica. La insuficiencia del doctrinal sociológico que hoy está a disposición de quien busque, con buena fe, orientarse sobre lo que es la política, el Estado, el derecho, la colectividad y su relación con el individuo, la nación, la revolución, la guerra, la justicia, etc. —es decir, las cosas de que más se habla desde hace cuarenta años—, estriba en que los sociólogos mismos no han analizado suficientemente en serio, radicalmente, esto es, yendo a la raíz, los fenómenos sociales elementales. De aquí que todo ese repertorio de conceptos sea impreciso y contradictorio.[66]

66 Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, Madrid, Revista de Occidente, 1981, pp. 11 y 12.

Su severa crítica a los sociólogos la expuso en los siguientes términos:

> No olvidaré nunca la sorpresa teñida de vergüenza y de escándalo que sentí cuando, hace muchos años, consciente de mi ignorancia sobre este tema, acudí lleno de ilusión, desplegadas todas las velas de la esperanza, a los libros de sociología, y me encontré con una cosa increíble, a saber: que los libros de sociología no nos dicen nada claro sobre qué es lo social, sobre qué es la sociedad. Más aún: no sólo no logran darnos una noción precisa de qué es lo social, de qué es la sociedad, sino que, al leer esos libros, descubrimos que sus autores —los señores sociólogos— ni siquiera han intentado un poco en serio ponerse ellos mismos en claro sobre los fenómenos elementales en que el hecho social consiste.[67]

Queda claro que la sociedad no es una abstracción o un capricho. Estamos inmersos en la sociedad y más aún en el Estado y junto con ellos estamos envueltos en una cultura y en una circunstancia. Y aunque parezcan estas realidades cuestiones *huidizas*, son ciertas y a la vez confusas. De aquí han surgido conceptos y problemas por entender esos conceptos. Así lo explica Ortega y Gasset:

> Hablan los hombres de hoy, a toda hora, de la ley y del derecho, del Estado, de la nación y de lo internacional, de la opinión pública y del poder público, de la política buena y de la mala, del pacifismo y del belicismo, de la patria y de la humanidad, de justicia e injusticia social, de colectivismo y capitalismo, de socialización y de liberalismo, de autoritarismo, de individuo y colectividad etc., etc. Y no solamente hablan en el periódico, en la tertulia, en el café, en la taberna, sino que además de hablar, discuten. Y no sólo discuten, sino que combaten por las cosas que esos vocablos designan. Y en el combate acontece que los hombres llegan a matarse los unos a los otros, a centenares, a miles, a millones.[68]

67 *Ibidem*, p. 21.
68 *Ibidem*, p. 19.

Ortega y Gasset no entró a la filosofía social ni a la sociología de manera arbitraria, sino que explica muy bien lo que es la circunstancia como parte del ser humano. La circunstancia es el entorno social en el que vivimos y morimos. Precisamente por esto, es importante no sólo conocer el pensamiento del maestro de la Universidad de Madrid, sino también su circunstancia, para entender y tratar de explicar sus meditaciones y su papel de *espectador* y también de actor académico, político y cultural dentro de España y fuera de ella.

En su epistolario, la preocupación de *lo social* está presente cuando le escribe a Ernst Robert Curtius: "...considero de suma importancia hacer ver que aunque yo *detestase* la sociedad en que vivo y en la que fui hecho, seguiría inexorablemente *perteneciendo* a ella".[69]

La preocupación del fenómeno social está presente en casi toda la obra de Ortega y Gasset. De una u otra manera, el filósofo español dejará en claro que la sociedad permea en la actitud de los hombres. La proyección social en la persona individual es inevitable.

Y cuando digo que la sociedad es inevitable para el ser humano, es que es así por naturaleza, en este sentido se reitera y a la vez se confirma la tesis aristotélica. Esta idea la explica en su estilo propio el pensador español en *El hombre y la gente*:

> Cuando Napoleón invadió Alemania y se acercaba a Weimar, Goethe decía: *¡Quisiera uno estar fuera!* Pero no hay *fuera*. Durante los primeros siglos del Imperio Romano, muchos hombres, desilusionados de todo lo colectivo y público, huían al desierto para vivir sumergidos en su propia soledad desesperada. Los monjes cristianos no fueron, ni mucho menos, los primeros en aislarse. No hicieron sino imitar a los que en Siria y Egipto desde dos centurias se hacían *deserteros*, *eremitas*, para practicar la *moné* —la soledad—. De aquí que se les llamase *monakhoí*-monjes. Este tipo

69 Ortega y Gasset, José, *Epistolario*, Madrid, Revista de Occidente, 1974, pp. 123 y 124.

> de vida les proporcionó un enorme prestigio y produjo una especie de epidemia. Los desiertos se poblaron de miles de *solitarios* que, en virtud de ello, dejaron de serlo y se convirtieron en comunidad —cenobio de koinós—, común. Pero individuos más resueltos a aislarse inventaron, ya que era imposible aislarse horizontalmente, huir de los prójimos por la vertical, construyéndose una alta columna o pilar sobre el cual vivían. Se les llamó estilitas. Mas tampoco les dio resultado, y hasta el Emperador enviaba a sus ministros para consultar a San Simeón sobre asuntos de Estado, gritándole desde el suelo.[70]

Más adelante el fundador de la *Revista de Occidente* considera uno de los temas más importantes de la vida social, el lenguaje, en particular sus limitaciones en la función interpersonal. Ortega y Gasset desconfía de la capacidad del lenguaje para comunicarnos, incluso demuestra su ironía cuando escribe:

> El hombre, cuando se pone a hablar, lo hace *porque* cree que va a poder decir lo que piensa. Pues bien, esto es ilusorio. El lenguaje no da para tanto. Dice, poco más o menos, una parte de lo que pensamos y pone una valla infranqueable a la transfusión del resto. Sirve bastante bien para enunciaciones y pruebas matemáticas. Ya al hablar de física empieza a ser equívoco e insuficiente. Pero conforme la conversación se ocupa de temas más importantes que éstos, más humanos, más 'reales', va aumentando su imprecisión, su torpeza y su confusionismo. Dóciles al prejuicio inveterado de que 'hablando nos entendemos', decimos y escuchamos de tan buena fe que acabamos por malentendernos mucho más que si, mudos, nos ocupásemos de adivinarnos.[71]

Sobre este particular, ha dicho Pedro José Chamizo Domínguez:

> ...el hombre nace a su mundo en un entorno social mediatizado por el lenguaje. Hasta tal punto éste aparece como un medio vital

70 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 66, pp. 230 y 231.
71 *Ibidem,* p. 246.

> en el que el hombre está inserto, que cualquier otro ámbito de la realidad que pueda conocer, lo conoce necesariamente desde el ámbito radical del lenguaje. De ahí que éste sea calificado de elemento, esto es, de atmósfera semántica en la que el hombre está sumergido y equivalente a los cuatro elementos (aire, tierra, fuego y agua) que, para el pensamiento tradicional, eran los constitutivos de toda materia.[72]

Esta alusión orteguiana nos lleva a aquella tesis de Wittgenstein: El límite de mi lenguaje es el límite de mi mundo.

Si al principio de *El hombre y la gente*, Ortega y Gasset critica duramente, como ya lo expusimos, tanta habladuría que sólo conduce, desde mi punto de vista, a la confusión, casi al final de esta misma obra, el filósofo retoma con más dureza el tema:

> Nuestro viaje hacia el descubrimiento de qué es en verdad la sociedad y lo social ha hecho crisis. Recuérdese que nuestra trayectoria partió de la desconfianza que nos han inspirado los sociólogos porque ninguno de ellos se había detenido con la exigible morosidad a analizar los fenómenos de sociedad más elementales. Por otra parte, en nuestro derredor —libros, Prensa, conversaciones— hallamos que se habla con la más ejemplar irresponsabilidad de nación, pueblo, Estado, ley, derecho, justicia social, etc., etc., sin que los habladores posean la menor noción precisa sobre nada de ello. En vista de lo cual queríamos averiguar, por nuestra cuenta, la posible verdad sobre esas realidades, y a este fin nos pareció obligado ponernos delante de las cosas mismas a que esos vocablos aluden, huyendo de todo lo que fuera ideas o interpretaciones de esas cosas, elaboradas por otros. Queremos recurrir de todas las ideas recibidas a las realidades mismas.[73]

Ahora bien, otra cuestión sobre el tema social es la relativa a la madurez de las sociedades y por tanto de los seres humanos. Don José se preocupa en particular de España, su patria, y tam-

72 Chamizo Domínguez, *op. cit.,* nota, 15, p. 65.
73 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota, 66, p. 281.

bién en general de Europa que se encontraba en el tenso año de 1934, en el que fueron asesinados el canciller federal austríaco Engelbert Dolfuss en Viena, y el rey Alejandro de Yugoslavia en Marsella. 1934 implicó para algunos, quizá para muy pocos —el propio Ortega y Gasset incluido—, el presagio de los años difíciles para España en particular y para el viejo continente en general. Las siguientes palabras del filósofo español hacen constar el proceso psicológico social que deben pasar y pasan las corporaciones humanas:

> Muchas de las cosas que parecían más logradas y precisamente las que más interesan a las multitudes —la organización económica y las formas del Estado— han fallado de repente. Habían dejado de ser cuestión y estábamos cómodamente arrellanados en ellas. Pero he aquí que se rompen y desconciertan. Todos sentimos hoy que no nos aseguran el porvenir, que no nos sirven, que se han convertido en pretérito roto y herrumbroso. Hemos palpado su insuficiencia y su limitación. He aquí la típica experiencia en que consiste la madurez.[74]

Estos señalamientos hechos por Ortega y Gasset fundamentan la preocupación por la jovialidad irresponsable de tratar de experimentar el fenómeno del poder sin visión histórica ni de Estado. Por supuesto que la experiencia debe llevarnos de la mano a la madurez, pero también es importante aprender desde la teoría sin pasar necesariamente por la experiencia, que puede convertirse en sí misma y como fin en escuela de tontos o peor aún de viciosos, que en su afán de experimentar por capricho inyectan a la sociedad un sabor de desencanto y desesperación.

De ahí que el impulso jovial pueda ser extravagante. En palabras del autor de *El hombre y la gente*:

> El joven estrena la vida y todo en ella. Ve en llegar las cosas, pero aún no las ha visto irse, es decir, que ve sólo aire de ser como

74 *Ibidem,* p. 281.

> eternas y sin falla. El hombre maduro, en cambio, las vio llegar en su juventud, pero luego les ha visto la espalda. Pues bien, ¿no es acaso la expresión más directa de lo que hoy siente el europeo haber visto, en brevísimo periodo, las espaldas de demasiadas cosas hasta el punto de que en su paisaje no ve hoy casi más que espaldas de esperanzas, ideales y promesas que huyen vencidos, gastados y exhaustos? Puede decirse que sólo una cosa no ha fallado al europeo ni hay sospecha de que por ella misma pueda fallar: la ciencia. Y por eso es tan sorprendente que habiéndole quedado esa única potencia intacta no se abrace a ella con más fervor que nunca.[75]

La desmoralización europea por las dictaduras, las guerras y las torpezas políticas de las llamadas democracias liberales no le impidieron al docente castellano tener una visión a largo plazo del porvenir de su continente, algo que definitivamente no vivió, pues la unidad europea —no ciertamente en un único Estado—, con todos los problemas y beneficios que conllevaría, empezó parcial y propiamente con el Tratado de Roma en 1957, es decir, dos años después de la muerte del maestro. En palabras de José Sánchez Villaseñor: "Para levantar a Europa de su postración, ningún remedio ofrécese mejor a Ortega que la empresa de convertirla en un gran Estado nacional, en Pan-Europa".[76]

La cita de Sánchez Villaseñor tiene empatía con la entrevista que le formuló Fernando Vela a Ortega y Gasset, cuando el filósofo contesta a una de las preguntas hechas por el entrevistador de la siguiente manera: "Es que yo estoy contra la Sociedad de Naciones por estar a favor de la unidad europea".[77]

En un filósofo sensible que se preocupa también por la educación, el tema pedagógico como proyección social y política es ineludible. En otras palabras el tema social queda gravemente incompleto si no se comprende ni se atiende la educación. De ahí

75 *Idem.*

76 Sánchez Villaseñor, José, *Pensamiento y trayectoria de José Ortega y Gasset*, México, Jus, 1943, p.173.

77 Ortega y Gasset, *Obras completas*, Madrid, Alianza, 1987, t. 4, p. 387.

que el pensador español no se queda atrapado en esquemas que llevan al irreductible sofisma de *o sociedad o individuo*, sino que la proyección social y política de la educación nos remonta a la Paideia griega, a la época de Sócrates, aquel gran filósofo y educador que dejara huella en tantos pensadores incluido desde luego el propio Ortega y Gasset. Por esto dirá el filósofo madrileño:

> La pedagogía de Platón parte de que hay que educar la ciudad para educar al individuo. Su pedagogía es pedagogía social... El otro genio de la pedagogía, el suizo Pestalozzi, que acaso no leyó nunca a Platón, renueva por necesaria congenialidad esta idea. La escuela, según él es sólo un momento de la educación: la casa y la plaza pública son los verdaderos establecimientos pedagógicos... Si educación es transformación de una realidad en el sentido de cierta idea mejor que poseemos y la educación no ha de ser sino social, tendremos que la pedagogía es la ciencia de transformar las sociedades.[78]

Ortega y Gasset es sin duda uno de los pensadores más influyentes y polémicos y si bien aquí pretendo un análisis sobre todo de su filosofía social y política y de su aportación estrictamente sociológica, debo guardar cierta distancia de su obra, para hacer una crítica a su pensamiento recogido en miles de páginas.

Por lo anterior, me permito discrepar del filósofo cuando afirma que al europeo sólo le quedaba algo infalible: la ciencia. En realidad considero que la ciencia convertida en religión ha perjudicado más a las sociedades contemporáneas, pues el hombre ha desvirtuado el uso de la ciencia. Por otra parte, si bien a la ciencia se le ha tratado de vestir de exactitud, desde luego que no es infalible, incluso la ciencia en la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial fue utilizada para convertirla en una máquina genocida. Sin embargo, la visión de Ortega y Gasset de que la salida de la desmoralización europea es la unidad en un gran Estado, sólo cambia en que en la actualidad la mayor parte

78 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 65, pp. 100 y 101.

de Europa es una multitud de Estados que viven bajo un esquema común de desarrollo económico sin dejar de observar —y por tanto en un marco de respeto— las diferencias culturales. Aún así Europa no está exenta de la barbarie, de una nueva rebelión de las masas, o sea, de hombres despersonalizados perdidos y sin identidad propia, que viven en la inercia social, donde exigen todos los derechos y se olvidan de sus deberes.

La religión y la historia han demostrado ser, para las sociedades, madre y maestra respectivamente. Si bien Ortega y Gasset no le dará el mismo énfasis a la religión que a la historia no deja de ser importante la primera por su impacto social. No hay que olvidar que Ortega y Gasset fue un agnóstico o muy probablemente un escéptico en el estricto sentido del griego antiguo: el que tiene duda, el que aún no elige y no como se le entiende ahora que es el que no cree en nada. Es el propio Ortega y Gasset quien en su *Origen y epílogo de la filosofía* ha rescatado el sentido original del término escepticismo.

A diferencia de la ciencia, la religión y la historia han sido echadas por varias generaciones en el desván del olvido. El costo de este hecho han sido el nihilismo, el vacío existencial, la depresión, la ruptura consigo mismo. Incluso peor aún, algunas sociedades privadas de fe y esperanza tampoco tenían ciencia para apoyarse y desarrollarse económicamente.

La antropología y la sociología de Ortega y Gasset están fundamentadas en una dialéctica muy peculiar, al menos así lo hace entender Jesús María Osés Gorraiz, cuando ha dicho sobre el particular pensamiento orteguiano:

> El hombre es por naturaleza sociable e insociable y ninguna de las dos tendencias domina a la otra en principio. Y es en esta ruptura interna del individuo donde hay que encontrar el origen del problema que Ortega plantea... la sociedad es algo terrible, por eso la convivencia es tragedia, por eso la sociedad es un infierno... A pesar de toda la carga de negatividad *Memorias de Mestanza* hace otras reflexiones sociológicas no menos importantes: ...jamás ha acontecido ni acontecerá que el hombre pueda conducirse exclusi-

vamente según su personal gobierno. Una criatura humana en cuya existencia, Ortega piensa que la sociedad tiene su lado positivo: forja hombres... La sociedad atesora el pasado, transmite los conocimientos a las generaciones venideras y permite una cierta despreocupación por los asuntos externos al tener una estructura rígida de usos que debe ser respetada por todos los individuos de la colectividad.[79]

Por otra parte, el filósofo español en su pequeño texto —recogido en el ya citado *Prólogo para alemanes*— ha escrito:

Lo más frecuente ha sido que al hombre le sean impuestas formas de comportamiento —modos de pensar, sentir y actuar— por la colectividad en que vive, de suerte tal que apenas queda en su vida dimensión alguna donde pueda vivir por cuenta propia. Por supuesto, jamás ha acontecido ni acontecerá que el hombre pueda conducirse exclusivamente según su personal gobierno. Una criatura humana en cuya existencia no tuviesen la menor intervención usos, costumbres y leyes —por tanto, lo social— no podría sostenerse porque ello implicaría tener que inventar en absoluto con la propia minerva todos sus pensamientos, deseos, y medios de satisfacerlos... Sin este auxilio de la sociedad como directora de nuestra conducta, cada paso sería para nosotros un conflicto... La sociedad nos ahorra el esfuerzo y el riesgo de inventar ese comportamiento inicial adelantándonos próvida el uso del saludo, un acto convencional, en sí mismo ridículo, pero que sirve a aquel ineludible menester de iniciar la relación. Entre los *tuaregs*, hombres de auténtico desierto, el uso salutatorio tiene que ser muy cauteloso y se desarrolla en largo ceremonial que dura aproximadamente media hora. Hoy en Europa, que es lo contrario del desierto, donde la población es demasiado densa, basta con un rápido apretón de manos, y, a lo que veo, este mínimo uso ha entrado en decadencia y empieza a ser bastante una leve inclinación de cabeza cuando no un minúsculo guiño de ojos. Puede decirse que hemos llegado a la taquigrafía del saludo. Ya no se pregunta siquiera por la familia... el hombre no tiene que inventar por sí lo que va a hacer primero al

79 Osés Gorraiz, *op. cit.*, nota 38, pp. 217 y 218.

> toparse con un semejante, sino que la sociedad le da resuelto el problema mediante la norma colectiva del saludo.[80]

No hay que olvidar que si hay una sombra de pesimismo en el pensamiento de Ortega y Gasset, ésta se debe en parte a su difícil circunstancia —Guerra Civil española, Segunda Guerra Mundial y los comienzos de la "guerra fría"—, lo que sin duda contribuyó a su estado depresivo acentuado al final de su vida. Si bien es cierto que en el filósofo español está claro el padecimiento de esta terrible enfermedad, en la filosofía de la existencia de su colega francés Jean Paul Sartre —mejor conocida como existencialismo, término que por cierto no le agradaba a Ortega y Gasset por erróneo y arbitrario, según lo expresara en su *Prólogo para alemanes*—también hubo una excepcional carga negativa. Si bien es cierto son palabras de Osés Gorraiz para describir que la sociedad es un infierno en la visión orteguiana, en Sartre, su famosa frase recogida en su obra de teatro *A puerta cerrada*: "El infierno son los otros" hacen concordar dos perspectivas filosóficas en un mismo tiempo conflictivo y difícil, cuando millones de personas fallecieron por la guerra o también por la depresión que enfermó a millares de seres en aquel ambiente de desolación y de "vacío existencial" para usar el término de Viktor Frankl.

El demonio de la violencia que ha encajado más en las generaciones jóvenes ha dejado su terrible huella: millones de personas han sido liquidadas en guerras, revoluciones, actos de terrorismo, golpes de Estado, y también por supuestas políticas que fomentan prácticas tales como el aborto y la eutanasia. Muchas de las sociedades que han padecido estos flagelos han sido débiles, cobardes o también víctimas de países belicosos y de grupos económicos y políticos enfermos de ambición, sociedades víctimas de traidores que entregan a su país por treinta monedas de cobre.

80 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 10, pp. 113-115.

La sociedad mundial, es decir, la humanidad, con más de seis mil millones de habitantes en el planeta Tierra, aún no ha encontrado la madurez que requiere el bien común. En muchas partes del conflictivo globo subsisten el egoísmo y los intereses más negativos, lo que impide que el hombre y la gente recuperen la paz perdida.

Ortega y Gasset es un fenómeno intelectual y a la vez sociológico si seguimos la tesis del propio filósofo cuando dice en su ensayo, *El hombre y la gente*, que la vigencia es el fenómeno sociológico fundamental. Su obra es vigente no sólo en España, sino en otros países y también por esto puede ser considerado un pensador clásico, pero como ha dicho recientemente Sergio Nudelstejer: "Aunque parezca que se le ha querido dejar en el olvido y sus obras no circulan ya con la profusión que ocurría hasta hace sólo algunos años, las ideas del español José Ortega y Gasset en cuanto a la vida humana, a la sociedad y a la filosofía siguen teniendo una importante actualidad".[81]

Luis Saavedra en su libro *El pensamiento sociológico español* dedica un capítulo a la sociología de Ortega y Gasset donde "el enemigo de las masas" —como lo calificó el filósofo de la Escuela de Frankfurt, Max Horkheimer— es presentado por el autor español como un humanista preocupado e inmerso a la vez en temas de literatura, historia, sociología y desde luego filosofía. Saavedra confirma el calificativo del pensador alemán cuando escribe:

> ...Ortega fue en efecto, un enemigo de las masas, con todo el contenido histórico e ideológico que esta actitud ha comportado. Pero con algún otro, también que en aquel entonces no descubrimos, pero del que tendremos la oportunidad de hablar, porque fue además, no sé si principalmente, enemigo de las masas masificadas, si cabe la expresión. Es decir, no sólo crítico de las masas en la medida en la que han representado en las dos últimas centurias un

81 Nudelstejer, Sergio, "Rebeliones de Ortega y Gasset", *Arena*, suplemento cultural de *Excelsior*, México, 2 de enero de 2000, p. 4.

> instrumento valioso de la lucha de clases, sino también censor de las masas como elemento político del totalitarismo de nuestro siglo, y como expresión formal de una sociedad que ha utilizado técnicamente al hombre para masificarlo.[82]

Según Saavedra, Ortega y Gasset recibió una influencia importante de Gaetano Mosca y de Vilfredo Pareto, pero dejó muy claro que las diferencias entre los pensadores italianos y el filósofo español son importantes, así como la falta de honestidad intelectual de Pareto con respecto a Mosca, la cual fue avalada por Norberto Bobbio cuando revisó una selección de notas de Gaetano Mosca y según Saavedra, empieza por referirse a Mosca de la siguiente manera:

> El politólogo italiano es, en realidad, el primero de todo un grupo de escritores que plantea de una forma sistemática la justificación del gobierno de la sociedad por minorías, y ya conocemos cómo influyeron sus obras en Pareto, que ni siquiera se lo reconoció. Mosca defendió el principio de la desigualdad como elemento esencial en la composición de la sociedad humana, y ésta es evidentemente, una de las razones que encuentra Ortega para escribir su teoría sobre las élites, y es, asimismo, uno de los puntos que comentan algunos de sus discípulos tratando de presentarlo con la mayor naturalidad... A Pareto se le ha atribuido en más de una ocasión una influencia visible sobre Ortega. El concepto de 'circulación de las élites', con el que explica la renovación de la sociedad y la legitimación de las minorías es muy similar al fundamento del meritoriaje orteguiano. En ambos, la renovación permanente de la élite por medio del merecimiento personal constituye el principio del dinamismo histórico. Pero Pareto plantea los mecanismos de acceso a la élite con una crudeza inusitada, que en ningún caso, es compartida por Ortega. Las condiciones de astucia, fortaleza y cinismo que acompañan al prototipo humano dominante en la sociología paretiana tienen poco que ver con el hombre noble de Ortega. La élite de Pareto se nutre de competido-

82 Saavedra, Luis, *El pensamiento sociológico español*, Madrid, Taurus Humanidades, 1991, p. 146.

> res, de trepadores despiadados que aprovechan sus condiciones naturales para imponerse a los que son más débiles que ellos. Por eso critica todo signo de humanismo como una prueba de debilidad que anuncia el fin de la hegemonía de una élite a través de su conocida sentencia de que 'la historia es un cementerio de aristocracias'.[83]

Más adelante, el propio Saavedra nos dice: "Ortega llega a la teoría de las élites ante el rechazo que le produce el significado cultural, preferentemente, de la sociedad de masas, y ante la evidencia de un hombre común que carece de los atributos distintivos de la elegancia moral e intelectual que él se fija como ideales".[84]

Más allá de la cercanía intelectual que encontró entre Mosca y Pareto con Ortega y Gasset, el mismo Saavedra piensa que el pensamiento del filósofo español tiene más coincidencia con el sociólogo Karl Mannheim: "Los dos se manifiestan con una cadencia conservadora porque defienden una jerarquización muy restringida, dominada por las minorías".[85]

Y aunque Saavedra no cita precisamente la obra de Mannheim, encontré un texto del sociólogo que empata con la visión de Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas*:

> En una sociedad en la cual tienden a dominar las masas, las irracionalidades que no han sido integradas en la estructura social pueden abrirse camino hasta la vida política. Esta situación es peligrosa, porque el aparato selectivo de la democracia de masas abre la puerta a irracionalidades en aquellos sitios donde la dirección racional es indispensable. De este modo la democracia misma produce su propia antítesis, e incluso proporciona armas a sus enemigos.[86]

83 *Ibidem,* p. 187.
84 *Ibidem*, p. 188.
85 *Idem*.
86 Mannheim, Karl, *Libertad, poder y planificación democrática*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 13.

El ejemplo más gráfico y terrible de lo anterior es la República de Weimar y el ascenso a través de ella de los dirigentes nazis y sus furibundas masas.

La influencia y la compatibilidad de otros autores con Ortega y Gasset no le quitan ni brillantez ni mérito en las cuestiones sociológicas y políticas que fundó filosóficamente y con una erudición histórica incomparable.

A través del pensamiento filosófico de José Ortega y Gasset se puede entender mejor al hombre y a la sociedad del siglo XX, eso sin duda es ya una clara aportación a la sociología y en general a las humanidades.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA LIBERTAD COMO REFLEXIÓN ANTROPOLÓGICO-FILOSÓFICA Y POLÍTICA EN EL PENSAMIENTO ORTEGUIANO

Capítulo segundo

LA LIBERTAD COMO REFLEXIÓN ANTROPOLÓGICO-FILOSÓFICA Y POLÍTICA EN EL PENSAMIENTO ORTEGUIANO

> El hombre no está condenado a ser libre, pero sí está llamado a llegar a serlo; su libertad es una conquista sobre la naturaleza; es la libertad misma la que realiza su libertad.
>
> *Ignace Lepp*

I. Alcances antropológico-filosóficos y políticos de la libertad

La libertad es uno de los temas más apasionantes. Desde la antropología y la filosofía se ha estudiado esta realidad humana, incluso para negar su existencia. No sólo estas disciplinas han abordado el tema de la libertad, también la política, el derecho, la sociología, la psicología, la teología y la literatura discurren desde hace mucho tiempo en la discusión sobre la naturaleza y alcances de la libertad e incluso en la negación de la misma.

El jurista hispano Luis Recaséns Siches, quien radicó durante varias décadas hasta su muerte en México después de la Guerra Civil española, y quien conoció bien el pensamiento orteguiano, ha dicho que el hombre es libre albedrío. Otro jurista de la península ibérica, Federico Puig Peña, escribió que sin el libre albedrío no tendría sentido el derecho penal.

En realidad habría que preguntarse si tendría sentido la existencia humana sin la libertad. ¿Qué caso tendría filosofar si no

existiese la posibilidad de ser libre? ¿La filosofía no surge por la libertad de imaginación, de pensamiento y de palabra?

José Ortega y Gasset pronunció estas palabras en la conferencia *El mito del hombre allende de la técnica*:

> El hombre tendrá que ser, desde el principio, un animal esencialmente elector. Los latinos llamaban al hecho de elegir, escoger, seleccionar, *eligere*; y al que lo hacía, lo llamaban *eligens* o *elegens*, o *elegans*. El *elegans* o elegante no es más que el que elige y elige bien. Así pues, el hombre tiene de antemano una determinación elegante, tiene que ser elegante. Pero aún hay más. El latino advirtió —como es corriente en casi todas las lenguas— que después de un cierto tiempo la palabra elegans y el hecho del 'elegante' —la *elegantia*— se habían desvaído algo, por ello era menester agudizar la cuestión y se empezó a decir *intellegans*, *intellegentia*: inteligente. Yo no sé si los lingüistas tendrán que oponer algo a esta última deducción etimológica. Pero sólo puede atribuirse a una mera casualidad el que la palabra *intellegantia* no se haya usado igual que *intellegentia*, como se dice en latín. Así pues, el hombre es inteligente, en los casos en que lo es, porque necesita elegir. Y porque tiene que elegir, tiene que hacerse libre. De ahí procede esta famosa *libertad del hombre*, esta terrible libertad del hombre, que es también su más alto privilegio. Sólo se hizo libre porque se vio obligado a elegir, y esto se produjo porque tenía una fantasía tan rica, porque encontró en sí tantas locas visiones imaginarias.[87]

De las lecturas de Ortega y Gasset se desprende el hecho de que el ser humano necesita elegir de manera continua. Sin duda, uno de los aspectos más importantes es la profesión, la carrera universitaria. Ya que el hombre se va haciendo, su proyecto de vida en general y el profesional en particular es constante. No hay propiamente un final durante el proceso.

De lo anterior, se entienden las palabras del periodista que escribió en su artículo "Sobre las carreras":

87 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 12, t. 9, p. 622.

Hay en el hombre, por lo visto, la ineludible impresión de que su vida, por tanto, su ser es algo que no sólo puede, sino que tiene que ser elegido. La cosa es estupefaciente: porque eso quiere decir que a diferencia de todos los demás entes del universo, los cuales tienen un ser que les es dado ya prefijado y que por eso existen, a saber, porque son ya, desde luego, lo que son, el hombre es el único y casi inconcebible ente que existe sin tener un ser prefijado, que no es desde luego y ya lo que es, sino que, por fuerza, necesita elegirse él su propio ser... Ese ser que el hombre se ve obligado a elegirse es la carrera de su existencia. ¿Cómo la elegirá? Evidentemente porque se representará en su fantasía muchos tipos de vida posibles y al tenerlos delante notará que alguno o algunos de ellos le atraen más, tiran de él, le reclaman o llaman. Esta llamada hacia un cierto tipo de vida, o, lo que es igual, de un cierto tipo de vida hacia nosotros, esta voz o grito imperativo que asciende de nuestro más íntimo fondo es la vocación... Siempre que el hombre siente una necesidad lo primero que hace es buscar en su derredor, en el contorno en que él está en el mundo en suma, en eso que llamamos 'ahí', algo que pueda satisfacerla... Por tanto, que el hombre nace sintiéndose menesteroso de muchas cosas pero, a la vez, sintiéndose heredero y propietario de no pocas... Pues bien, ante la necesidad de elegir una vida, el hombre busca en su contorno para ver si ahí está ya lo que puede ser su vida, esto es, mira las de los otros hombres, las de los que ya están ahí, las de los hombres pasados... Pero noten ustedes que la carrera de la vida, la vida que hay que elegir, es la de cada cual; por tanto, una línea o perfil individualísimo de existencia. Mas éste es el nuevo cambio de sentido que ha sufrido y que hoy tiene la palabra 'carrera'. Ha perdido el sentido individual que tenía en la frase de Cicerón (*Exiguum nobis vitae curriculum natura circumscripsit*) para contraerse a significar los esquemas de vida, vidas típicas; esto es, genéricas, abstractas que el individuo encuentra preestablecidas en la sociedad. Son, pues, las 'carreras' un concepto sociológico, que recibe también el nombre de 'profesiones'... ¿Ser albañil es ser hombre, como lo es ser poeta o ser político o ser filósofo?... Las 'carreras', he dicho, son esquemas sociales de vida, donde, en el mejor caso por vocación y libre elección el individuo aloja la suya.[88]

88 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 22, pp. 168-171.

José Ortega y Gasset es un filósofo que no reduce al ser humano a un solo aspecto de su total dimensión. En el pensamiento orteguiano no hay un reduccionismo que contribuya a atentar contra la naturaleza libre de la persona. Es lógico por tanto sostener que para el docente de Madrid, el hombre no es un *Homo Faber*, un *Homo Oeconomicus*, un *Homo Eroticus* o simplemente un centro de imputación de normas jurídicas.

El filósofo madrileño es, en estricto sentido, un liberal, porque creía en la libertad humana y en su carácter eminentemente social tanto en sus principios como en sus fines, aunque no dejó de observar ciertas actitudes absurdas en el ser humano. El autor de *Estudios sobre el amor* estuvo convencido de la importancia de la libertad en la vida social, cultural, política e incluso afectiva. Encuentro en el análisis de Ortega y Gasset una de las realidades humanas más contundentes: el hombre en su afán de ser congruente llega a ser contradictorio, en su búsqueda por ser feliz se empeña en ser infeliz, ahí es donde veo también uno de los grandes dramas del ser humano visto por Ortega y Gasset: el hombre siendo libre, no sabe cómo ejercer su libertad. Desde luego que el filósofo español no pensó la libertad sólo en términos abstractos. El filósofo como testigo y actor del siglo XX vio cómo en nombre de la libertad se cometieron terribles crímenes en contra de ella, y también percibió cómo los regímenes autoritarios y totalitarios atentaron contra la dignidad humana encarnada en millones de víctimas.

No puedo imaginar —y no lo imagino porque no fue posible— ver a un filósofo de la talla de Ortega y Gasset dar culto a la violencia, en resumen a la barbarie que niega la racionalidad del ser humano.

He percibido en el filósofo de Madrid a un continuo buscador de verdades escuetas para tratar de conocer finalmente la Verdad. Esa constante inquietud es lo que angustia y libera a la vez al hombre. La libertad fue diseñada para conocer y actuar. En este sentido hay que recordar la sentencia de Aristóteles con la que abre su metafísica: *El hombre tiende de manera natural al cono-*

cimiento. Y claro, esta tendencia es libre y también complicada. En palabras de nuestro autor:

> Quisiéramos poder conocer; no obstante, durante milenios y milenios el hombre ha trabajado para conocer y sólo ha logrado muy pequeños conocimientos. Este es nuestro privilegio y esta nuestra dramática determinación. Por eso, ante todo, percibe el hombre que precisamente lo que más en el fondo desea es, hasta tal punto imposible, que se siente infeliz. Los animales no conocen la infelicidad, pero el hombre actúa siempre en contra de su mayor deseo, que es el de llegar a ser feliz. El hombre es, esencialmente, un insatisfecho, y esto —la insatisfacción— es lo más alto que el hombre posee, precisamente porque se trata de una insatisfacción, porque desea tener cosas que no ha tenido nunca. Por eso suelo decir que esta insatisfacción es como un amor sin amada o como un dolor que siento en unos miembros que nunca he tenido.[89]

La libertad humana no puede entenderse sin recurrir a la filosofía y, es más, la misma filosofía no podría entenderse si la persona no tuviese la capacidad de pensar, hablar y actuar libremente. Don José sabía que entrar al análisis filosófico de la libertad era entrar a una especie de laberinto donde el hombre trata de encontrarse quizá para esconderse de sí mismo. El espíritu español es prueba de esto: se abrieron hacia otros horizontes para encerrarse. A Ortega y Gasset le pasó: se fue al extranjero y cuando regresó libremente a España guardó muchos silencios que tenían acentos de depresión. Y aún bajo los terribles síntomas de esta enfermedad tuvo márgenes de libertad, a pesar de vivir bajo un régimen contrario a las libertades políticas.

La libertad está íntimamente ligada a la vocación y el filósofo lo ha escrito con magistral claridad:

> No hay un vivir abstracto. Vida significa la inexorable forzosidad de realizar el proyecto de existencia que cada cual es. Este proyec-

89 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 12, t. 9, p. 623.

> to en que consiste el yo no es una idea o plan ideado por el hombre y libremente elegido. Es anterior, en el sentido independiente, a todas las ideas que su inteligencia forme, a todas las decisiones de su voluntad. Más aún, de ordinario no tenemos de él sino un vago conocimiento. Sin embargo, es nuestro auténtico ser, es nuestro destino. Nuestra voluntad es libre para realizar o no ese proyecto vital que últimamente somos, pero no puede corregirlo, cambiarlo, prescindir de él o sustituirlo. Somos indeleblemente ese único personaje programático que necesita realizarse. El mundo en torno o nuestro propio carácter nos facilitan o dificultan más o menos esa realización. La vida es constitutivamente un drama, porque es la lucha frenética con las cosas y aún con nuestro carácter por conseguir ser de hecho el que somos en proyecto... Y aquí surge lo más sorprendente del drama vital: el hombre posee un amplio margen de libertad con respecto a su yo o destino. Puede negarse a realizarlo, puede ser infiel a sí mismo. Entonces su vida carece de autenticidad... podemos ser más o menos fieles a nuestra vocación y, consecuentemente, nuestra vida más o menos auténtica... Lo más interesante no es la lucha del hombre con el mundo, con su destino exterior, sino la lucha del hombre con su vocación... El mal humor insistente es un síntoma demasiado claro de que un hombre vive contra su vocación.[90]

El problema de la libertad desde un punto de vista antropológico es bastante complejo, ya que casi todas las acciones humanas están implícitas en actos volitivos. El hombre es personaje de su propia trama.

El arte, y particularmente la literatura, como extensión de esta realidad ética es una consecuencia notable. De ahí que resulten muy interesantes las piezas teatrales de los dramaturgos Luigi Pirandello e Ignacio Arriola Haro: *Sei personaggi in cerca d'autore* y *Diálogo de personajes* respectivamente, donde los actores o asumen una orfandad en búsqueda de alguien que escriba sus destinos o también al tratar de asumir sus propias identidades se 'rebelan' a los textos de sus creadores.

90 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 47, t. 4, pp. 400-409.

En *Estudios sobre el amor*, don José alude a la libertad, pero desde una perspectiva filosófica a mi juicio muy interesante: "Es, pues, el amor, por su misma esencia, elección. Y como brota del centro personal, de la profundidad anímica, los principios selectivos que la deciden son a la vez las preferencias más íntimas y arcanas que forman nuestro carácter individual".[91]

Respecto a *Estudios sobre el amor* ha comentado Guillermina Alonso Dacal:

> El amor es pleno y da plenitud; el amor es sentido y da sentido a ese estar vitalmente con el otro, fiel al amado y al destino de éste sea el que sea; porque en el amor '*Tú eres mi mejor yo*'... El amor es para José Ortega y Gasset, desde sus comienzos, el modo de ser de las cosas en plenitud... El amor es una forma de ser y de ver las cosas; el amor es, ante todo, un imperativo vital, que se traduce en un imperativo de selección y de excelencia, es decir, se trata de imperativos estéticos que se convierten en imperativos éticos... El amor es en cuanto imperativo vital, un imperativo de selección en el que se da el cruce entre lo cognoscitivo y lo ético. El amor es una forma de conocimiento porque todo conocimiento es intencional, es decir, va a los objetos desde una manera determinada de ser y según una gama de intereses. No hay un conocimiento neutro, desapasionado y objetivo; conocer es seleccionar, lo que significa que hay un elemento atencional en esa intencionalidad. Es un juego de intención y de atención. El amor consiste en el intento de ver a los objetos y a las personas, en este caso al amado, en la plenitud de su ser.[92]

La misma filósofa mexicana hace una pertinente observación de un escrito del pensador madrileño en relación directa con lo anterior: "En Cartas a un joven español editadas por su hija Soledad Ortega, destacan, entre ellas, las cartas a su novia de entonces y futura esposa en donde el 26 de abril de 1905 le cita las

91 Ortega y Gasset, *Estudios sobre el amor,* Madrid, Espasa-Calpe, 1964, p. 145.

92 Alonso Dacal, Guillermina, "Algunas ideas sobre el amor en José Ortega y Gasset", *Logos*, México, septiembre-diciembre de 1999, núm. 81, pp. 91-93.

palabras —ya aludidas en el párrafo anterior— del poeta inglés Shelley a su amada: '*Tú eres mi mejor yo*'".[93]

Y para comprobar nuevamente que las *Obras Completas* de José Ortega y Gasset no están completas, Alonso Dacal dice sobre aquel escrito dado a conocer por la hija del filósofo: "En los doce tomos de las *Obras completas*, no se encuentra *Cartas a un joven español* donde está la frase del poeta inglés Shelley y que Ortega cita en una de ellas a su entonces futura esposa. Sin embargo, en las *Obras Completas* en los tomos 1, p. 135; 3, pp. 332 y 10, p. 461 aparece dicha cita".[94]

En las páginas de *El Espectador*, se recoge la idea orteguiana de que no hay auténtico amor si no hay elección.

José Ferrater Mora hace una interesante lectura sobre la libertad en el pensamiento orteguiano:

> ...la libertad no es algo que tenemos, sino algo que somos... La libertad es en rigor, tan absoluta que podemos inclusive elegir no ser 'nosotros mismos', esto es, ser infieles a ese 'yo insobornable' al cual hemos llamado 'vocación' o 'destino'. Nuestra libertad no será menor porque nuestra vida sea menos auténtica, pues la libertad es justamente la posibilidad absoluta de prestar o no oídos a ese 'llamado' íntimo que sostiene nuestro ser.[95]

De la lectura de *La rebelión de las masas*, el filósofo Arturo Damm Arnal ha colegido lo siguiente: "El hombre debe ejercer su libertad para descubrir valores e ideales que den un sentido verdaderamente humano a su vida, poniéndolo en tensión hacia algo que le haga trascenderse a sí mismo".[96]

¿El hombre es una marioneta del destino? ¿Estamos determinados? ¿La circunstancia nuestra decide por nosotros? ¿Qué piensa José Ortega y Gasset cuando, al parecer, sus circunstancias formaron parte (si no es que influyeron decisivamente) en la

93 *Ibidem*, p. 69.
94 *Idem.*
95 Ferrater Mora, *op. cit.*, nota 8, pp. 103 y 104.
96 Damm Arnal, *op. cit.,* nota 50, pp. 101 y 102.

trama sobre la cual escribió supuestamente sólo para su tiempo y sus compatriotas?

Don José en diversas de sus obras, ya sean artículos o ensayos propiamente dichos, ha dejado ver claramente con coherencia su visión sobre la libertad humana. Y como lo veremos enseguida, el filósofo francés Jean Paul Sartre tuvo influencia recíproca con el maestro madrileño.

En la multicitada *La rebelión de las masas*, Ortega y Gasset dice:

> Vivir es sentirse fatalmente forzado a ejercitar la libertad, a decidir lo que vamos a ser en este mundo. Ni un solo instante se deja descansar a nuestra actividad de decisión. Inclusive cuando desesperados nos abandonamos a lo que quiera venir, hemos decidido no decidir. Es, pues, falso decir que en la vida 'deciden las circunstancias'. Al contrario: las circunstancias son el dilema, siempre nuevo, ante el cual tenemos que decidirnos. Pero el que decide es nuestro carácter.[97]

Cuando Ortega y Gasset dice que hemos decidido no decidir, dice algo que si bien lógicamente puede ser un contrasentido, ónticamente es una realidad. Precisamente esta idea la repetirá Sartre con cadencia propia años después en su obra *El existencialismo es un humanismo*: "La elección es posible en un sentido, pero lo que no es posible es no elegir. Puedo siempre elegir, pero tengo que saber que, si no elijo, también elijo".[98]

En *El hombre y la gente*, obra publicada de manera póstuma en 1957, el filósofo español habrá escrito una apreciación muy similar a la sostenida por Sartre. Dice el fundador del Instituto de Humanidades:

97 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 22, t. 4, p. 171.

98 Sartre, Jean Paul, *El existencialismo es un humanismo*, México, Quinto Sol, 1985, p. 57.

> Esta forzosidad de tener que elegir y, por tanto, estar condenado, quiera o no, a ser libre, a ser por su propia cuenta y riesgo, proviene de que la circunstancia no es nunca unilateral, tiene siempre varios y a veces muchos lados. Es decir, nos invita a diferentes posibilidades de hacer, de ser. Por eso nos pasamos la vida diciéndonos: 'Por un lado?', yo haría, pensaría, sentiría, querría, decidiría esto, pero, 'por otro lado'... La vida es multilateral... Cuando queremos describir una situación vital extrema en que la circunstancia parece no dejarnos salida ni, por tanto, opción, decimos que 'se está entre la espada y la pared'. ¡La muerte es segura, no hay escape posible! ¿Cabe menor opción? Y, sin embargo, es evidente que esa frase nos invita a elegir entre la espada y la pared. Privilegio tremendo y gloria de que el hombre goza y sufre por veces —el de elegir la figura de su propia muerte—: la muerte del cobarde o la muerte fea o la bella muerte.[99]

En 1943 en su célebre libro *El ser y la nada*, Sartre escribió: "...el hombre, al estar condenado a ser libre, lleva sobre sus hombros el peso íntegro del mundo; es responsable del mundo y de sí mismo...".[100]

En su ensayo *Historia como sistema*, el filósofo castellano alude también al tema de la libertad forzada cuando se refiere a un pensamiento ya antes tratado, que el hombre es novelista de sí mismo, original o plagiario, entonces remarca a propósito de lo anterior:

> Entre esas posibilidades tengo que elegir. Por tanto, soy libre. Pero entiéndase bien, soy por fuerza libre, lo soy quiera o no. La libertad no es una actividad que ejercita un ente, el cual aparte y antes de ejercitarla, tiene ya un ser fijo. Ser libre quiere decir carecer de identidad constitutiva, no estar adscrito a un ser determinado, poder ser otro del que se era y no poder instalarse de una vez y para siempre en ningún ser determinado.[101]

99 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 6, t. 7, p. 104.
100 Sartre, Jean Paul, *El ser y la nada*, Buenos Aires, Losada, 1943, p. 675.
101 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 12, t. 6, p. 34.

En sus *Lecciones de metafísica,* Ortega y Gasset dice con un acento que me atrevo a decir que va más allá del magisterio ordinario: "Dentro de la fatalidad de vuestra circunstancia sois libres; más aún, sois fatalmente libres porque no tenéis más remedio, queráis o no, que escoger vuestro destino en la holgura y el margen que os ofrece vuestra fatal circunstancia".[102]

Ignace Lepp critica la postura de Sartre y por tanto también de manera implícita la de Ortega y Gasset porque considera que los hombres no estamos condenados a ser libres. La libertad como la concibe Sartre, dice Lepp, no es creadora y luego afirma:

> Si lleváramos las afirmaciones de Sartre a sus consecuencias lógicas, sólo tendríamos una apariencia de libertad y volveríamos a caer en el determinismo más absoluto. ¿Qué es esta libertad que el hombre no podría rechazar tanto como no podría rechazar su ser, esta libertad a la cual está condenado? Si el hombre estuviese determinado para ser libre, ¿cómo sus actos sólo serían libres en apariencia?[103]

Su optimismo realista le permitió decir: "Toda vida es la lucha, el esfuerzo por ser sí misma. Las dificultades con que tropiezo para realizar mi vida son, precisamente, lo que despierta y moviliza mis actividades, mis capacidades".[104]

Don José fue además, como hombre libre, un esteta. Por eso, las palabras de Virginia Aspe Armella se ajustan al filósofo: "Si el fin del hombre es la vida y la vida es actividad, el mito es la cumbre del arte porque manifiesta vida, actividad y racionalidad. Estas situaciones artificiales son generadas en última instancia por la libertad".[105]

El filósofo de Madrid a pesar de sus circunstancias adversas, estuvo convencido de la libertad como realidad fundamental de la

102 Ortega y Gasset, *op. cit.*, nota 47, p. 76.

103 Lepp, Ignace, *La existencia auténtica*, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1977, p. 53.

104 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 6, t. 4, p. 208.

105 Aspe Armella, Virginia, *El concepto de técnica, arte y producción en la filosofía de Aristóteles*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 19.

persona humana. O quizá, por aquellas circunstancias tan suyas, Ortega y Gasset fue un creyente de la libertad.

II. ¿LA DEMOCRACIA ES RESULTADO DE LA LIBERTAD? VISIÓN CRÍTICA DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET SOBRE LA DEMOCRACIA

El filósofo español al ser un ferviente defensor de la libertad humana es en consecuencia un firme creyente de las libertades políticas y por tanto de la democracia. Esto no significa que el propio Ortega y Gasset no fuese un persistente crítico de este sistema de gobierno, que también tiene insuficiencias y abusos. La República española en la que participó el filósofo como ciudadano y diputado —durante un tiempo breve— si bien nació democráticamente, mostró muy pronto su debilidad política para contener en su seno grupos radicales con diferencias tan graves que propiciaron más tarde una guerra civil.

De ahí que sostuviese don José lo siguiente:

> Creo que el régimen de libertades y la democracia son formas del derecho político, tan indeleblemente inscritas en la sensibilidad europea, que no cabe imaginar en serio ninguna institución estable que se les oponga. Las mismas 'extremas derechas' y 'extremas izquierdas', que presumen poder prescindir de ellas, las llevan disueltas en la sangre, y el día en que, abandonando su modesta posición de crítica, quisiesen establecer instituciones, se verían obligadas a aceptarlas.[106]

José Ortega y Gasset sabía desde antes del nacimiento de la República, que una democracia débil es caldo de cultivo para una dictadura. Sin duda para la política es necesario educarse. Y la educación es resultado del manejo de la libertad con responsabilidad. La democracia es el ejercicio maduro de las libertades políti-

106 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 47, t. 11, p. 66.

cas, donde el gobierno está abierto para escuchar y actuar a favor de la población.

En su *Discurso de león* llegó a precisar esta idea donde proclama el verdadero valor de la democracia:

> La política democrática es sin duda algo que se hace por el pueblo. Toda la verdadera política democrática tiene que ser educación y enseñanza del pueblo; no hay, pues, excusas: los que no comunican al pueblo con precisión sus ideas sobre el Estado que van a hacer es que no las tienen y, hallándose por dentro vacíos, transmiten a las muchedumbres esas vacuidades interiores en sus discursos. Esto es lo que no puede ser, esto es de lo que tenemos todos que protestar.[107]

El docente madrileño no cayó en el dogmatismo político cuando sobrevino la República. Mantuvo un espíritu crítico y democrático para manifestar las bondades y los desastres de la República de la que formó parte. De los artículos y ensayos políticos de Ortega y Gasset he colegido que si se pierde el ímpetu crítico —más aún tratándose de intelectuales— frente a cualquier gobierno —incluso por democrático que sea— para señalar los errores de gobernantes y ciudadanos, el crecimiento político y ético no sólo se puede frenar, sino caer en un retroceso que lleve a un proceso de bestialización, por cierto, típico en los golpes de estado, revoluciones y gobiernos incompetentes. A Ortega y Gasset le acabó decepcionando la República, y nunca se entusiasmó por el gobierno de Francisco Franco.

José Ortega y Gasset, como he referido antes, fue un crítico de la República española y de los anteriores gobiernos de su país. No se benefició con la dictadura de Franco como ya he comentado y al contrario, el dictador le tuvo recelo aún muerto al filósofo, como lo ha narrado objetivamente Julián Marías:

107 *Ibidem,* p. 302.

> El director de *ABC*, Luis Calvo, era un gran periodista, con vivo sentido de su profesión, y un fervoroso admirador de Ortega, por quien sentía real afecto. Al ver que su muerte se acercaba, pidió a los más amigos y discípulos que escribieran artículos que podrían ser dignos de él. El ministerio de Información cursó a los periódicos instrucciones que leí con mis propios ojos: si Ortega moría, se podrían publicar artículos de extensión limitada, que podrían ser elogiosos, pero que habrían de señalar 'sus errores políticos y religiosos'; se podrían publicar fotografías del cadáver o la mascarilla, 'pero no D. José vivo'. Resultaba difícil comprender tanta mezquindad.
>
> No es exagerado decir que España, por lo menos Madrid, vivió unos días de espera tensa, que estaba ocupada por los latidos de una vida que se iba extinguiendo. Y al mismo tiempo se iban tendiendo los hilos de varias manipulaciones, de los que se proponían 'aprovechar' con diversos fines, la muerte inminente de aquel hombre. 'En España es difícil hasta morirse', dijo Ortega un día.[108]

José Ortega y Gasset fue un crítico de las democracias, en tanto no representan un capítulo acabado de la política, y con mayor razón fue un estudioso y detractor de las dictaduras. El mal uso y desde luego el abuso del poder es una deformación del ejercicio de autoridad que el propio filósofo observó y padeció con cambios bruscos de temperatura política en su sociedad.

En 1925 el filósofo español escribió en cuanto al fascismo y al bolchevismo, ya existentes como prácticas de gobierno en Italia y la Unión Soviética, supuestas y controvertidas "democracias populares" —cuando Mussolini empezaba y cuando Stalin todavía no se afianzaba en el poder— respectivamente lo siguiente:

> El fascismo tiene un cariz enigmático, porque aparecen en él los contenidos más opuestos. Afirma el autoritarismo, y a la vez organiza la rebelión. Combate la democracia contemporánea y, por otra parte, no cree en la restauración de nada pretérito. Parece pro-

108 Marías, Julián, *Una vida presente, Memorias*, Madrid, Alianza, 1989, t. 2, p. 104.

> ponerse la forja de un Estado fuerte y emplea los medios más disolventes, como si fuera una facción destructora o una sociedad secreta... El bolchevismo, como todos los movimientos propiamente revolucionarios, tritura ilegalmente un Estado legal a fin de instaurar otro. Sus partidarios creen ejercer hoy el poder en nombre de una legitimidad fundada en razones jurídicas, tan firmes como las que más, las cuales, a su vez, se presentan sostenidas por toda una ética y aún por toda una concepción del universo. El Gobierno soviético usa de la violencia para asegurar su derecho; pero no hace de aquélla su derecho.[109]

De la República, cuya formación fue democrática —y que curiosamente su itinerario hacia la destrucción y a la guerra se debió en gran medida a la falta de prudencia política de algunos de su más prominentes personajes— ha escrito don José con su inconfundible estilo estas palabras escritas a fines de 1933:

> Los hombres que han gobernado estos dos años y que querían para ellos solos la República, no eran en verdad republicanos, no tenían fe en la República. Como no me refiero a nadie en particular, no tengo por qué hacer las excepciones que la justicia nominatim reclamaría. Eran incapaces de comprender que las transformaciones verdaderamente profundas y sustantivas de la vida española, las que pueden hacer de este pueblo caído un gran pueblo ejemplar, son las que el régimen republicano, como tal y sin más, produciría a la larga y automáticamente. Por eso necesitaban con perentoriedad otras cosas, además de la República, cosas livianas, espectaculares, superficiales y de una política ridículamente arcaica, como la expulsión de los jesuitas, la descrucifixión de las escuelas y demás cosas que por muchas razones y muchos sentidos —conste, en muchos sentidos— han quedado ya bajo el nivel de lo propiamente político. Es decir, que no son siquiera cuestión. Otras, que son más auténticas, y que, quiérase o no, habrá que hacer, como la reforma agraria, tenían que haber sido acometidas bajo un signo riguroso de la más alta seriedad y competencia.

109 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 39, pp. 497 y 502.

> Se ha visto que esos hombres, al encontrarse con el país en sus manos, no tenían la menor idea sobre lo que había que hacer con ese país. No habían pensado ni siquiera en la Constitución que iban a hacer, la cual, al fin y al cabo, es lo más fácil por ser lo más abstracto de la política.[110]

En cuanto a la democracia y su ejercicio, Ortega y Gasset no dejó de manifestar su opinión filosófica:

> La política democrática es sin duda algo que se hace por el pueblo. Toda la verdadera política democrática tiene que ser educación y enseñanza del pueblo; no hay, pues, excusas, los que no comunican al pueblo con precisión sus ideas sobre el Estado que van a hacer es que no las tienen, y hallándose por dentro vacíos, transmiten a las muchedumbres esas vacuidades interiores en sus discursos. Esto es lo que no puede ser, esto es de lo que tenemos todos que protestar.[111]

Ligado a lo anterior, el propio periodista y filósofo escribió un artículo el 6 de junio de 1931 en *Crisol* donde de manera muy clara se refleja su vocación democrática, eso sí una democracia responsable para España:

> La democracia tiene que perder el aspecto polvoriento de turbas, que van y vienen indecisas como trozos descoyuntados de un rebaño empavorecido. Ha de tener la limpieza, la exactitud y el rigor de un taller racionalizado, de una clínica perfecta, de un laboratorio en forma. Y es ineludible que el nuevo Estado sea así, precisamente porque las transformaciones políticas y sociales a que es preciso dar cima son tan enormes —en España y fuera de España— que sin ese funcionamiento preciso serían por completo imposibles... No hay escape, amigos; hemos llegado al álgebra superior de la democracia.[112]

110 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 47, t. 11, p. 529.
111 *Ibidem,* p. 302
112 *Ibidem,* pp. 343 y 344.

Desafortunadamente para la población española, el álgebra de la democracia se complicó y, en 1936, la patria de Miguel de Unamuno cayó en el álgebra inferior de la dictadura, previa Guerra Civil que tuvo incontables víctimas y huellas perdurables.

Como presagio de lo que acontecería a España, Ortega y Gasset escribió en *Crisol* estas palabras el 31 de julio de 1931:

> La política de la República española no puede ser la política de la mujer de Lot, que mira demasiado hacia atrás. La política es y tiene que ser siempre, pero más en momentos de iniciación histórica, un proyecto de futuro común que un Gobierno presenta a un pueblo, una imaginación de magnas empresas en que todos los españoles se sientan con un quehacer, y no como habéis hecho con la juventud española que tanto contribuyó a la génesis de la República, y desde hace tres meses está la pobre sentada, sin que le hayáis dado qué hacer. Política, señores ministros, es, ante todo, dibujar atractivos, animadores horizontes.[113]

En su artículo "Entreacto polémico", Ortega y Gasset une el tema de la libertad con el tema de la autoridad. La democracia en realidad no puede entenderse a falta de uno de los dos:

> La libertad es una cosa que no se puede querer sola, como no se puede querer sólo el perfil de una mujer sin la carne que lo sostiene. Para querer libertades es menester, por lo menos, querer además los medios de ejercerlas y asegurarlas... No puede haber en España libertad mientras que las instituciones que la proclamen no gocen de plena autoridad, y no tendrán autoridad mientras no sean respetables, y no serán respetables mientras no sean sinceras y eficientes, y no serán sinceras y eficientes si se preocupan sólo de ser liberales y no se ocupan de la existencia nacional, de sus otros problemas más urgentes. A la postre no se afirman en ningún país más instituciones que las que llevan al triunfo, las que aumentan su vitalidad.[114]

113 *Ibidem,* p. 356.
114 *Ibidem,* pp. 60 y 61.

Se desprende de manera lógica que don José creía en el necesario equilibrio entre las libertades públicas y la autoridad. Ni libertinaje ni autoritarismo. Ortega y Gasset vio en la historia de España los excesos de la libertad y los colmos de la autoridad y el poder.

El problema español es que la República que nació en 1931 no fue democrática ni hubo ejercicio cabal de la autoridad ni ejercicio responsable de las libertades, y precisamente por eso Ortega y Gasset fue uno de los críticos más persistentes del nuevo régimen, a cuya creación él contribuyó.

Por lo mismo escribiría en noviembre de 1931 en un artículo titulado "Pensar en grande": "El cambio de régimen no tiene sentido si no es para lograr que la vida española salga por fin al alta mar de la Historia".[115]

El cambio de régimen no llevó a España hacia alta mar, sino hacia aguas turbulentas de intolerancia, violencia y absurdo, traducidas en guerra civil y dictadura, de las que todavía hoy con régimen democrático hay huellas visibles como el terrorismo.

¿Qué opinaría el gran maestro sobre las actividades de la ETA? En el país vasco como en toda España hay alternancia de poder, sistema de partidos, mayor autonomía regional, participación de los españoles en los comicios electorales, prensa libre y, sin embargo desafortunadamente, no desaparece el terrorismo.

La democracia guarda para sí importantes valores. Debilitarla es abrir las puertas al *Leviatan* de Thomas Hobbes o peor aún al totalitarismo.

115 *Ibidem,* p. 328.

Capítulo tercero
LA AUTORIDAD Y EL PODER
EN CONJUNTO COMO EL *OTRO* TEMA
DE NUESTRO TIEMPO

CAPÍTULO TERCERO

LA AUTORIDAD Y EL PODER EN CONJUNTO COMO EL *OTRO* TEMA DE NUESTRO TIEMPO

> En el Estado la nación se mira a sí misma, o dicho en otra forma, lo que el Estado sea en una nación, simboliza la idea que esa nación tiene de sí misma.
>
> *José Ortega y Gasset (El espectador)*

I. LA AUTORIDAD Y EL PODER COMO REALIDADES DE LA ÉTICA Y LA POLÍTICA

La autoridad y el poder en conjunto han formado un tema inevitable, interesante y en ocasiones terrible para juristas, teóricos del Estado, politólogos, sociológos, psicólogos, literatos, teólogos, y desde luego para los principales filósofos y pensadores —Sócrates, Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Maquiavelo, Hobbes, Rousseau, Kant, Fichte, Hegel, Marx, Weber, Russell, Bobbio y Ortega y Gasset— que desde sus circunstancias y épocas han dado a conocer importantes doctrinas, las cuales han influido y trascendido en diversos aspectos de la política.

Con la misma fuerza y pasión con la que han rechazado millones de personas el abuso del poder y el exceso de autoridad, diversos intelectuales han estudiado el tema de la autoridad y el poder del mundo a partir de distintas disciplinas sociales y científicas.

En el análisis de la autoridad y el poder no pueden faltar la ética y la política, y Ortega y Gasset lo sabía por doble partida, como intelectual-académico y como político. La autoridad y el

poder como tema en conjunto no tratan sólo de un fenómeno de fuerza donde se aplique la "ley del más fuerte" o la capacidad del más apto, o peor aún la habilidad del más corrupto, se trata en cambio de un ejercicio de mando con legitimidad donde no faltan aun así actos injustos y torpes. Si fuera cierto el razonamiento de lord Acton: "el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente", tendríamos que aceptar la fatalidad y por tanto negar la libertad de las autoridades, y por tanto desconfiar de la capacidad de saber ejercer prudentemente el gobierno.

El poder en sí mismo es una tentación destructora y malévola. Hay que recordar aquella sentencia diabólica *y seréis como dioses*. En este sentido, hay que enfatizar que el fenómeno del poder es connatural al ser humano, en tanto existe el instinto de agresión y en tanto necesita vivir bajo una organización determinada. Pero no es menos cierto que el poder es también un medio de servicio a la comunidad. Sin dejar de advertir este doble aspecto, Ortega y Gasset desarrolló su filosofía social y política.

José Ortega y Gasset observó los claroscuros de la autoridad y padeció el ejercicio del poder por diferentes exponentes. En otras palabras vivió y sobrevivió a los usos y los abusos en sus formas democráticas y dictatoriales. Don José, como otros tantos españoles sufrió la inestabilidad política, la decadencia de su país como imperio, la dictadura de Primo de Rivera, la monarquía de Alfonso XIII, la aventura y desventura de la República española en el periodo 1931-1936, y desde luego también sufrió la dramática Guerra Civil (que duró casi tres años y cuyas secuelas fueron muy dolorosas) y sus consecuencias: una dictadura autoritaria que asoló la población y que hizo callar durante largo tiempo a figuras prominentes de las artes, las humanidades y las ciencias en España. Bajo este esquema es comprensible que Ortega y Gasset haya sido un atento y preocupado espectador que intentó ser también un importante actor de la vida cultural y académica de España y otros países y también un frustado agente de la política republicana. Como pocos en su patria, don José se percató de las debilidades congénitas de la República, es más, fue capaz de pre-

ver, desde 1922, los problemas públicos más graves que afectarían a España en la década siguiente y que la desgarrarían en un baño de sangre. Las advertencias de Ortega y Gasset que no fueron escuchadas ni atendidas, algunas de las cuales ya han sido señaladas, hacen del filósofo un magnífico observador de la política y de la condición humana.

El filósofo español José Luis Abellán está convencido de que la vida y el pensamiento de José Ortega y Gasset han sido decisivos en la transición democrática que vivió España después de la muerte del dictador Francisco Franco, en noviembre de 1975, es decir, veinte años después del fallecimiento del gran pensador madrileño. En su libro *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática*, de reciente publicación, Abellán sostiene la tesis de que don José ha sido uno de los principales contribuyentes de la transición democrática en su país:

> La muerte de Ortega y Gasset, así como las circunstancias que la precedieron y las secuelas que dejó, hicieron del filósofo un protagonista de la transición española a la democracia, a la que tanto contribuyó... y muy especialmente después de que en los últimos tiempos se nos presentase un Ortega y Gasset prendido en las garras de la dictadura y prácticamente absorbido por ella. Esta es una imagen falsa, desde luego, por más que el propio filósofo fuese una víctima del régimen... Ortega quemó su vida en el amor a España y, aunque sólo fuera por eso, se convierte en uno de los más eminentes protagonistas de la España del siglo XX.[116]

No hay que soslayar que desde las páginas periodísticas, Ortega y Gasset dejó sentir su influencia. De ahí que el propio filósofo escribiera: "El periódico —debió decir el periodismo— no es una ciencia, sino arte; arte de las emociones sociales".[117]

Los artículos políticos del doctor en filosofía fueron una especie de termómetro social donde podía tomarse la temperatura

116 Abellán, José Luis, *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática*, Madrid, Espasa Forum, 2000, pp. 365 y 366.

117 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 47, pp. 32 y 33.

de España, y donde también podía el lector tomar el pulso de la circunstancia, de la difícil circunstancia que agobiaba a millones de personas. En otras palabras, la literatura y la filosofía de Ortega y Gasset fueron, en los años previos a la Guerra Civil que comenzó en julio de 1936, verdaderos sismógrafos políticos y sociales.

No exagero si digo que las columnas periodísticas orteguianas, nutridas de filosofía, se convirtieron en una obligada referencia para la clase política y para la clase intelectual de España. Los escritos de Ortega y Gasset fueron y son un oráculo impresionante. En las letras del filósofo encuentro viva y abierta la historia de España y sus alcances en la América de lengua castellana.

De ahí que Ortega y Gasset considere como tema de nuestro tiempo la metafísica del raciovitalismo —junto con otros subtemas importantes tales como la idea de las generaciones y cultura y vida entre algunos más—, y que el otro tema de nuestro tiempo, del tiempo de Ortega y Gasset, sea precisamente la autoridad y el poder, que siendo distintos y diferenciados como conceptos son en conjunto la causa formal del Estado.

El autor hispano ha escrito, precisamente en *El tema de nuestro tiempo,* una idea que es muy orientadora para referirse desde la perspectiva filosófica y no sólo periodística —que tanto enriqueció el propio Ortega y Gasset— al ámbito del poder:

> No es admisible que las personas obligadas por sus relevantes condiciones intelectuales a asumir la responsabilidad de nuestro tiempo vivan, como el vulgo, a la deriva, atenidas a las superficiales vicisitudes de cada momento, sin buscar una rigurosa y amplia orientación en los rumbos de la historia. Porque ésta no es un puro azar indócil a toda previsión. No cabe, ciertamente, predecir los hechos singulares que mañana van a acontecer; pero tampoco sería de verdadero interés pareja predicción. Es, en cambio, perfectamente posible prever el sentido típico del próximo futuro, anticipar el perfil general de la época que sobreviene. Dicho de otra manera: ella misma no es un azar, posee una contextura fija e inequívoca. Pasa lo propio que con los destinos individuales: nadie

> sabe lo que le va a acontecer mañana, pero sí sabe cuál es su carácter, sus apetitos, sus energías, y, por tanto, cuál será el estilo de sus reacciones ante aquellos accidentes.[118]

Para Ortega y Gasset la vida española —de la preguerra civil— obligaba a todos sus ciudadanos a querer o no a la acción política. Sin embargo, me pregunto ¿cómo puede haber acción política orientada hacia el bien público si no hay teoría política que sustente debidamente la praxis? La violencia ha sido resultado de la falta de pensamiento y reflexión en la actuación política.

Desde luego que este trabajo de investigación no es ni pretende ser una biografía de José Ortega y Gasset, pero no es menos cierto que su obra no puede entenderse si no se conocen algunos rasgos relevantes de su vida y de su circunstancia. De ahí que uno de los momentos más importantes de la vida pública de don José fuese su participación en la política española, donde tuvo autoridad en calidad de diputado, pero no tuvo el poder para obligar a sus conciudadanos a evitar la Guerra Civil, misma que presintió el filósofo. No deja de ser interesante el hecho de que Ortega y Gasset intentase actuar en política en los tiempos en que estaba por surgir la República y a los inicios de ésta (1931), cuando poco antes (1922) tenía claro cuál era el papel del intelectual —con lo que se demuestra que las circunstancias a veces propician cambiar de opinión— en relación a la política partidista. De ahí que sean de interés dos artículos que se refieren a lo anterior. El primero publicado en la Revista España el 14 de enero de 1922:

> El intelectual sólo puede ser útil como intelectual, esto es, buscando sin premeditación la verdad o dando cara a la arisca belleza... El intelectual no puede ser en ninguna acepción hombre de partido y, a la larga, el público sólo respeta y cultiva al escritor de quien no sabe a priori cómo va a pensar o sentir de una cosa.[119]

118 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 29, p. 21.
119 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 47, t. 11, p. 13.

Y en el otro texto publicado en *El Sol* el 1o. de julio de 1922 de manera enfática dice:

> La historia arroja más bien la enseñanza de que los intelectuales sólo una cosa han solido hacer en política: estorbar. Ciencia y gobierno son, acaso, las dos más opuestas actividades humanas. El intelectual un poco consciente de sus destinos, en lugar de pedir al político un acta, debe pedirle que le lea con mediana atención. Si logra esto habrá influido en la política cuanto debe influir.[120]

Por Justino de Azcárate sabemos detalles relevantes de su quehacer político poco antes de que naciera la última República española:

> ...quiero hacer alusión y mención de la Agrupación al Servicio de la República; fue la Agrupación constituida el 10 de febrero de 1931 —dos meses antes de ser proclamada la República— por manifiesto público suscrito por Marañon, Ortega y Pérez de Ayala; el primer acto público se celebra en Segovia el 14 de febrero con participación de don Antonio Machado, además de los tres fundadores.
>
> A partir de entonces y hasta su disolución en octubre de 1932, es decir, durante veinte meses, don José Ortega ejerce la dirección de un partido político... Sobre Ortega recae además la dirección del grupo parlamentario formado por una docena de diputados. Debo afirmar que nuestra compenetración fue constante. ¿Por qué se disuelve esta minoría en octubre de 1932? ¿Qué pasa desde el 14 de abril de 1931? Creo necesario destacar ante todo que la dedicación de Ortega a la política fue auténtica y que llegó a entusiasmarle; pero para la opinión en general y más acusadamente para los que estábamos cerca de él, siempre teníamos un convencimiento y un temor mal disculpados de que no podría prolongarse una dedicación tan exclusiva y excluyente para estar informado al día de lo importante y de lo menos importante, valorar y medir los efectos de actitudes y declaraciones de quienes hacen la política.

120 *Ibidem*, p. 19

Si a estas reservas válidas para cualquier evolución de la política añadimos los difíciles caminos que tenía que seguir la República, la confusa estimación de su futuro, la mezcla de cabezas claras y valientes con otras torpes y prejuiciadas por un pasado realmente pasado, todo ello venía a dar al presente una estabilidad menor para superar la crisis económica, el paro y el hambre en mucho campo español.

La participación de Ortega en las Cortes Constituyentes es sobradamente conocida y quedarán sus discursos fundamentales como construcciones tan duraderas que hoy, cincuenta años después, tienen actualidad y sus orientaciones y anticipaciones, que no adivinaciones, tienen validez perdurable.[121]

Por María Zambrano —en un artículo escrito en 1956, apenas unos meses después del fallecimiento de don José—, también sabemos otros aspectos complementarios que permiten entender mejor la circunstancia política orteguiana y el origen de la depresión que años después de manera manifiesta tuviese el filósofo:

Terminadas las Constituyentes se retiró de la actividad política; nunca se desinteresó de la situación inmediata de España. Fue más bien lo contrario. Una extraña angustia le fue ganando. Entre los años treinta y tres y treinta y cuatro dejó por primera vez en su vida de publicar en la prensa diaria. Al par que le invadía la angustia, se le abría la visión de catástrofe. Cayó en el silencio. La Guerra Civil y lo subsiguiente no le sacó de ahí; no volvió a actuar públicamente en este modo.[122]

A partir de una cita orteguiana de *Mirabeau o el político*: "el pensamiento político es sólo una dimensión de la política. La otra es la actuación",[123] José Gaos, discípulo dilecto del filósofo de

121 Azcárate, Justino de, "Sobre la actividad política de Ortega", *Revista de Occidente*, Madrid, mayo de 1983, pp. 26 y 27.

122 Zambrano, María, "José Ortega y Gasset", *Cuadernos,* revista bimestral, noviembre-diciembre de 1956, p. 11.

123 Ortega y Gasset, *Obras completas*, Madrid, Alianza y Revista de Occidente, 1994, t. 3, p. 605.

Madrid, y transterrado en México, pronunció en una conferencia en agosto de 1956 que tituló "Ortega en política" estas palabras sobre la actividad de su insigne maestro:

> La participación de Ortega en la política se caracteriza por una doble mezcla del pensamiento y de la actuación, dicho con sus mismos términos; o de lo teórico y lo práctico, como también puede decirse; y de lo político y lo no político. Esta doble mezcla no se debe simplemente a las relaciones en que están siempre la teoría y la práctica y todas las cosas en general. Se debe peculiarmente a la forma de actividad de Ortega y al contenido de su pensamiento.[124]

Ortega y Gasset tiene muy claro que el Estado y la actividad política no se entienden si no entendemos al ser humano. De ahí que yo haya colegido que la teoría general del Estado y la ciencia política sean final y fundamentalmente antropología. En el principio y en el fondo del quehacer político subyace la persona humana. El filósofo conoció mejor la política al conocer al hombre mismo. En el debate surgen la libertad, la autoridad y el poder para armar el laberinto por donde los pensadores clásicos, incluido el propio Ortega y Gasset, nos han iluminado y acaso confundido a lo largo de muchos siglos.

Si hay alguna disciplina polémica es la política, donde caben tantas opiniones como aberraciones. Más aún la falta de política y de ética política ha llevado a algunos gobiernos a incendiar sus propios países agitados por supuestas ideologías, o más aún por los peores intereses propios donde la justificación del homicidio y más aún del genocidio no encuentran soporte suficiente ni en *El Príncipe* de Maquiavelo.

¿En política hay principios para crear consensos sociales? ¿Son necesarios los consensos sociales para que se dé la política? ¿Qué pasa si la política no tiene cimientos? ¿Cuál es el parecer a este respecto de Ortega y Gasset?

124 Gaos, José, *Obras Completas*, México, UNAM, 1992, t. IX, p. 161.

Dice nuestro autor en 1925 en *Entreacto polémico*: "No hay principios generales honestos en política; en política sólo son honestos los actos concretos".[125]

En geometría como en otras ciencias afines por ejemplo se puede hablar de principios generales y no de principios generales honestos, pero en política a diferencia de lo que considera José Ortega y Gasset sí se puede hablar de principios generales honestos y por tanto de ética política porque el Estado está fundado en principios y fines que se explican en la naturaleza de la persona humana, y en la consecución del bien público temporal, la justicia y la paz. José Ortega y Gasset con la afirmación apenas señalada parece quedar atrapado en el nominalismo, aunque en realidad el filósofo de la Escuela de Madrid sí se refiere en el mismo escrito a ciertos paradigmas que no dejan duda de que el filósofo se conforme solamente con realidades concretas difíciles de evaluar si no existen dichos paradigmas:

> Toda cosa concreta —una nación, por ejemplo— contiene, junto a lo que hoy es, el perfil ideal de su posible perfección. Y este ideal, el de la cosa, no el nuestro, es el verdaderamente respetable. El ideal subjetivo anda siempre cerca de ser un capricho o una manía... No sólo es inmoral faltar de hecho a la norma ideal, sino también establecer una norma ideal a que luego es forzoso faltar.[126]

Si hay fines necesariamente se debe partir de principios, y en política los hay precisamente a partir del conocimiento del hombre como ser irremediablemente social que entra en convivencia con sus semejantes y como resultado de esto hay manifestaciones propias de esa convivencia como son amor, odio, amistad, comunicación e incluso apatía, por lo que no faltan conflictos y problemas difíciles de resolver. Si al ser humano tiende de manera natural a la felicidad, lógicamente la sociedad tendería al bien común. Sin embargo, la convivencia social es tan compleja que el bien

125 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 47, p. 65.
126 *Ibidem,* p. 64.

común como causa final se percibe lejano por tantos intereses que atentan en contra la concordia humana.

Hay que entender que el pensamiento de Ortega y Gasset, en particular en materia social y política, atravesó por momentos muy difíciles y es natural que la mente de un pensador no pueda estar según estas circunstancias siempre del mismo modo, pues a veces pueden existir presiones severas que alteran el ánimo del escritor. Sin embargo durante muchos años no perdió la serenidad. Incluso su famoso silencio estuvo cargado de una depresión que es a mi parecer entendible. La depresión para Gregorio Morán aparece cuando la voluntad de hacer se desmorona. Según él, la depresión le asoló a Ortega y Gasset desde marzo de 1952, aunque hay que suponer que sus inicios pueden reconocerse desde antes por las difíciles circunstancias que tuvo. Una de esas difíciles circunstancias de Ortega y Gasset fue sin duda la participación militar en la Guerra Civil española de sus hijos Miguel y José con los nacionalistas según lo relata Tzvi Medin, situación que me recuerda la de dos hijos varones de Sigmund Freud en la primera guerra mundial que defendieron al imperio austro-húngaro, según consta en el archivo fotográfico del museo Freud en Viena.

No hay que olvidar por otra parte, que si bien Ortega y Gasset puede ser considerado uno de los fundadores de la República española, no fue un fanático que aceptara los excesos que se dieron durante el breve periodo que duró el régimen que sucedió a la monarquía. El historiador británico Hugh Thomas ha entendido muy bien la circunstancia tan crítica que atravesó el filósofo español en 1936 —además del aspecto familiar ya aludido— cuando ha escrito:

> ...hecho notable que tuvo repercusiones más allá de las líneas de batalla fue el cambio de actitud de los más eminentes intelectuales de la España anterior a la guerra. La mayoría de ellos se encontraban en la España republicana en el momento del alzamiento. Firmaron un manifiesto pidiendo apoyo para la República. Entre las

> firmas se contaban las del médico e historiador doctor Marañon; el ex embajador y novelista Pérez de Ayala; el historiador Ménendez Pidal; y el prolífico filósofo José Ortega y Gasset: amigos, e incluso fundadores, de la República de 1931. Pero las atrocidades y la creciente influencia de los comunistas hicieron que todos estos hombres aprovecharan cualquier oportunidad que se les presentara para huir al extranjero. Y una vez allí, retiraron su apoyo a la República.[127]

Autoridad y poder como causa formal del Estado traen como consecuencia la formación de un gobierno. Si hay abuso de autoridad y poder es inevitable que el gobierno tendrá carácter autocrático, en menor medida autoritario y en mayor medida totalitario, en ambas se constituyen atentados contra las libertades públicas y también privadas ¿De dónde surge el interés filosófico de discutir esta realidad humana y desde luego política? De la existencia misma del ser humano que convierte en muchas ocasiones la relación gobierno-sociedad en un difícil laberinto.

Precisamente por esto, resulta muy interesante exponer las tesis orteguianas —sobre autoridad y poder y su lógica consecuencia que es el gobierno— que brotan con una claridad intelectual indiscutible.

Para Ortega y Gasset es muy claro que el ejercicio de la autoridad está comprometido con la justicia y la libertad, y se refiere a las terribles consecuencias al no darse ésto:

> Contra una violencia del Poder público, siempre hallará la sociedad o parte de ella algún arma de análogo poder ofensivo. Así ha ocurrido con la censura gubernamental al querer prohibir la publicación de noticias ciertas sobre las huelgas. Los tipógrafos han respondido a la ley violenta con una violencia ilegal. Lleva, sin duda, el Gobierno la irónica ventaja de que todo lo que él hace es legal. La sociedad, o parte de la sociedad, cuando se siente herida, responde a su manera. Y su manera suele ser francamente ilegal.

127 Thomas, Hugh, *La Guerra Civil española*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1995, t. II, pp. 546 y 547.

> La injusticia de la autoridad engendra inevitablemente la ilegalidad social.[128]

José Ortega y Gasset no fue un pensador anarquista y tampoco encomendaba su espíritu en manos de ninguna dictadura con sus típicas acciones desesperadas. Aunque la anarquía y la dictadura en principio se contraponen para él, en su artículo publicado sin firma en *El Sol*: "En 1919 dictadura es sinónimo de anarquía", dice desde el título cómo estas dos cuestiones significan lo mismo y dirá enfáticamente con un acento de preocupación para su país:

> Somos enemigos de todas las dictaduras, sean de arriba o de abajo. Todas nos parecen igualmente odiosas, porque en todas ellas germinan los desastres nacionales... lo que España necesita es que se gobierne bien, que el pueblo se sienta bien administrado, que se satisfagan los anhelos de justicia. Y para gobernar bien, sobra la dictadura. En estos tiempos que la gran guerra nos ha dejado como herencia, la palabra 'dictadura' es sinónimo de 'anarquía'... Ni un solo ejemplo de dictadura podemos aducir para justificar tal situación en España... sólo pueden salvar a los pueblos Gobiernos liberales, de un liberalismo sincero, que no sólo exista en la etiqueta, sino en los principios, Gobiernos orientados hacia las soluciones modernas, capaces de comprender lo que hay de tremenda injusticia en el régimen social que desaparece por los horizontes de la guerra... Recuérdese que no existen los pueblos para complacer y servir a los Gobiernos, sino que se constituyen los Gobiernos para los pueblos. Y nada más que para los pueblos.[129]

Cinco años después, o sea en 1924 publica también en *El Sol* estas palabras reveladoras en su artículo "Ideas políticas":

> El paso por la dictadura creo yo que será una admirable experiencia pedagógica para las sociedades actuales. Al cabo de ella,

128 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 47, t. 10, p. 526.
129 *Ibidem,* pp. 508-511.

> aprenderán las masas —que no se convencen con razones, sino por los efectos sufridos en su propia carne— que ciertas libertades no son, a la altura de estos tiempos, cuestiones políticas sobre que quepa, en principio discusión. En el siglo XX esas libertades han dejado de ser banderas de combate para convertirse simplemente en principios universales como los de la cortesía. La cortesía fue una técnica adquirida al cabo de milenios para hacer fácil, suave, fecunda la convivencia privada. Hoy es ya un hábito fijo en el temperamento civilizado.[130]

La vida y la obra de José Ortega y Gasset dejan constancias de que no tuvo adicción por el poder y mucho menos por sus excesos. Así como señala con dureza el comportamiento de los anarquistas también hace lo mismo con los reaccionarios, tiene repulsa tanto por los golpistas como por los revolucionarios, en suma, no siente atracción por las dictaduras como tampoco por la ausencia de poder. En cuanto a la democracia será sin duda más que escéptico un observador comprometido y también un decidido crítico. En otras palabras, un Sócrates contemporáneo que se convirtió en la conciencia pública de muchos españoles.

De lo anterior me permito destacar breves extractos de sus artículos: "El modesto anarquista de bomba y pistola se contenta con destruir al representante de tal o cual institución; el reaccionario dispara contra la institución misma".[131]

> El que asesina es evidentemente un asesino, el que incendia lo ajeno, un incendiario. Las revoluciones, para rubor de los hombres de orden, son un amasijo de los crímenes más horrendos, más bajos. Y, sin embargo, quiérase o no, la sociedad moderna ha ido formando una noble religión cívica en torno a las efemérides revolucionarias de los dos últimos siglos.[132]
>
> ¡Libertad, divino tesoro!... Todo lo demás es problemático: la democracia misma ofrece dudas. Porque la democracia es una de las soluciones al problema de quien debe mandar. Acaso sea la

130 *Ibidem,* t. 11, p. 35.
131 *Ibidem,* p. 15.
132 *Ibidem,* t. 10, p. 116.

> mejor, mas, en tanto que se resuelve esa cuestión, en uno u otro sentido, yo necesito, desde luego, sin distingos, equívocos ni reservas, mantener mi personalidad intacta, saber que, mande quien mande —el Príncipe o el pueblo— nadie podrá mandar sobre lo que hay en mí de inalienable.[133]

La lección orteguiana es muy clara: El problema de la autoridad y el poder es tan antiguo como el hombre. El filósofo español no es un intelectual convencido del maquiavelismo, sabe por tanto que la dimensión ética en la política es tan importante que la segunda sin la primera sería la bestialización de la autoridad, en otras palabras, simplemente la "ley" del más fuerte o peor aún, la del más corrupto.

Aunque Ortega y Gasset toma distancia con respecto a Aristóteles en su concepción política, en realidad encuentro una comunión de ideas que me permite afirmar que el filósofo español de alguna manera actualiza la lectura de La Política del pensador estagirita. La organización política no puede alterar ni modificar la "naturaleza" histórica del hombre. Ante la amenaza de la masificación y la excesiva concentración de poder, la autoridad se deforma y al gobernado sólo le queda lo más valioso que es su propia dignidad.

Decía don José en las páginas de *El Sol* el 31 de diciembre de 1925:

> ...la autoridad no se manda hacer ni consiste en que un Gobierno se titule de fuerza y haga desde la Gaceta ostentación de bíceps, como un Hércules de feria. Se olvida que libertad y autoridad son resultados de la vida pública existente en un país, y, además, son recíprocas. Sólo un Gobierno que goce de autoridad puede, en serio, darse el lujo de ser liberal, y sólo un Gobierno liberal, es decir, fundado en la libre y fervorosa aquiescencia de muchos ciudadanos, emitirá ese influjo irradiante que es la autoridad.[134]

133 *Ibidem,* pp. 329 y 330.
134 *Ibidem,* t. 11, p. 81.

Estoy de acuerdo con la visión orteguiana de que libertad y autoridad son complementarias. Considero que la historia de la filosofía política es precisamente la lucha entre estas dos realidades como puntos de equilibrio para evitar los extremos. Dicho en otros términos: libertad sin orden es anarquía y orden sin libertad es dictadura. Sin embargo, me pregunto si puede haber un verdadero orden si no hay libertad —más bien es sólo rigor o fuerza— como también me cuestiono qué clase de libertad puede haber sin orden, cuando en realidad la degeneración propia de aquella es el libertinaje.

El filósofo de Madrid intentó ubicarse en un justo medio cuando escribió en *España invertebrada*:

> ...mandar no es simplemente convencer ni simplemente obligar, sino una exquisita mixtura de ambas cosas. La sugestión moral y la imposición material van íntimamente fundidas en todo acto de imperar. Yo siento mucho no coincidir con el pacifismo contemporáneo en su antipatía hacia la fuerza; sin ella no habría habido nada de lo que más nos importa en el pasado, y si la excluímos del porvenir sólo podremos imaginar una humanidad caótica. Pero también es cierto que con sólo la fuerza no se ha hecho nunca cosa que merezca la pena.[135]

Al tratar de comprender este pensamiento orteguiano, obviamente es necesario ubicarse en su circunstancia histórica. *España invertebrada* fue escrita a principios de la tercera década del siglo XX, es decir, en los años veinte, cuando recién había terminado la Primera Guerra Mundial, el Estado socialista soviético y la Italia fascista comenzaban sus aventuras dictatoriales.

Por otra parte, si bien es cierto, que hay democracias que se comportan igualmente belicosas que las dictaduras, y que es necesaria la fuerza para hacer valer el derecho como lo pensaba el jurista praguense Hans Kelsen, no es menos cierto que las dicta-

135 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 123, t. 3, p. 55.

duras a la primera provocación hacen uso de la fuerza pública y peor aún de la represión, mientras que las democracias consideran que la fuerza es el último y además legítimo recurso que tiene el Estado para preservar el régimen frente a amenazas y peligros, ya sean, internos o externos. En cuanto al pacifismo, considero que no hay una condena a la filosofía pacifista de resistencia como lo contemplaba Gandhi, sino que no puede haber un Estado que pueda renunciar totalmente al uso de la fuerza, porque pondría en riesgo su propia existencia.

Precisamente Don José volverá a tocar el tema del pacifismo en su *Epílogo a ingleses* incluido en *La rebelión de las masas* donde también hace una crítica demoledora a la Sociedad de Naciones.

La visión de Ortega y Gasset sobre la autoridad y el poder está ligada a la prudencia. Don José fue uno de los sepultureros de la monarquía española, pero eso no implicó que se entregase sin condiciones a la República que quiso servir y que duramente criticó. Las palabras de Guillermo Morón y la cita que hace directamente del filósofo sobre la actitud que éste asumió contra los disturbios anticlericales por grupos radicales, siendo que el pensador castellano tenía mucho tiempo de haber dejado de ser propiamente católico, es muy ilustrativa al respecto:

> Ortega fue acatólico, como lo dirá de manera expresa en su conferencia del 6 de diciembre de 1931 en el cinema de la Opera: ‘Yo, señores, no soy católico y desde mi mocedad he procurado que hasta los humildes detalles oficiales de mi vida privada queden formalizados acatólicamente; pero no estoy dispuesto a dejarme imponer por los mascarones de proa de un arcaico anti-clericalismo’.[136]

136 Morón, Guillermo, *La historia política de José Ortega y Gasset*, Caracas, Ateneo de Caracas, 1980, p. 141.

II. HACIA UNA TEORÍA GENERAL DEL ESTADO DESDE LA PERSPECTIVA FILOSÓFICA DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

La teoría general del Estado es una disciplina que nació en Alemania en el siglo XIX con el interés de explicar la naturaleza, origen y fines del propio Estado, y desde luego el análisis filosófico para lograrlo es insoslayable.

Curiosamente en la mayoría de los tratados de teoría general del Estado contemporáneos y posteriores a la divulgación del pensamiento orteguiano no se han incluido en sus páginas las reflexiones del autor de *La rebelión de las masas*, siendo entonces una ausencia lamentable porque el Estado del siglo XX tuvo en Ortega y Gasset uno de los críticos y observadores más formidables.

Han sido muy pocas las obras de la materia (teoría general del Estado) donde se incorpora la filosofía política de José Ortega y Gasset, y en algunas de manera muy tangencial se ha aludido al gran docente castellano. Por lo anterior, me uno a la certera llamada de atención que hizo el iusfilósofo Luis Recaséns Siches en el prólogo que escribió para el libro *Teoría del Estado* de Agustín Basave Fernández del Valle, cuando advirtió:

> Deploro que el autor esté imbuido de un prejuicio precisamente contra el filósofo más eminente de lengua española, y uno de los más destacados en el mundo entero, de nuestro tiempo, José Ortega y Gasset. Ya hace cinco años, el Dr. Basave Fernández del Valle se sintió impulsado a escribir y publicar un libro de crítica sobre el pensamiento de Unamuno y sobre el pensamiento de Ortega y Gasset, obra en la cual acentúa sobre todo su animadversión contra el segundo, ciertamente, a pesar de eso, con alguna actitud de respeto. De nuevo en el libro que estoy prologando ahora, el autor muestra su injustificado prejuicio contra Ortega y Gasset. Y lo curioso es que, en mi opinión, Basave tal vez contra su propia voluntad ha sido influido no poco por el Maestro a quien combate.[137]

137 Recaséns Siches, Luis, *Prólogo* al libro *Teoría del Estado* de Agustín Fernández del Valle, México, Jus, 1985, p. XIII.

La pertinente aclaración del profesor Recaséns es, desde mi punto de vista, un acto de fidelidad intelectual hacia Ortega y Gasset, puesto que el jurista consideró al filósofo de manera explícita en su obra *Panorama del pensamiento jurídico del siglo XX* como su maestro máximo por excelencia.

Es cierto que Ortega y Gasset no escribió propiamente una obra de teoría general del Estado, pero no es menos cierto que en sus artículos políticos, recogidos en los tomos 10 y 11 de sus *Obras Completas*, así como en diversos ensayos que escribió a lo largo de varias décadas, se pueden recoger elementos para construir desde su perspectiva filosófica la disciplina aludida. Más aún podemos afirmar lo anterior porque el fundador de la *Revista de Occidente* tuvo una visión de conjunto que parte precisamente de la persona humana. No puede haber una teoría general del Estado sin un soporte antropológico porque, como hemos afirmado en este mismo capítulo, aquélla y la ciencia política son final y fundamentalmente antropología.

El filósofo español se pregunta en los difíciles tiempos de la incipiente República (1932), en un ámbito mezclado de curiosidad y angustia: "¿cómo se fabrica de verdad y en serio un Estado?".[138]

Considero que la pregunta anterior no está correctamente formulada, pues en realidad el Estado no se fabrica, en tanto no es un invento, sino una proyección humana necesaria y que no es otra cosa que una evolución que marca un desarrollo político de organización, y que paradójicamente también ha significado en algunos casos, el abuso mayúsculo del poder. Lo que sí se puede hacer es un régimen político-jurídico con un determinado modelo económico. El Estado está ahí, donde está el hombre, en cambio el gobierno puede incluso ser prefabricado por un grupo que intenta controlar y tomar el Estado.

El caso republicano que vivió el filósofo hispano es muy claro. En aquel tiempo se intentó, después de la dictadura y la mo-

138 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 47, t. 11, p. 420.

narquía hacer un nuevo gobierno y cambiar el rostro del Estado. Ortega y Gasset, como se ha dicho, participó en la construcción de la República sin dejar de ser uno de sus más importantes críticos. La inmadurez de muchos de los actores de la República y las difíciles condiciones de España propiciaron el ambiente de una Guerra Civil sin duda cruenta, y que sirvió como teatro de operaciones para la Segunda Guerra Mundial.

Para Ortega y Gasset el fundamento del Estado no radica en el Estado mismo como capricho de poder, sino en su sentido de respetabilidad y esto es así porque el Estado existe para servir con gobernabilidad democrática. De ahí que el propio filósofo haya escrito:

> Un Estado es, ante todo, un Poder público respetable, y porque respetable, respetado. ¡Ah, no haya duda! Como el Poder público por la dignidad de sus palabras y de sus actos, por la altitud de su moral y de su gesto sea respetable, se puede estar seguro de que será automáticamente respetado... ¿Y en qué consiste ese respeto del gobernante al Estado? En la cosa más sencilla del mundo: en que maneje al Estado como lo que es, como un Poder 'público', y no como un Poder particular. Desde el Estado no se puede ni favorecer ni agredir metódicamente a ningún grupo de los que integran la comunidad. En la medida que haga esto el gobernante denigra al Estado y lo irrespetabiliza. Si los grupos todos, aún los más hostiles al Estado, no se sienten atendidos por él, tenidos en cuenta en cada acto y palabra del Gobierno, el Estado no es tal Estado. Es lo contrario del Estado... si es el Estado quien practica agresión sobre un grupo social, deja *ipso facto* de ser Estado y se convierte en su contrario: Revolución o Contrarrevolución y golpe de Estado. El golpe de Estado es, ante todo, golpe al Estado, su desnucamiento (Rusia e Italia no son Estados. Son Revolución y Contrarrevolución enquistadas. Durarán el tiempo que sea, pero su duración no será nunca estabilización, 'Estado'. Es fácil decir, pero es falso decir, que son 'nuevos Estados'. Ni nuevos ni viejos. Son precisamente lo otro. Hay en ellos gérmenes de inspiración aprovechable, pero nada más. Lo propio acontece con el nacional-

> socialismo de Alemania. ¡Aviso a los jóvenes que quieran de verdad buscar el verdadero estado nuevo!).[139]

Es claro que Ortega y Gasset critica los polos opuestos que son dictadura y anarquía, como también le preocupa la parálisis de gobierno que puede originar cualquiera de los excesos señalados. Por eso en su artículo "Ideas políticas", publicado en *El Sol* el 28 de junio de 1922, escribió estas palabras sin duda preventivas del clima de encono que viviría España durante la siguiente década:

> En vez de maldecir del Parlamento, sin sustituirlo, convendría que nos preocupásemos todos un poco de mejorarlo. Porque ha llegado España al punto de no funcionar como Estado. No es que funcione mal, es que, en absoluto, no funciona. Y resulta verdaderamente peregrino que se haga responsable de ello al Parlamento... la causa de la parálisis política, de la desorganización del Estado que hoy padece España, no es otra cosa que la inexistencia del Poder público. El Poder público es una función orgánica sin la cual no puede vivir una sociedad nacional... Por faltar autoridad al Poder público resulta que no puede éste mandar ni siquiera a la fuerza pública. Es vano querer eludir la cuestión. El problema más inmediatamente urgente en nuestra existencia colectiva consiste en dotar de autoridad bastante a alguna institución. Mientras no tengamos ese mínimum de Poder público, no podremos públicamente hacer nada de provecho.[140]

El filósofo madrileño tiene claro que el Estado no se agota en el gobierno, como tiene claro también que su país es complejo porque en realidad es multinacional y por tanto la forma del Estado español no puede reducirse al centralismo. Dicho esto, es impresionante que en 1925 tuviese Ortega y Gasset una visión de conjunto del Estado español y de ahí que sea él muy crítico en cuanto a la función que desempeñó su ciudad natal como capital política:

139 *Ibidem,* pp. 420 y 421.
140 *Ibidem*, pp. 15 y 17.

> Madrid no cumplió, en ningún sentido —tampoco en el intelectual— su misión de capitalidad. Madrid ha fracasado. Yo lo siento mucho porque soy madrileño; pero creo a que a fuer de buen madrileño debo aminorar el fracaso poniéndole el único remedio, que es... reconocerlo. Recuerdo haber escrito hace ya mucho tiempo que el dato de sociología política más importante en esta etapa española es haberse transferido el centro de gravedad nacional de Madrid a provincias. Antes las provincias creían en Madrid, seguían dócilmente sus inspiraciones, vivían de la vida capital. Ahora han retirado su adhesión; pero, exentas aún de vida pública propia, resulta que hemos llegado al cero dinámico.[141]

Ortega y Gasset concibe al *Estado como piel*, en esta concepción como lo explicaré se asoma Hegel:

> ...el Estado se va amoldando al cuerpo social como la piel se forma sobre el nuestro. También nuestra piel nos aprieta y nos ciñe, pero la línea de su presión coincide con los alabeos de nuestros músculos. De aquí que nos sintamos libres dentro de ella hasta el punto de ser símbolo máximo de la libertad hallarse uno en algo 'como dentro de su piel'. Nótese la sustancial paradoja que ello envuelve, pues se trata de que una presión que se ejerce contra nosotros es sentida como algo nuestro, como formando parte de nosotros. Lo que en puro teorema es llamado 'vida como libertad', puedo llamarlo ahora, más plásticamente, 'Estado como piel'.[142]

Hegel sostenía en sus *Lecciones de filosofía de la historia universal,* que el desarrollo de la libertad es concomitante con el desarrollo político en el Estado, donde todos los hombres son libres, es decir, el Estado es el reino ético de la libertad humana.

La claridad conceptual del filósofo nos permite entender mejor los conflictos políticos de España como Estado plural y diverso pero a la vez con intereses comúnes cuando ha escrito: "La

141 *Ibidem*, p. 79.
142 *Ortega y Gasset, op. cit.,* nota 12, p. 100.

autonomía regional traería consigo la multiplicación de la capitalidad".[143]

Los problemas que vivió España entonces y después fueron tan graves que su Guerra Civil consistió en encuentros y desencuentros por los esquemas extremos de centralismo y por una amenaza real de disgregación de todo el país. La monarquía y después la república fracasaron precisamente por lo que Ortega y Gasset previó, el poder público no funcionaba. El centralismo dictatorial de Franco acentuó las diferencias y en estricto sentido fomentó más el nacionalismo vasco a tal grado que hizo surgir a un grupo por demás radical y terrorista como fue y es la ETA. La dictadura de Franco trató de auspiciar el nacionalismo español queriendo asfixiar la pluralidad cultural y lingüística en casi toda la península ibérica y en las islas españolas.

No es menos cierto e interesante que conceptos que manejó José Ortega y Gasset durante las primeras décadas el siglo pasado para España se empezaran a discutir a fines del siglo XX en México, como fueron el Liberalismo Social —atribuído inexactamente al ideólogo y político del PRI Jesús Reyes Heroles y utilizado de manera confusa por el gobierno de Carlos Salinas de Gortari— y la Reforma del Estado, que tanto prometió el gobierno de Ernesto Zedillo Ponce de León y que todavía hoy no se ha concretado porque no se han puesto de acuerdo las distintas fuerzas políticas que conforman el nuevo sistema político mexicano.

Con respecto al primer término, Ortega y Gasset, que es un liberal en el mejor sentido de la palabra, le ha dado un significado concreto al no desligarse de lo que llamaría Johannes Messner *Die soziale frage* (*La cuestión social*):

> El Estado actual no puede ser sólo liberal como el de aquellos tiempos (Ortega y Gasset se refiere al siglo XIX). El liberalismo tiene que integrarse (y por lo tanto limitarse) con el Estado social. Cada nueva época acierta cuando encuentra la ecuación exacta correspondiente al tiempo, en el reparto de fronteras que siempre

143 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 47, t. 11, p. 91.

> hay que hacer de nuevo entre el individuo y la sociedad. La diferencia entre autonomismo y federalismo, consiste en que éste plantea la terrible cuestión de las soberanías particulares, lo cual en un Estado durante siglos unitario sería una absoluta regresión.[144]

Con respecto al segundo término señalado y que se extiende a la Reforma de la política y también a la Reforma de la Sociedad, el filósofo de Madrid ha dicho lo siguiente en dos artículos independientes, el primero escrito el 14 de julio de 1926:

> La restauración de España tiene que comenzar por una reorganización del Estado, que es el gran aparato mediante el cual se puede operar sobre un pueblo, pero no se logrará sólo con ella. La faena es mucho más honda y vasta. Junto a la reforma política tiene que caminar la reforma de la sociedad, de las formas privadas de la vida... Es preciso instaurar un nuevo Estado, pero también modificar las costumbres. Lo uno no va sin lo otro. El estilo del vivir tiene que elevarse por entero.[145]

El problema de la naturaleza del Estado que se resume en la pregunta ¿qué es el Estado?, fue para Ortega y Gasset, sin duda, un aspecto muy importante en su pensamiento filosófico-político y precisamente por esto escribió las siguientes palabras en *El hombre y la gente* tratando de dilucidar semejante cuestión:

> Miro en torno, pero por ninguna parte descubro el Estado. En derredor mío sólo veo hombres que se consignan uno a otro: el gendarme al director de Policía, éste al ministro del Interior, éste al Jefe del Estado y éste, últimamente, y ya sin remedio, otra vez al Estado. Pero ¿quién o qué cosa es el Estado? ¿Dónde está el Estado? ¡Que nos lo enseñen! ¡Que nos lo hagan ver! ¡Vana pretensión la nuestra: El Estado no aparece sin más ni más! Está siempre oculto, no se sabe cómo ni dónde. Cuando nos parece que vamos

144 *Ibidem,* p. 140.
145 *Ibidem,* p. 94.

> a echarle la mano, lo que nuestra mano palpa y tropieza es uno o varios o muchos hombres. Vemos hombres que gobiernan en nombre de esa latente entidad Estado, es decir, que mandan y operan jerarquizados transfiriéndonos de arriba abajo o de abajo arriba, del humilde gendarme al Jefe del Estado. Estado es una de las cosas que la lengua corriente designa como incuestionablemente sociales, acaso la más social de todas. La lengua es siempre fértil indicadora de realidades pero, bien entendido, nunca suficiente garantía... El Estado es una cosa social. ¡Veámosle! Pero la cuestión es que no le vemos: El Estado, cosa social, se oculta siempre tras de hombres, tras de individuos humanos que no son ni pretenden ser sin más cosas sociales.[146]

En realidad el Estado no es precisamente una cosa material como si se tratase de una máquina —aunque uno de los elementos fundamentales del Estado es el territorio, éste sí podría ser nominado como una cosa y por cierto de naturaleza jurídica compleja, porque abarca no sólo una porción de tierra, sino también subsuelo, espacio aéreo, y en su caso mar territorial— sino de una proyección humana, ciertamente huidiza que paradójicamente parece no estar en ninguna parte y que a la vez está presente en todas partes.

El maestro Héctor González Uribe ha escrito en su obra *Teoría política* sobre la naturaleza del Estado conceptos muy claros que en cierta manera responden a las inquietudes intelectuales de Ortega y Gasset sobre el tema:

> ...no hay ningún ser externo, concreto, físicamente tangible que corresponda al Estado. Pero hay sin duda, manifestaciones exteriores de ese ser que nos dan a conocer su existencia y dan la llamada de alerta a nuestra actividad psíquica, ya sea intelectual o emocional.
>
> Esas manifestaciones son, desde luego, de tipo social. Se dan en la convivencia humana, en las sociedades de nuestros días. Consisten, ante todo, en la creación, conservación y defensa de un

146 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 66, pp. 185 y 186.

Orden exterior sin el cual no podría darse una convivencia armónica y pacífica entre los hombres. Como muestra de ese orden está la regulación del tránsito de peatones y de vehículos en las calles, avenidas y carreteras. La presencia de agentes de tránsito y de policía en sitios estratégicamente distribuidos. Las actividades de los soldados en sus cuarteles y en las maniobras que periódicamente realizan. La vigilancia en estaciones, puertos y fronteras.

A ese orden exterior corresponde una actividad interna, profunda, de regulación normativa: el orden jurídico. De él proviene toda una serie de actos —leyes, decretos, reglamentos, sentencias, negocios jurídicos, contratos— que se manifiestan en múltiples formas y pueden ser fácilmente reconocidos. Así, las labores de las asambleas legislativas, de los órganos del poder ejecutivo, de los tribunales en todas sus escalas, competencias y jerarquías. Desde las discusiones parlamentarias en la Cámara de Senadores o la de Diputados hasta el embargo practicado por el actuario de un juzgado en un juicio ejecutivo civil o mercantil hay toda una gama de actividades que pueden ser observadas directamente y reconocidas por la experiencia sensible.

Y a esto podemos añadir la inmensa variedad de servicios públicos que el Estado presta a la comunidad y por la cual hace visible su existencia. Servicios por los cuales coordina la actividad de los particulares, la suple cuando es deficiente o no existe, o bien realiza lo que a él le corresponde como promotor principal del bien común. La pavimentación de las calles y plazas, el alumbrado público, el servicio de agua potable, la construcción de escuelas, la dotación de parques y jardines a las ciudades, la construcción de caminos y carreteras para que haya comunicaciones fáciles entre todas las regiones del país, la atención de los servicios hospitalarios, la promoción y ayuda a los institutos de cultura superior, son otras tantas muestras de lo que el Estado hace positivamente, visiblemente, en beneficio de la colectividad.

En otro aspecto el Estado manifiesta su existencia por medio de los actos que periódicamente realiza para la renovación de los funcionarios que ocupan los puestos públicos. Especialmente en los países democráticos tal renovación, determinada de antemano por las leyes en cuanto al modo, tiempo y lugar en que debe hacerse, da lugar a múltiples manifestaciones externas que ponen de relieve la importancia de los político en la vida social. Pocas ve-

> ces se palpa tan de cerca la realidad del Estado como cuando la propaganda de los partidos políticos y las agitaciones del día en que tienen lugar los comicios populares remueven hasta lo más hondo el mundo de nuestros intereses y preocupaciones vitales.
>
> Más todavía. Las conmemoraciones cívicas y patrióticas, con sus despliegue de banderas, sus himnos y discursos; las visitas, cada vez más frecuentes, de los Jefes de Estado extranjeros; los movimientos de opinión pública ocasionados por las noticias de carácter político, nacional o internacional, que transmiten a diario los periódicos y las estaciones de radio y televisión, y otros movimientos de este tipo nos hablan, con toda claridad y elocuencia, de esa gran realidad, que no podemos soslayar o desconocer, y que llamamos Estado... El Estado es una realidad de inmensa trascendencia en nuestra vida. No podemos desconocerla aunque queramos.[147]

En consecuencia, nadie puede ser apolítico, en el mejor de los casos apartidista. En estricto sentido, Ortega y Gasset fue político por doble partida. En primer lugar, por haber estado inmerso de manera decisiva en el entorno político de su país como un atento observador, y en segundo lugar por haber participado como diputado.

En este sentido, podemos decir que la teoría general del Estado del filósofo español está basada también en su experiencia, y por ende puedo afirmar que Ortega y Gasset hizo no sólo metafísica de las costumbres políticas sino también una verdadera filosofía política.

El docente madrileño ha dejado escrito en otros ensayos —además de sus artículos políticos— su visión sobre el Estado, donde queda claro que la política es convivencia continua donde las leyes, la autoridad, el poder, las costumbres, las decisiones de gobernantes y gobernados impactan en la sociedad.

En su breve ensayo *El origen deportivo del Estado*, que tiene un cariz de filosofía de la historia y está recogido en el séptimo volumen de *El espectador*, don José ha dicho lo siguiente:

147 González Uribe, Héctor, *Teoría política,* México, Porrúa, 1982, pp. 4 y 5.

> El traje de guerra es el mismo que el traje de fiesta: la máscara. Y fiesta, caza y guerra permanecieron mucho tiempo indiferenciadas: por eso casi todas las danzas primitivas son la estilización de gestos venatorios o beligerantes... la primera sociedad humana, propiamente tal, es todo lo contrario que una reacción a necesidades impuestas. La primera sociedad es esta asociación de jóvenes para robar mujeres extrañas al grupo consanguíneo y dar cima a toda suerte de bárbaras hazañas. Más que a un Parlamento o Gobierno de severos magistrados, se parece a un Atlétic Club. Dígame el lector si es tan excesivo como en un principio pudo parecerle proclamar el origen deportivo del Estado... Contentémonos con este somero esquema, que basta a mi propósito de presentar en el origen del Estado un ejemplo de la fecundidad creadora residente en la potencia deportiva. No ha sido el obrero, ni el intelectual, ni el sacerdote, propiamente dicho, ni el comerciante quien inicia el gran proceso político; ha sido la juventud, preocupada de feminidad y resuelta al combate; ha sido el amador, el guerrero y el deportista.[148]

Siendo el Estado desde luego necesario, el propio Ortega y Gasset no deja de señalar que el Estado mismo se puede convertir, como él mismo lo ha dicho, en uno de los capítulos de *La rebelión de las masas*: "El mayor peligro, el Estado". Precisamente en esta obra ya citada el filósofo ha declarado:

> Pero aún cuando no sea imposible que haya comenzado a menguar el prestigio de la violencia como norma cínicamente establecida, continuaremos bajo su régimen; bien que en otra forma.
>
> Me refiero al peligro mayor que hoy amenaza a la civilización europea. Como todos los demás peligros que amenazan a esta civilización, también éste ha nacido de ella. Más aún: constituye una de sus glorias; es el Estado contemporáneo. Nos encontramos, pues, con una réplica de lo que en el capítulo anterior se ha dicho sobre la ciencia: la fecundidad de sus principios la empuja hacia un fabuloso progreso; pero éste impone inexorablemente la especialización, y la especialización amenaza con ahogar a la ciencia.

148 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 39, t. 2, pp. 617-619.

> Lo mismo acontece con el Estado... El Estado contemporáneo es el producto más visible y notorio de la civilización... Éste (el Estado) es el mayor peligro que hoy amenaza a la civilización: la estatificación de la vida, el intervencionismo del Estado, la absorción de toda espontaneidad social por el Estado; es decir, la anulación de la espontaneidad histórica, que en definitiva sostiene, nutre y empuja los destinos humanos. Cuando la masa siente alguna desventura o, simplemente, algún fuerte apetito, es una gran tentación para ella esa permanente y segura posibilidad de conseguir todo —sin esfuerzo, lucha, duda, ni riesgo— sin más que tocar el resorte y hacer funcionar la portentosa máquina. La masa se dice: 'El Estado soy yo', lo cual es un perfecto error. Pero el caso es que el hombre-masa cree, en efecto, que él es el Estado, y tenderá cada vez más a hacerlo funcionar con cualquier pretexto, a aplastar con él toda minoría creadora que lo perturbe en cualquier orden: en política, en ideas, en industria... ¿Se advierte cuál es el proceso paradójico y trágico del estatismo? La sociedad, para vivir mejor ella, crea, como un utensilio, el Estado. Luego, el Estado se sobrepone, y la sociedad tiene que empezar a vivir para el Estado.[149]

La lectura filosófico-política de Ortega y Gasset en relación al Estado es por una parte, una actualización y a la vez una corrección de la teoría hegeliana, según la cual el Estado representaba el reino ético de la libertad y por tanto su máximo garante. Efectivamente la concreción del Estado contemporáneo ha significado el máximo avance político de la humanidad en tanto es un verdadero Estado de Derecho, pero trágicamente, el Estado y más aún el totalitario ha sido el característico ejemplo de máxima represión con mayor restricción de libertades públicas y privadas. ¿Qué dudas hay de las barbaries escenificadas por el Estado nazi y el Estado soviético? Hitler y Stalin fueron sin duda representantes de la amenaza a la civilización a la que se refiere Ortega y Gasset.

149 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 32, pp. 109, 111-113.

Por otra parte, si bien es cierto, como sostiene el fundador de la *Revista de Occidente*, que la masa no es el Estado, tampoco lo es ningún personaje en lo individual. Así es también el parecer de Ortega y Gasset cuando ha escrito en *El hombre y la gente*:

> Si prohibir y mandar son acciones humanas (y lo son evidentemente, puesto que no son movimientos físicos, ni reflejos o tropismos zoológicos), si prohibir y mandar son acciones humanas, provendrán de alguien, de un sujeto determinado, de un hombre. ¿Es el Estado un hombre? Evidentemente, no. Y Luis XIV padeció una ilusión grave cuando creyó que el Estado era él, tan grave que le costó la cabeza a su nieto. Nunca, ni en el caso de la más extrema autocracia, ha sido un hombre el Estado. Será aquel, a lo sumo, el hombre que ejerce una determinada función del Estado.[150]

José Ortega y Gasset no se deslinda del pensamiento político aristotélico, pues cuando escribe las siguientes palabras en *La Nación* de Buenos Aires en 1934, uno puede ver claramente las huellas del estagirita:

> El Estado fue originariamente el mando que un individuo, por su fuerza, su astucia, su autoridad moral o cualquier otro atributo adscrito a su persona, ejercía sobre otros hombres. Esa función de mando se desindividualiza y aparece como necesidad social. La sociedad necesita que alguien mande. Esta necesidad de la sociedad, esto es, ya objetivada en ella, es el Estado, que existe aparte de todo individuo singular, que éste encuentra ya ahí existiendo antes que él y al cual tiene, quiera o no, que someterse.[151]

La teoría general del Estado orteguiana tiene el rigor lógico para explicar el origen y la valía del desarrollo político de las sociedades que han logrado convertirse en Estados, pero también tiene la viva preocupación del futuro de su país. El Estado español como entidad multicultural es compleja y también conflictiva

150 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 66, p. 176.
151 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 22, t. 5, p. 174.

precisamente por la radicalización de posiciones, donde los regionalismos y el centralismo fueron parte del contexto político del siglo XX, sin dejar de tomar en cuenta la grave influencia que ejercieron el socialismo soviético marxista, el nazismo alemán y el fascismo italiano. Todo esto mezclado y agitado dio por resultado una cruenta guerra civil.

En *España invertebrada*, Ortega y Gasset, con su impecable estilo literario y su claridad filosófica, además de sus conocimientos históricos, nos da luces sobre el problema estatal hispano:

> España es una cosa hecha por Castilla... Para quien tiene buen oído histórico, no es dudoso que la unidad española fue, ante todo y sobre todo, la unificación de las dos grandes políticas internacionales que a la sazón había en la península: la de Castilla, hacia Africa y el centro de Europa; la de Aragón, hacia el Mediterráneo. El resultado fue que, por vez primera en la historia, se idea una *Weltpolitik*: la unidad española fue hecha para intentarla... Los españoles nos juntamos hace cinco siglos para emprender una *Weltpolitik* y para ensayar otras muchas faenas de gran velamen.[152]

El Estado español es un ejemplo del colonialismo que se hizo fructificar por muchos lugares. El idioma castellano se hizo mundial. Las comunidades que formaron España multiplicaron hacia fuera el imperio español. Cuando ya no hubo *Weltpolitik*, se dio entonces una vuelta introspectiva. España se volvió a preguntar quién era, y se derivó una crisis, no causada por la propia introspección, sino por los vacíos y por otros errores que el mismo Ortega y Gasset ha criticado y que aquí ya he citado anteriormente.

Don José nos da otra explicación sobre la necesidad del desarrollo político:

> El poder creador de naciones es un *quid divinum*, un genio o talento tan peculiar como la poesía, la música y la invención religiosa. Pueblos sobremanera inteligentes han carecido de esa dote, y,

152 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 123, t. 3, pp. 61 y 63.

> en cambio, la han poseído en alto grado pueblos bastante torpes para las faenas científicas o artísticas. Atenas, a pesar de su infinita perspicacia, no supo nacionalizar el Oriente mediterráneo; en tanto que Roma y Castilla, mal dotadas intelectualmente, forjaron las dos más amplias estructuras nacionales.[153]

Lo que ha señalado Ortega y Gasset en relación a Roma y Castilla también es aplicable a Estados Unidos, país neocolonialista que arrebató a España por cierto sus últimos dominios de ultramar en 1898.

Ahora bien, sobre el Estado en general, el fundador de la *Revista de Occidente* ha escrito también en *España invertebrada* algunos pensamientos que son no sólo declarativos, sino aciertos filosóficos e históricos:

> Es falso suponer que la unidad nacional se funda en la unidad de sangre, y viceversa. La diferencia racial, lejos de excluir la incorporación histórica, subraya lo que hay de específico en la génesis de todo gran Estado... Los grupos que integran un Estado viven juntos para algo; son una comunidad de propósitos, de anhelos, de grandes utilidades.[154]

Lo natural en Aristóteles es en Ortega y Gasset libertad para imaginar. Mientras que para el estagirita el hombre es un animal político por naturaleza donde además hay una evolución; para el madrileño el proceso es más complicado y rico:

> ...el Estado comienza cuando el hombre se afana por evadirse de la sociedad nativa dentro de la cual la sangre lo ha inscrito. Y quien dice la sangre, dice también cualquier otro principio natural; por ejemplo, el idioma. Originariamente, el Estado consiste en la mezcla de sangres y lenguas... No hay creación estatal si la mente de ciertos pueblos no es capaz de abandonar la estructura tradicional de una forma de convivencia y, además, de imaginar otra nun-

153 *Ibidem,* p. 55.
154 *Ibidem,* pp. 53 y 56.

> ca sida. Por eso es auténtica creación. El Estado comienza por ser una obra de imaginación absoluta. La imaginación es el poder liberador que el hombre tiene. Un pueblo es capaz de Estado en la medida en que sepa imaginar. De aquí que todos los pueblos hayan tenido un límite de su evolución estatal, precisamente el límite impuesto por la Naturaleza a su fantasía.[155]

Y desde luego, Ortega y Gasset no dejará de pronunciarse nuevamente sobre la democracia, cuando se ha referido a dos temas imprescindibles para entenderla y que son la política y el Estado:

> La salud de las democracias, cualesquiera que sean su tipo y su grado, depende de un mísero detalle técnico: el procedimiento electoral. Todo lo demás es secundario. Si el régimen de comicios es acertado, si se ajusta a la realidad, todo va bien; si no, aunque el resto marche óptimamente, todo va mal... Un régimen electoral es estúpido cuando es falso.[156]

De ahí que dijera alguna vez Octavio Paz que la democracia es ante todo un método.

Para Ortega y Gasset, no puede entenderse el desarrollo del Estado sin referirse a la Nación, incluso cita a Renan, quien decía "La existencia de una nación es un plebiscito cotidiano".[157]

Por lo mismo, el fundador del Instituto de Humanidades escribió:

> La cosa es clara y de suma importancia para entender la auténtica inspiración del Estado nacional frente al Estado-ciudad. Las fronteras han servido para consolidar en cada momento la unificación política ya lograda. No han sido, pues, *principio* de la nación, sino al revés: al principio fueron estorbo, y luego, una vez allanadas, fueron medio material para asegurar la unidad... el Estado nacional se encontró siempre, en su afán de unificación, frente a las

155 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 22, t. 4, pp. 252 y 253.
156 *Ibidem,* p. 255.
157 *Ibidem,* p. 265.

> muchas razas y las muchas lenguas, como con otros tantos estorbos. Dominados éstos enérgicamente, produjo una relativa unificación de sangres e idiomas, que sirvió para consolidar la unidad... Es preciso resolverse a buscar el secreto del Estado nacional en su peculiar inspiración como tal Estado, en su política misma y no en principios forasteros de carácter biológico o geográfico... El Estado nacional es en su raíz misma democrático, en un sentido más decisivo que todas las diferencias en las formas de gobierno. Es curioso notar que al definir la nación fundándola en una comunidad de pretérito, se acaba siempre por aceptar como la mejor la fórmula de Renan, simplemente porque en ella se añade a la sangre, el idioma y las tradiciones comunes un atributo nuevo, y se dice que es un 'plebiscito cotidiano'. Pero ¿se entiende bien lo que esta expresión significa? ¿No podemos darle ahora un contenido de signo opuesto al que Renan le insuflaba y que es, sin embargo, mucho más verdadero.[158]

Ortega y Gasset tiene una teoría del Estado distante a la de Hegel y Marx. No le entusiasman ni conmueven las tesis de Gobineau ni cualquier otro autor obsesionado por el dominio de una raza. El gran docente castellano llamará igual Estado a la antigua civilización egipcia como a la romana. Para él, el Estado existe desde antes de la modernidad y esto desde luego sigue siendo tema de análisis y discusión.

Don José tendrá muy claro que la autoridad no es la causa eficiente del Estado, como los apologistas de las dictaduras han insinuado o, peor aún, han dicho de manera explícita.

Sin embargo, la causa final del Estado, el bien público temporal, no aparece en la filosofía orteguiana, quizá porque el propio filósofo se ocupó más del origen del Estado y de su desarrollo histórico y político, que del fin. Posiblemente su circunstancia no le permitía ver como una realidad próxima el bien público temporal, en medio de un mundo agitado en guerras y contradicciones. Si bien no apostó por la anarquía como lo he demostrado al citar

158 *Ibidem,* pp. 262, 263 y 265.

sus textos, el abuso de poder le horrorizaba, precisamente por ser un creyente del hombre y la libertad.

Como bien dice el filósofo:

> Para lograr que predomine un mínimo de sociabilidad y, gracias a ello, la sociedad como tal perdure, necesita hacer intervenir con frecuencia su interno 'poder público' en forma violenta y hasta crear —cuando la sociedad se desarrolla y deja de ser primitiva— un cuerpo especial encargado de hacer funcionar aquel poder en forma incontrastable. Es lo que ordinariamente se llama el Estado.[159]

El teórico del Estado, José Ortega y Gasset, reflexiona sobre el tema así: "Si España y Castilla iniciaron las teoría del Estado moderno en pasados tiempos, ¿por qué no lo han de hacer ahora?".[160]

Por Ortega y Gasset llegué a la conclusión —hace ya algunos años— de que la teoría general del Estado es fundamentalmente Antropología y hoy, al releer las obras del maestro, confirmo esta aseveración que hago mía en letras, aún cuando en pensamiento la infiero del análisis del propio filósofo.

159 Ortega y Gasset, *op. cit.,* nota 66, pp. 271 y 272.
160 *Ibidem,* p. 287.

CONCLUSIONES GENERALES

José Ortega y Gasset fue un humanista que exploró desde diferentes ámbitos el valor de la libertad. Vivió y padeció los excesos de autoridad y poder. Por eso su pensamiento es crítico con la vida, y desde luego consigo mismo y con su circunstancia, que no fue su cárcel sino su morada.

En su obra *El origen y epílogo de la filosofía* dice:

> Es un error que ha trivializado y achatado el enorme asunto, entender la palabra "libertad" refiriéndola primariamente o exclusivamente al Derecho y la política como si fueran éstos la raíz de donde brota la figura general de vida humana que llamamos libertad. Porque de esto, en verdad se trata. La libertad es el cariz que la vida entera del hombre toma cuando sus diversos componentes llegan a un punto en su desarrollo que produce entre ellos una determinada ecuación dinámica. Tener una idea clara de lo que es libertad supone haber definido o encontrado con algún rigor la fórmula de esa ecuación.[161]

Su concepción del hombre es polémica al entrar en conflicto con la tesis de Aristóteles, pero don José no se deja atrapar por los reduccionismos de los siglos XIX y XX, y asume con valentía el uso de la palabra y el pensamiento para proponer y establecer criterios sobre la naturaleza histórica del ser humano.

Si Ortega y Gasset se fija en la historia, es para entender al hombre contemporáneo; si su palestra es la filosofía, es para elevar sus sugerencias en medio de un mundo atribulado por demagogos y hombres masificados.

161 Ortega y Gasset, *Origen y epílogo de la filosofía*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980, p. 107.

Si bien el autor de *El tema de nuestro tiempo* tenía serias reservas sobre el pacifismo, fue un hombre pacífico que practicó la paz activa a través de una pluma sumamente crítica, en ocasiones áspera, al percatarse de los colmos del poder en Europa.

Sus tiempos de exilio fueron también tiempos de reflexión filosófica, porque fue un observador atento de los principales fenómenos de su época. Desafortunadamente nunca estuvo en México, pero dejó huella en este país fundamentalmente a través de dos pensadores españoles importantes, *transterrados* en la patria de Vasconcelos: el primero, un filósofo brillante, José Gaos, y el otro, un jurista de relieve, Luis Recaséns Siches.

De los ensayos y artículos del pensador madrileño infiero que la historia de la teoría general del Estado es la lucha entre las libertades públicas y el ejercicio del poder. Él percibió —y se nota esa percepción en su obra al tratar de disuadir los ánimos extremos de la España de la preguerra— el sufrimiento humano como una consecuencia de los conflictos éticos y políticos.

Si el raciovitalismo ha sido un tema de nuestro tiempo, la autoridad y el poder en conjunto forman sin duda el *otro* tema de nuestro tiempo, que Ortega y Gasset estudió paulatinamente. El primer pensador de España y quinto de Alemania hizo camino al filosofar: como pocos fue claro y preciso en los análisis sociales sin ser sociólogo, fue tan profundo que su filosofía es entendible aún para los adolescentes que quieren leer sobre el amor, porque como escribió don José en su famosa obra *Estudios sobre el amor*: Voy a hablar de amor no de amores.

Ortega y Gasset escribió con gran profundidad y pasión sobre antropología filosófica, ética, historia de la filosofía, teoría del conocimiento, estética, ontología, filosofía política, filosofía de la historia y lógica entre las disciplinas filosóficas. No le fueron ajenas la literatura y el derecho, menos aún la política como ciencia práctica.

Don José, a pesar de sí mismo, fue un teórico del Estado —no hay que olvidar que la teoría general del Estado es una disciplina alemana, cuyo padre es según Héctor González Uribe, Friedrich

Hegel— sin el afán sistemático de los autores europeos más renombrados de la materia como Heller, Dabin, Jellinek, Carré de Malberg y Zippelius.

Los artículos orteguianos fueron el pulso social y político de España. El silencio a veces prolongado de Ortega y Gasset después de la Guerra Civil española y de la Segunda Guerra Mundial pesó en el ánimo de sus seguidores. Algunos que compartían aquella frase pronunciada contra Miguel de Unamuno en 1936: "Muera la inteligencia", le tuvieron miedo aún después de muerto.

Por medio del pensamiento filosófico de José Ortega y Gasset se puede conocer una parte importante de España, al igual que a través de la obra de Octavio Paz se ilumina la historia y la literatura de México, y a través de las letras de Jorge Luis Borges se trasluce el espíritu argentino.

Hace poco tiempo se ha empezado a valorar la contribución de José Ortega y Gasset a la democracia española, que naciera veinte años después de su defunción. No es suficiente que una calle de Madrid y una fundación lleven su nombre; Ortega y Gasset tiene un lugar de honor en la historia de España y un lugar que se abre cada vez más en las páginas de la historia de la filosofía.

REFLEXIONES FINALES

El pensamiento filosófico-político de José Ortega y Gasset se redescubre cada vez que el lector entra en las páginas de sus ensayos y artículos.

Pocos filósofos han tenido el privilegio de tener una pluma tan suave y clara. Pocos escritores han tenido la profundidad de sus ideas. Ortega y Gasset fue un observador comprometido, un intelectual que vivió en medio de tormentas sociales y políticas. Él vio como tantos otros la destrucción de Europa y la desmoralización del mundo. Padeció una de las enfermedades más terribles: la depresión, y ni así perdió claridad su mente.

Su concepto de hombre está ligado con su valoración sobre la libertad, la autoridad y el poder.

Como típico pensador, sabio en algunos temas, cambió de parecer con rigor de causa. Muy posiblemente su circunstancia influyó en sus ligeras transformaciones ideológicas. Alguna vez cancelaba la posibilidad del intelectual de participar en política, más adelante, confirió la obligación al propio intelectual de colaborar directamente en los escenarios de la política, donde el poder a veces seduce, otras destruye, pero jamás pasa inadvertido para un pensador comprometido socialmente, como José Ortega y Gasset.

La influencia de Ortega y Gasset en España, Alemania e Hispanoamérica es indudable. Su obra es vigente en el siglo XXI y sus obras son ampliamente leídas dentro y fuera de su patria.

La circunstancia orteguiana no fue una obsesión intelectual, sino una auténtica realidad que moldeó el pensamiento del fundador del Instituto de Humanidades. Puedo afirmar que la obra de José Ortega y Gasset ha formado parte del contexto intelectual de

varias generaciones que se educaron en las páginas orteguianas. Unos aprendieron a pensar y a escribir filosofía a través de la excelente literatura del maestro madrileño.

Sin duda, es cierto que la cortesía del filósofo es la claridad y sin menor objeción puedo asegurar que las ideas y las creencias, las opiniones y los dogmas de Ortega y Gasset se convierten en un deleite al leerlos.

Sus lectores podemos estar a favor o en contra de las aseveraciones del gran docente universitario, pero desde luego no pasa inadvertido. La influencia de Ortega y Gasset se ha dejado sentir además de en la filosofía, en la sociología, en la política, en la historia, en la literatura, en suma, en las humanidades.

El valor de Ortega y Gasset como filósofo no estriba sólo en sus obras compiladas a lo largo de los años, incluso aún después de fallecido, sino también en su actitud como esteta, como un hombre que manejó como pocos la lógica y defendió con estilo propio principios éticos. Más allá de cualquier consideración filosófica, Ortega y Gasset ha ganado con justicia un lugar preponderante en las letras castellanas y desde luego en el pensamiento filosófico mundial. Las observaciones de Ortega y Gasset no son de "gabinete", su acercamiento a la realidad social y política es invaluable a la hora de contrastar sus escritos con el desarrollo de la humanidad.

Cuando el filósofo escribió el prólogo a la *Historia de la filosofía* de Emile Bréhier empezó con una cita de Aristóteles tomada del *Tratado del alma*: "Meditar es un progreso hacia sí mismo". Ortega y Gasset progresó constantemente. Uno de los frutos de ese progreso fue indudablemente la *Revista de Occidente* que fundó cuando tenía 40 años, la misma edad que tenía Platón cuando fundó la Academia. El periodista, el filósofo, el docente, el político, el espectador, tuvo el ánimo de Sócrates de buscar constantemente la Verdad y lo hizo a través de un ejercicio intelectual arduo, en medio de circunstancias difíciles y trágicas.

A diferencia de lo que él creyó, considero que Ortega y Gasset escribió para la posteridad y no sólo para su tiempo, escribió no

sólo para españoles, sino para mucha gente que se ha encantado con sus letras y con su pensamiento.

La influencia de Kant en Ortega y Gasset no es directa pero existe. ¿El raciovitalismo es un imperativo categórico? Si bien el filósofo español no fue en sentido propio un pacifista, habrá saludado con respeto los principios fundamentales de *La paz perpetua* del gran pensador alemán. En las páginas de Ortega y Gasset no hay belicismo, hay en cambio una pasión ibérica con un acento germánico indudable.

José Ortega y Gasset tuvo una interesante *Weltanschauung*, donde en su filosofía se aprecia muy bien tanto al bosque como al árbol, a la humanidad como al hombre en particular. No reniega de la condición humana, la redimensiona sin soslayar las raíces históricas.

A la pregunta que hizo el filósofo alemán Norbert Bolz *¿Wer hat Angst vor der Philosophie*? (¿Quién tiene miedo a la filosofía?) —que fue tema de un libro colectivo que lleva ese título—, don José hubiese contestado de manera inicial muy probablemente, en su segunda lengua, con las palabras de uno de los coautores, Karl Heinz Bohrer: *Das Privileg zu denken,* (el privilegio de pensar)... con un privilegio así, ¿qué debemos temer?

La obra orteguiana ha sido parte de mi circunstancia académica e intelectual, que aun sin compartir totalmente como es natural, admito su gran influencia en mi formación como profesional del derecho y de la filosofía.

EPÍLOGO

José Ortega y Gasset (1883-1955) hombre de su tiempo y de su circunstancia, que vivió a la altura de los tiempos (*cfr*. IV, 157) y salvó sus circunstancias (*cfr*. I, 322).

Hoy, el tiempo y las circunstancias nos reúnen, leer a Ortega, o bien leer algo sobre Ortega nos trae no sólo recuerdos, enseñanzas, etcétera, sino que nos da la posibilidad de encontrarnos con el hombre que somos todos y cada uno de nosotros; con el hombre, el pensador inquieto, vivaz, agudo que nos arropa, pues su obra tiene un rasgo característico que es su estilo retórico, en el sentido de que no hay grandes diferencias entre la palabra hablada y escrita, además de tener estética. Como comenta Octavio Paz en el texto *José Ortega y Gasset: ¿El cómo y el para qué?, "Hay una manera de pensar, un estilo*, que sólo es de Ortega y Gasset. En ese *modo operatorio*, que combina el rigor intelectual con una necesidad estética de expresión personal, está el secreto de su unidad... Pensar fue, para él, sinónimo de expresar".[1] La claridad, precisión y elegancia es muy probable, la primera cualidad que nos atrapa dando paso a la forma y el fondo en la obra orteguiana, cuya unidad de orden intelectual tiene una raíz vital que alcanza el difícil equilibrio del interés de la actualidad y la permanencia de lo clásico. Así es como nos acercamos y nos encontramos con este pensador del siglo XX, José Ortega y Gasset: "Estoy seguro de que el pensamiento de Ortega será descubierto, y muy pronto, por las nuevas generaciones españolas. No concibo una cultura hispánica sana sin su presencia... regresar a Ortega y Gasset no será repetirlo, sino al continuarlo, rectificarlo".[2]

1 Paz, Octavio, *Obras Completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, t. 4, p. 296.

2 *Idem*.

El pensamiento orteguiano se pone entre la actualidad y lo clásico, y esta unión se da precisamente por su claridad. Ortega dijo que la claridad es la cortesía del filósofo (*cfr*. VII, 282) Una claridad que posibilita un pensamiento de extraordinaria complejidad. Por un lado, numerosos estudios sobre nuestro pensador han insistido en que su pensamiento se ha ido fraguando en diálogo e influencia con el de otros filósofos como Dilthey, Nietzsche, Simmel, Husserl, Heidegger; así como bajo el influjo de los maestros neokantianos Natorp y Cohen son indiscutibles. Y por el otro lado los tópicos que aborda: el hombre, el conocimiento, la antología, la historia, lo social, lo político, la educación, la ética, la estética, la religión.

La influencia y labor intelectual de Ortega no se limitó exclusivamente a la filosofía, y propiamente a la filosofía de cátedra universitaria, sino que se abrió al campo más global de la crítica social y cultural, así como a toda meditación sobre cualquier acontecimiento que trastocará su amplísima "circunstancia". Prueba de ello son los ocho volúmenes de *El Espectador* (1936-1934) que está dirigido a "un público de amigos de mirar" reflexivamente.

José Ortega y Gasset no es un pensador que podamos encasillar en un tema, en una pregunta. Es un filósofo que se ocupó, por exigencias de la realidad —y propiamente de la realidad española—, en muchos temas, asuntos como pueden ser el social y político. El núcleo esencial de su filosofía social y política se encuentra en la teoría de la minoría selecta, en la concepción aristocrática de la sociedad, en la idea de que toda sociedad se encuentra original e irremediablemente dividida en una minoría y en una masa. Esta distinción se fundamenta en la concepción metafísica de la vida humana. "Mi vida", la vida de cada uno de los hombres constituye la realidad radical, indubitable, evidente, primera con la que me encuentro y en la que toda otra realidad radica. No es la realidad absoluta, es simplemente la primera, el primer principio de la filosofía. Y vivir consiste en decidir en cada instante lo que vamos a hacer, lo que vamos a ser y hacer en una circunstancia

forzosa, en función de un proyecto vital que somos y que constituye nuestro más intimo yo. La vida no nos viene dada, hecha, sino que tenemos que hacerla. Es libertad en la fatalidad, esencial dramatismo. Esta falta de determinación, esta radical libertad entraña la consecuencia de que no todo vivir posea igual valor, sino que existan formas de vida más o menos valiosas, que pueden ser reducidas a dos tipos ideales: la vida noble caracterizada por el esfuerzo creador, la fidelidad al proyecto vital; y a la vida vulgar caracterizada por la inercia, la inautenticidad, el dejarse ser. Como resulta que los mejores son necesariamente los menos, toda sociedad está inevitablemente formada por una minoría y una mayoría. Así, la sociedad se origina por la unión dinámica entre una minoría ejemplar y una masa dócil. Estos conceptos son expuestos en su obra más conocida *La rebelión de las masas* (1930), que leída y comprendida constituye un lúcido diagnóstico de la crisis europea de los años veinte y una enérgica defensa de la democracia liberal frente a los ataques de dos nuevas formas políticas emergentes y propias del hombre-masa, de un hombre que no aspira a tener razón y convencer, sino a imponerse mediante la acción directa y que declara abolida toda jerarquía y excelencia: el fascismo y el comunismo.

La función del hombre selecto no es para Ortega el ejercicio del mando o poder político, sino servir de ejemplo o modelo. Ejemplaridad y docilidad son, respectivamente, las funciones del hombre-noble y del hombre-masa. Es la sociedad la que es aristocrática, advirtiendo para nuestro pensador que la aristocracia no es un grupo o clase social, sino una forma ejemplar de vida, un tipo ideal de humanidad; y el ideal no consiste en la suplantación de la realidad por el capricho o el deseo, sino en su progresivo perfeccionamiento.

La política debe ser democrática, pues, el imperio de la opinión pública. La democracia constituye una respuesta al problema de la titularidad del poder político. Reside en el gobierno del pueblo ejercido por sus representantes elegidos. La democracia posee carácter formal; se trata de un método político, de un pro-

cedimiento para tomar decisiones que consiste en la legalización de la opinión pública. Ortega advierte sobre los peligros que el igualitarismo democrático entraña para la civilización y la libertad cuando va mas allá del ámbito de la política. Ortega y Gasset siempre consideró que la democracia liberal era la más alta forma de organización política ideada por los hombres, y que cualquier otra que pudiera ser concebida tendría que partir de ella y perfeccionarla, nunca ir contra ella.

El ascenso de las masas al pleno poderío social constituye el mayor peligro para la civilización y para la libertad. Su pretensión es proteger al liberalismo de los excesos de la democracia, y este papel tiene que ser desempeño por las minorías. Lo anterior se funda en la afirmación de la superioridad intelectual y moral de la minoría. Ortega junto con Scheler y Mannheim son defensores de la sociedad liberal frente a los riesgos de la masificación y de la mediocridad.

Liberalismo y democracia no son antagónicos pero sí distintos. Ortega es, desde luego, más liberal que demócrata. El liberalismo es una concepción sobre el hombre y la sociedad que entraña una forma de entender la política y el Estado. Y que sustenta una serie de características: la adopción de un punto de vista metodológico individualista, la exaltación del individuo y sus derechos frente al poder del Estado y, en general, de la sociedad, la afirmación de la supremacía de las leyes naturales sobre las estatales, la limitación de la injerencia del Estado en la vida social y económica, el predominio de la libre competencia y de la iniciativa privada, la defensa del parlamentarismo y de la división de poderes, y la idea de que toda ley entraña una limitación de la libertad individual. Es así como la libertad no es el valor supremo, sino la condición de posibilidad de todo otro valor. Así, mientras la democracia es el gobierno de la opinión pública, el liberalismo es una respuesta al problema del ejercicio del poder y sus límites.

La teoría de la minoría selecta de Ortega constituye una fundamentación del principio de la limitación del poder democrático al ámbito estrictamente político. Fuera de él deviene ilegítimo y

constituye una de las vías que conducen al totalitarismo, a la absorción de toda la vida humana por la política.

Podríamos ampliar aún más nuestras reflexiones, sin embargo, nuestro propósito no es agotar el pensamiento de José Ortega y Gasset sino compartir con el lector nuestra apreciación del trabajo que el maestro Arriola Cantero ha realizado. Un trabajo que puede ser disfrutado por igual tanto por aquellos que se acercan por vez primera al monumental edificio intelectual de Ortega, como por aquellos que hemos pasado años fatigando sus múltiples estancias; un trabajo riguroso, consistente y, a la vez, ameno y equilibrado. Un trabajo, en fin, que nos permite acercarnos al pensamiento de Ortega tal y como él mismo nos pide que nos acerquemos a la filosofía cuando nos dice: "La filosofía es retirada, anábasis, arreglo de cuentas de uno consigo mismo, es la pavorosa desnudez de sí mismo ante sí mismo" (*cfr*. VII 145). La filosofía es la verdad, la terrible y desolada verdad de lo que puramente son las cosas y lo que es el hombre nada más (*cfr*. VIII, 145).

Este trabajo nos presenta el pensar de Ortega tal cual. Nada más pero también, y en esto consiste su acierto, nada menos.

Guillermina Alonso Dacal
Escuela de Filosofía, Universidad La Salle

FUENTES DE CONSULTA

ABELLÁN, José Luis, *El Erasmismo español*, Madrid, Espasa-Calpe, 1982.

——, *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática*, Madrid, Espasa, 2000.

ADOMEIT, Klaus, *Rechts und Staatsphilosophie, Band II: Rechtsdenker der Neuzeit*, Heidelberg, C.F. Müller, 1995.

AGUILAR ALONSO, Javier, "Ideas de José Ortega y Gasset en América Latina", *Vera Humanitas*, México, enero-junio de 2001.

ALONSO DACAL, Guillermina, "Algunas ideas sobre el amor en José Ortega y Gasset", *Logos*, México, núm. 81, septiembre-diciembre de 1999.

——, "El hombre masa: fenómeno y realidad", *Vera Humanitas*, México, enero-junio de 2001.

——, *La idea de hombre en José Ortega y Gasset*, tesis profesional, México, Universidad La Salle, 1995.

ALONSO, María Rosa, "Ortega, en el recuerdo", *Revista de Occidente*, Madrid, mayo de 1983.

ARAQUISTAIN, Luis, *El pensamiento español contemporáneo*, Buenos Aires, Losada, 1962.

ARRIOLA HARO, Ignacio, *Antología de Teatro*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

ARRIOLA, Juan Federico, *Teoría general de la dictadura*, México, Trillas, 2000.

ASPE ARMELLA, Virginia, *El concepto de técnica, arte y producción en la filosofía de Aristóteles*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

AZCÁRATE, Justino de, "Sobre la actividad política de Ortega", *Revista de Occidente*, Madrid, 1983.

BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, Agustín, *Filosofía del hombre*, México, Espasa-Calpe, 1963.

——, *Teoría del Estado*, México, Jus, 1985.

BLANCO AMOR, José, "En torno a Ortega y Gasset", *Cuadernos Americanos*, México, septiembre-octubre de 1983.

BOLZ, Norbert, *¿Wer hat Angst vor der Philosophie*?, UTB, Munchen, Wien, Zurich, 1982.

CARO BAROJA, Julio, "Ortega en mi memoria", *Revista de Occidente*, Madrid, Extraordinario VI, 1983.

CASANOVA SÁNCHEZ, Ubaldo, *Ortega, dos filosofías*, Madrid, Studium, 1960.

Centro de Estudios Filosóficos Gallarate, *Diccionario de Filosofía*, Madrid, Rioduero, 1986.

CHACEL, Rosa, "Ortega", *Revista de Occidente*, Madrid, Extraordinario VI, 1983.

CHAMIZO DOMÍNGUEZ, Pedro J., *Ortega y la cultura española*, Madrid, Cincel, 1990.

DAMM ARNAL, Arturo, *Libertad: esencia y existencia*, México, Minos, 1988.

DÍEZ DEL CORRAL, Luis, "Recuerdos de Ortega", *Revista de Occidente*, Madrid, extraordinario VI, 1983.

FERNÁNDEZ, Pelayo, "Ortega y la paradoja: teoría y tipología", *Cuadernos Americanos*, México, mayo-junio de 1984.

FERRATER MORA, José, *Diccionario de Filosofía*, Madrid, Alianza, 1986, t. 3.

——, *Ortega y Gasset. Etapas de una filosofía*, Barcelona, Seix Barral, 1973.

FRAILE, Guillermo, *Historia de la filosofía española desde la ilustración*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1972.

FROMM, Erich, *El amor a la vida*, México, Paidós, 1989.

FUENTES FLORES, Sandra, *El concepto de autenticidad en la filosofía de José Ortega y Gasset*, tesis profesional, México, Universidad La Salle, 1993.

GAOS, José, *Sobre Ortega y otros trabajos de historia de las ideas en España y la América Española*, México, UNAM, 1992.

GARAGORRI, Paulino, *Del pasado al porvenir*, Barcelona, EDHASA, 1964.

——, *Introducción a Ortega*, Madrid, Alianza, 1970.

——, *Libertad y desigualdad*, Madrid, Alianza, 1978.

——, *Unamuno y Ortega*, Estella, Salvat y Alianza, 1972.

——, "Una convivencia póstuma", *Revista de Occidente*, Extraordinario VI, 1983.

GARCÍA VALDECASAS, Alfonso y SORIA, Arturo, "Ortega, vivo", *Revista de Occidente*, núm. 26, 1983.

GIL VILLEGAS, Francisco, *Los profetas y el mesías. Luckács y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeitgeist de la modernidad (1900-1929),* México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

GONZÁLEZ CAMINERO, Nemesio, *Unamuno y Ortega*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas de Madrid, 1987.

GONZÁLEZ URIBE, Héctor, *Teoría política*, México, Porrúa, 1982.

HERMIDA DEL LLANO, Cristina, "El legado orteguiano", *Babelia*, suplemento cultural de *El País,* Madrid, 19 de agosto de 2000.

HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich, *Lecciones de Filosofía de la Historia Universal*, Madrid, Alianza, 1982.

INCIARTE, Esteban, *Ortega y Gasset: una educación para la vida*, México, Ediciones el Caballito y Secretaría de Educación Pública, 1986.

KAPLANOV, Rashid, *El pensamiento de José Ortega y Gasset*, Buenos Aires, Boedo, 1978.

LEPP, Ignace*, Escándalo y consuelo,* Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1973.

——, *La existencia auténtica*, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1977.

MAEZTU, María de, *Antología-siglo XX. Prosistas españoles, semblanzas y comentarios*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980.

MARÍAS, Julián, "Acerca de Ortega", *Revista de Occidente*, Madrid, 1971.

——, *La Escuela de Madrid*, Buenos Aires, Emecé, 1959.
——, "Circunstancia y vocación", *Revista de Occidente*, Madrid, 1973, ts. I y II.
——, *El tiempo que ni vuelve ni tropieza*, Barcelona, EDHASA, 1964.
——, *Generaciones y constelaciones*, Madrid, Alianza Universidad, 1989.
——, *Historia de la filosofía*, Madrid, Biblioteca de la Revista de Occidente, 1981.
——, *Ortega. Las trayectorias*, Madrid, Alianza Universidad, 1983.
——, *Una vida presente. Memorias*, Madrid, Alianza, 1989, t. 2.
MEDIN, Tzvi, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
MEJÍA VALERA, Manuel, "José Ortega y Gasset", *Cuadernos Americanos*, México, julio-agosto de 1984.
MERMALL, Thomas, "Un posmoderno inteligible: en torno al estilo filosófico de Ortega y Gasset", *Revista de Occidente*, Madrid, mayo de 1997.
MICHELS, Robert, *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, t. 1.
MORÁN, Gregorio, *El maestro en el Erial. Ortega y Gasset en la cultura del franquismo*, Madrid, Tusquets, 1998.
MORÓN, Guillermo, *Historia política de José Ortega y Gasset*, Caracas, Ateneo de Caracas, 1980.
NUDELSTEJER, Sergio, "Rebeliones de Ortega y Gasset", *Arena*, suplemento cultural de *Excelsior*, México, 2 de enero de 2000.
NÚÑEZ CARPIZO, Elssie, *El pensamiento español en la filosofía del derecho de Luis Recaséns Siches*, México, Porrúa, 2001.
ORRINGER, Nelson, *Ortega y sus fuentes germánicas*, Madrid, Gredos, 1979.
ORTEGA y GASSET, Eduardo, *Monodiálogos de don Miguel de Unamuno*, Nueva York, Ibérica, 1958.
ORTEGA y GASSET, José, *El hombre y la gente*, Madrid, Revista de Occidente, Colección El Arquero, 1981.

——, *El tema de nuestro tiempo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1975.
——, *Epistolario*, Madrid, Revista de Occidente, Colección El Arquero, 1974.
——, *Estudios sobre el amor*, Madrid, Espasa-Calpe, 1964.
——-, *La rebelión de las masas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983.
——, *Obras completas*, Madrid, Alianza y Revista de Occidente, 1983, 1987, 1988, 1989, y 1993.
OSÉS GORRAIZ, Jesús María, *La sociología en Ortega y Gasset*, Barcelona, Antropos, 1989.
PAZ, Octavio, *Hombres en su siglo*, México, Seix Barral, 1984.
——, "José Ortega y Gasset: el cómo y el para qué", *Vuelta*, México, núm. 49, diciembre de 1980.
——, *Memorias y palabras. Cartas a Pere Gimferrer 1966-1997*, Barcelona, Seix Barral, 1999.
——, *Salamandra*, México, Joaquín Mortiz, 1984.
PIRANDELLO, Luigi, *Sei personaggi in cerca d'autore*, Milán, Oscar Mondadori, 1990.
POLO, Leonardo, *Quién es el hombre*, Madrid, Rialp, 1993.
PRESTON, Paul, *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999.
RIU, Federico, *Vida e historia en Ortega y Gasset*, Caracas, Monte Avila, 1985.
RECASÉNS SICHES, Luis, *Introducción al estudio del derecho*, México, Porrúa, 1977.
——, *Panorama del pensamiento jurídico del siglo XX*, México, Porrúa, 1963.
RODRÍGUEZ HUÉSCAR, Antonio, "Ortega: genio y palabra", *Revista de Occidente*, Madrid, Extraordinario VI, 1983.
——, *Perspectiva y verdad. El problema de la verdad en Ortega*, Madrid, Revista de Occidente, 1966.
——, *Con Ortega y otros escritos*, Madrid, Taurus, 1964.
ROSSI, Alejandro *et al.*, *José Ortega y Gasset,* México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
SAAVEDRA, Luis, *El pensamiento sociológico español*, Madrid, Taurus Humanidades, 1991.

SALMERÓN, Fernando, *Las mocedades de Ortega y Gasset*, México, UNAM, 1983.

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Claudio, "Recuerdos emocionales", *Revista de Occidente*, Madrid, Extraordinario VI, 1983.

SÁNCHEZ VILLASEÑOR, José, *Pensamiento y trayectoria de José Ortega y Gasset*, México, Jus, 1943.

SANTÍ, Enrico Mario, "De Ortega a Octavio Paz", *Diálogos*, México, mayo de 1985.

SARTORI, Giovanni, *La política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

SARTRE, Jean Paul, *El existencialismo es un humanismo*, México, Quinto Sol, 1985.

——, *El ser y la nada*, Buenos Aires, Losada, 1983.

THOMAS, Hugh, *La Guerra Civil española*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1995, ts. 1 y 2.

VILLORO, Luis, "La noción de creencia en Ortega" *Diálogos*, México, noviembre-diciembre de 1983.

XIRAU, Ramón, *José Ortega y Gasset, razón histórica, razón vital, Velázquez, Goya y otros temas*, México, El Colegio Nacional, 1963.

ZAMBRANO, María, "José Ortega y Gasset", *Cuadernos*, núm. 16, enero-febrero de 1956.

——, "Señal de vida", *Revista de Occidente*, Madrid, Extraordinario, 1983.

ZEA, Leopoldo, "Ortega, filosofía de la barbarie", *Cuadernos Americanos*, México, marzo-abril de 1985.

ZUBIRI, Xavier, "Ortega, un maestro", *Revista de Occidente*, Madrid, Extraordinario VI, 1983.

——, *Cinco lecciones de filosofía*, Madrid, Alianza, 1980.